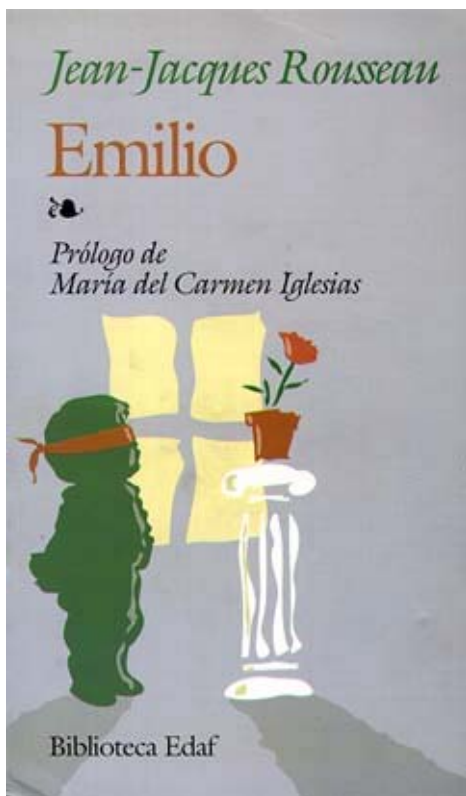


Emilio o de la educación

Jean-Jacques Rousseau

Prólogo de María del Carmen Iglesias
Traducción de Luis Aguirre Prado



1985, Editorial EDAF, S. A.
I.S.B.N.: 84-7166-266-3

Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

ÍNDICE

PRÓLOGO, <i>por</i> María del Carmen Iglesias	11
LIBRO PRIMERO	35
LIBRO SEGUNDO	81
LIBRO TERCERO	87
LIBRO CUARTO	241
LIBRO QUINTO	411

LIBRO QUINTO

Hemos llegado ya al último acto de la juventud, pero todavía no hemos alcanzado el desenlace.

No es bueno que el hombre permanezca solo, y Emilio es hombre; le hemos prometido una compañera, y es preciso dársela. Esta compañera es Sofía. ¿En qué lugares hallaremos su retiro? ¿En dónde la encontraremos? Para encontrarla, se impone el conocerla. Sabiendo primeramente lo que ella es consideraremos mejor los lugares en donde habita; y cuando la hubiéramos encontrado, todavía no estaría terminada la cuestión. Puesto que nuestro joven *gentilhombre* dice Locke, *está dispuesto a casarse, es hora de dejarle cerca de su amada*. Con esto él da fin a su obra. Por lo que se refiere a mí que no tengo el honor de educar a un *gentilhombre*, me guardaré de imitar en esto a Locke.

Sofía o la mujer

Sofía debe ser mujer como Emilio es hombre, es decir poseer todo cuanto conviene a la constitución de su especie y de su sexo, ocupar su lugar en el orden físico y moral. Comencemos pues, por examinar las analogías y las diferencias de su sexo y del nuestro.

En todo cuanto no corresponde al sexo, la mujer es hombre; ella posee los mismos órganos, las mismas necesidades, las mismas facultades; la máquina está construida de la misma manera, las piezas son las mismas, el juego de la una es el del otro, la cara semejante; y en cualquier relación en que se les considere, no difieren entre sí en nada importante.

En todo lo que se relaciona al sexo, la mujer y el hombre tienen en todo relaciones y en todo diferencias: la dificultad para compararlas deriva de determinar en la constitución del uno y del otro lo que se debe al sexo y lo que no depende de él. Por la anatomía comparada e incluso con la sola inspección, se comprueba entre ambos diferencias generales que parecen no relacionarse al sexo; existen desde luego, pero mediante enlaces que somos incapaces de percibir: no sabemos hasta dónde estos enlaces pueden alcanzar, la única cosa que sabemos con certeza es que todo lo que ellos tienen de común es de la especie, y que todo lo que tienen de diferente es del sexo. Desde este doble punto de vista, hallamos entre ellos tantas relaciones y tantas oposiciones que acaso sea una de las maravillas de la naturaleza haber podido formar dos seres tan semejantes constituyéndolos tan diferentemente.

Estas relaciones y estas diferencias deben influir sobre la moral, esta consecuencia es sensible, conforme a la experiencia y muestra la vanidad de las disputas sobre la preferencia o la igualdad de los sexos: ¡Como si cada uno de ellos, contribuyendo a los fines de la naturaleza según su destino particular, no fuese más perfecto en esto que si él se pareciese más al otro! En lo que tienen de común son iguales, en lo que tienen de diferente no son comparables. Una mujer perfecta y un hombre perfecto no deben asemejarse más en el espíritu que en el rostro.

En la unión de los sexos cada uno concurre igualmente al objetivo común, pero no de la misma manera. De esta diversidad nace la primera diferencia asignable entre las relaciones morales del uno y del otro. El uno debe ser activo y fuerte, el otro pasivo y débil: es preciso necesariamente que el uno quiera y pueda, basta que el otro resista algo.

Establecido este principio, se sigue que la mujer está hecha especialmente para complacer al hombre. Si el hombre debe complacerla a su vez, esto es de una necesidad menos directa: su mérito está en su potencia; él complace por esta sola condición de ser fuerte. Convengo en que ésta no es la ley del amor; pero es la de la naturaleza, anterior al mismo amor.

Si la mujer está hecha para complacer y para ser subyugada, debe hacerse agradable al hombre en lugar de provocarlo; su violencia está en sus encantos; mediante ellos debe constreñirle a hallar su fuerza y a utilizarla. El arte más seguro de animar esta fuerza es hacerla necesaria por la resistencia. Entonces el amor propio se junta al deseo, y el uno triunfa de la victoria que el otro le hace conseguir. De esto nacen el ataque y la defensa, la audacia de un sexo y la timidez del otro, finalmente la modestia y la vergüenza con que la naturaleza arma al débil para someterse al fuerte.

¿Quién es el que puede pensar que ella haya prescrito indiferentemente los mismos avances a los unos y a los otros, y que el primero en formar los deseos debe ser también el primero en testimoniarlos? ¡Qué extraña depravación de juicio! Teniendo consecuencias tan diferentes para los dos sexos la empresa ¿es natural que ellos tengan la misma audacia para entregarse a ella? ¿Cómo no vemos que con una desigualdad tan grande en el acto común, si la reserva no impusiese al uno la moderación que la naturaleza impone al otro, resultaría muy pronto la ruina de ambos, y el género humano perecería por los medios establecidos para conservarlo? Con la facilidad que tienen las mujeres de agitar los sentidos de los hombres

y de despertar en el fondo de sus corazones los restos de un temperamento casi extinto, si existiese en la tierra un desdichado clima en el que la filosofía hubiese introducido este uso, sobre todo en países cálidos, donde nacen más mujeres que hombres, éstos tiranizados por ellas, serían, en fin, sus víctimas, y se verían todos arrastrados a la muerte sin que jamás pudieran defenderse de ella.

Si las hembras de los animales no sienten la misma vergüenza, ¿qué deducimos de esto? ¿Poseen ellas como las mujeres los deseos ilimitados a los cuales sirve de freno esta vergüenza? Para ellas el deseo sólo procede de la necesidad, satisfecha ésta, cesa el deseo; ellas no rechazan al macho por fingimiento¹ sino con normalidad: hacen todo lo contrario a lo que hacía la hija de Augusto; no reciben más pasajeros cuando el navío tiene su cargamento. Incluso cuando ellas están libres, sus momentos de buena voluntad son breves y pasan muy pronto; el instinto los impulsa y el instinto los detiene. ¿En dónde estará el suplemento de este instinto negativo en las mujeres, cuando las hayáis quitado el pudor? Esperar a que ellas no se interesen por los hombres, es esperar a que ya no sean favorables para nada.

El ser supremo ha querido hacer en todo honor a la especie humana: concediendo al hombre inclinaciones ilimitadas, le ha dado al mismo tiempo la ley que las regula, a fin de que sea libre para ordenarse a sí mismo; entregándole a las pasiones inmoderadas, ha juntado a éstas la razón para gobernarlas; entregando a la mujer a deseos ilimitados, ha agregado a estos deseos el pudor para contenerlos. Por añadidura, ha agregado todavía una recompensa actual al buen uso de sus facultades, a saber, el gusto que se toma por las cosas honestas cuando hace de ellas la regla de sus acciones. Según mi opinión todo esto es válido para el instinto de los animales.

Por tanto, sea que la hembra del hombre comparta o no sus deseos y quiera satisfacerlos o no, ella le rechaza y se defiende siempre, pero no siempre con la misma fuerza, ni por consecuencia con el mismo éxito. Para que el atacante resulte victorioso, es necesario que el atacado lo permita o lo ordene; pues ¡cuántos medios sagaces no existen para obligar al agresor a emplear la fuerza! El más libre y el más placentero de todos los actos, no admite ninguna violencia real porque a ello se oponen la naturaleza y la razón: la naturaleza, por que ella ha provisto al más débil de tanta fuerza como precisa para resistir cuando le place; la razón, porque una violencia real es no solamente el más brutal de todos los actos, sino el más contrario a su fin, sea porque el hombre declara de ese modo la guerra a su compañera, y la autoriza a defender su persona y su libertad a expensas mismas del agresor, sea porque la mujer sola es juez del estado en que ella se encuentra. Un niño carecería de padre si todo hombre pudiera usurpar los derechos.

He aquí pues una tercera consecuencia de la constitución de los sexos, es que el más fuerte sea el dominador en apariencia, y depende en efecto del más débil; y esto no por un frívolo empleo de la galantería, ni por una orgullosa generosidad del protector, sino por una inevitable ley de la naturaleza, que, dando a la mujer más facilidad para excitar los deseos que al hombre para satisfacerlos, hace depender esto, a pesar de que derive de él, del buen placer de la otra y le obliga a buscar a su vez con qué complacerla, para lograr que ella consienta en dejarle ser el más fuerte. Entonces lo que existe de más agradable para el hombre en su victoria es el dudar si es la debilidad la que cede a la fuerza, o si es la voluntad la que se rinde; y la astucia habitual en la mujer deja siempre esta duda entre ella y él. El espíritu de las mujeres responde perfectamente en esto a su constitución: lejos de abochornarse de su debilidad hacen gloria en ella, sus tiernos músculos quedan sin resistencia, ellas afectan no poder levantar los fardos más ligeros; sentirían rubor de ser fuertes. ¿Por qué todo esto? Esto no es solamente por aparecer delicada, sino por una precaución más astuta, ellas preparan con anticipación las excusas y el derecho de ser débiles en cada circunstancia.

El progreso de las luces adquiridas por nuestros vicios ha cambiado mucho a este respecto las antiguas opiniones existentes entre nosotros y ya casi no se habla nada de violencias, desde que ellas son tan poco necesarias y los hombres han cesado de creer en ellas²; por el contrario fueron muy comunes en la antigüedad griega y judía, porque esas mismas opiniones se hallan en la simplicidad de la naturaleza, y sólo la experiencia del libertinaje ha podido desarraigarlas. Si se registran en nuestros días menos actos de

¹ He subrayado ya que los rechazos de mimo y de arrumacos son comunes a casi todas las hembras, incluso entre los animales, e incluso cuando ellas están más dispuestas a rendirse: se precisa no haber observado jamás su manejo para no estar de acuerdo con esto.

² Puede existir tal desproporción de edad y de fuerza que tenga lugar una violencia real: pero tratando aquí del estado relativo de los sexos según el orden de la naturaleza, yo comprendo a los dos en la relación común que constituye este estado.

violencia, esto seguramente no es porque los hombres sean más moderados. sino porque ellos tienen menos credulidad, y porque semejante queja, que antes hubiese convencido a los pueblos sencillos, sólo provocaría la risa de los burlones en nuestros días; se gana más con callarse. Existe en el *Deuteronomio* una ley por la cual una joven engañada era castigada con el seductor, si el delito había sido cometido en la ciudad; pero si había sido cometido en el campo o en lugares apartados, sólo el hombre era castigado. "Pues –dice la ley– la muchacha ha gritado y no ha sido oída." Esta benigna interpretación enseñaba a las muchachas a no dejarse sorprender en los lugares frecuentados.

Es sensible el efecto de estas diversidades de opiniones sobre las costumbres, y su obra es la galantería moderna. Comprobando los hombres que sus placeres dependían más de la voluntad del bello sexo que ellos habían creído, han cautivado esta voluntad mediante complacencias que les han recompensado.

Ved cómo lo físico nos lleva insensiblemente a lo moral, y cómo de la grosera unión de los sexos nacen poco a poco las más dulces leyes del amor. Las mujeres no ejercen su ingenio porque los hombres lo hayan querido, sino porque así lo quiere la naturaleza: estaba en ellas antes de que pareciesen tenerlo. Este mismo Hércules, que creyó violentar a las cincuenta hijas de Thespius, fue obligado, sin embargo, a hilar cerca de Onfalia; y el fuerte Sansón no lo fue tanto como Dalila. Este imperio es de las mujeres y no puede serle quitado ni siquiera cuando abusan de él: de poderlo perder, hace ya tiempo que lo hubieran perdido.

No existe ninguna paridad entre los dos sexos en cuanto a la consecuencia del sexo. El macho sólo es macho en ciertos instantes, la hembra es hembra toda su vida, o al menos toda su juventud; todo la llama sin cesar a su sexo, y, para cumplir bien las funciones, precisa una constitución que se relacione a él. Necesita miramiento durante su embarazo; reposo en sus partos, una vida sosegada y sedentaria para lactar a sus hijos; necesita paciencia y dulzura para criarlos, un celo, un afecto, que nada menoscabe, ella sirve de enlace entre ellos y su padre, ella los hace amarle y darle la confianza de llamarles suyos. ¡Cuánta ternura y preocupación le es necesaria para mantener la unión en toda la familia! Y en fin, todo esto no debe derivar de las virtudes, sino de los gustos, sin los cuales la especie humana quedaría muy pronto extinguida.

La rigidez de los deberes relativos a los dos sexos, no es ni puede ser la misma. Cuando la mujer se queja de la injusta desigualdad en que la ha puesto el hombre, ella comete un error; esta desigualdad no es una institución humana, o al menos no es la obra del prejuicio, sino de la razón; a él se le ha encargado del depósito de los hijos, de los que ha de responder al otro. Es evidente que no le está permitido a nadie violar su juramento, y todo marido infiel que priva a su mujer del único premio de los austeros deberes de su sexo, es un hombre injusto y bárbaro; pero la mujer infiel hace más, disuelve la familia y rompe todos los lazos de la naturaleza, dándole al hombre hijos que no son de él traiciona a los unos y a los otros y añade la perfidia a la infidelidad. A mí me duele contemplar cuánto desorden y cuánto crimen derivan de esto. Si existe un estado espantoso en el mundo, es el del desgraciado padre que, sin confianza en su mujer, no se atreve a entregarse a los más dulces sentimientos de su corazón, que duda, al abrazar a su hijo, de si está abrazando al hijo de otro, a la prenda de su deshonor, al ladrón de los bienes de sus propios hijos. ¿A qué queda reducida entonces la familia si no es a una sociedad de enemigos secretos a quienes una mujer culpable arma el uno contra el otro forzándoles a fingir que se aman entre sí?

Importa, pues, no solamente que la mujer sea fiel, sino que sea considerada como tal por su marido, por sus familiares, por todo el mundo, importa que sea modesta, atenta, reservada, que lleve a los ojos de los demás, como a su propia conciencia, el testimonio de su virtud. Importa, en fin, que un padre ame a sus hijos, que él estime a su madre. Tales son las razones que colocan la misma apariencia en el número de los deberes de las mujeres, y les hacen no menos indispensables que la castidad, el honor y la reputación. De estos principios deriva, con la diferencia moral del sexo, un nuevo motivo de deber y de conveniencia, que prescribe especialmente a las mujeres la atención más escrupulosa sobre su conducta, sobre sus maneras y su postura. Sustener vagamente que los dos sexos son iguales, y que sus deberes son los mismos, es perderse en declamaciones vagas, es no decir nada, en tanto que esto no se garantice.

¿No es una manera de razonar muy sólida facilitar las excepciones como respuesta a las leyes generales tan bien fundamentadas? Diréis que las mujeres no tienen siempre hijos. No, pero su propio destino es el de tenerlos. No se crea, porque existan en el mundo un centenar de grandes ciudades en donde las mujeres, viviendo en libertad engendran pocos hijos, que la condición de las mujeres es engendrar poco ¿Y qué será de vuestras ciudades si las campiñas lejanas, en donde las mujeres viven más sencillamente y más castamente no reparasen la esterilidad de las damas? ¡En cuántas provincias las mujeres que no han

engendrado sino cuatro o cinco hijos pasan por poco fecundas!³. En fin, ¿qué importa que tal o cual mujer engendre pocos hijos? ¿Es menos por eso su condición de ser madre?; ¿y no es por imperativo de las leyes generales el que la naturaleza y las costumbres deban proveer a este estado?

Aun cuando hubiese entre los embarazos tan largos intervalos como se supone, ¿cambiará una mujer por ello brusca y alternativamente de manera de vivir sin peligro y sin riesgo; ¿será ella hoy nodriza y mañana guerrera?; ¿cambiará de temperamento y de gustos como un camaleón de colores?, ¿pasará de golpe de la sombra de la reclusión y de los cuidados domésticos a las injurias del aire, a los trabajos, a las fatigas, a los peligros de la guerra?; ¿será ella temerosa⁴ o valiente, delicada o robusta? Si los jóvenes educados en París apenas pueden soportar el ejercicio de las armas, las mujeres que jamás han afrontado el sol y que apenas si saben caminar, ¿lo soportarían después de cincuenta años de molicie?; ¿pretenderán ellas este duro oficio a la edad en que los hombres lo abandonen?

Existen países en donde las mujeres paren casi sin dolor y alimentan a sus hijos casi sin cuidado, convengo en ello, pero en estos mismos países los hombres van semidesnudos en todo tiempo, capturan animales feroces, llevan una canoa como una mochila, van a cazar a setecientas u ochocientas leguas y duermen a campo raso, soportando increíbles fatigas y pasan varios días sin comer. Cuando las mujeres se hacen robustas los hombres lo son todavía más; cuando los hombres se debilitan, las mujeres se debilitan más; cuando los dos términos cambian igualmente, la diferencia permanece idéntica.

Platón en su *República* hace que las mujeres realicen los mismos ejercicios que los hombres, lo comprendo bien. Habiendo quitado de su gobierno las familias particulares y no sabiendo qué hacer ya de las mujeres, se vio forzado a hacerlas hombres. Este gran genio lo hubo combinado todo, y previsto todo: salía al paso de una objeción que acaso nadie hubiese pensado hacerle, pero resolvió mal aquella que se le hizo. Yo no me refiero a esa supuesta comunidad de mujeres, a la que reiteradamente se oponen cuantos no lo han leído jamás; yo me refiero a esa promiscuidad civil que confunde en todo a los dos sexos en los mismos empleos, en los mismos trabajos, y no puede eximirse de engendrar los abusos más intolerables; me refiero a esa subversión de los más dulces sentimientos de la naturaleza, inmolados a un sentimiento artificial que sólo puede subsistir por ellos: ¿como si no fuese necesario un asidero natural para formar los lazos de convención!; ¿como si el amor que sentimos por nuestro prójimo no fuese el principio de aquel que debemos al estado!;

¿como si no fuese por la pequeña patria, que es la familia, por lo que el corazón se aficiona a la grande!; ¿como si no fuese el buen hijo, el buen marido, el buen padre, los que forman al buen ciudadano!

Desde que se ha demostrado de una vez que el hombre y la mujer no están ni deben estar constituidos lo mismo, de carácter ni de temperamento, se desprende que no deben tener la misma educación. Siguiendo las directrices de la naturaleza, deben obrar de acuerdo, pero no deben hacer las mismas cosas; el fin de los trabajos es común, pero los trabajos son diferentes, y, por consecuencia, los gustos que los dirigen. Después de haber trabajado en formar al hombre natural, para no dejar imperfecta nuestra obra, veamos cómo debe formarse también la mujer que conviene a este hombre.

Si queréis estar bien orientados, seguid en todo las indicaciones de la naturaleza. Todo cuanto caracteriza al sexo debe ser respetado como establecido por ella. Decid sin cesar: las mujeres tienen tal y cual defecto que nosotros no tenemos. Os engaña vuestro orgullo, cuanto fuese defectos para vosotros, serían cualidades para ellas; todo iría menos bien si ellas no los tuviesen. Impedid a estos supuestos defectos el degenerarse, pero guardaos de destruirlos.

Por su parte las mujeres no cesan de manifestar que las educamos para ser vanas y coquetas, que las distraemos sin cesar con puerilidades para quedar más fácilmente como señores; ellas nos achacan a nosotros los defectos que les reprochamos. ¡Qué locura! ¿Y desde cuándo son los hombres quienes se mezclan en la educación de las hijas? ¿Qué es lo que impide a las madres educarlas como les parezca? Ellas carecen de colegios: ¡gran desdicha! Y gracias a Dios que no existen para los muchachos, porque serían educados más sensata y honestamente. ¿Obligáis a vuestras hijas a perder su tiempo en niñearías?; ¿a ejemplo vuestro les hacéis pasar, a pesar de ello, la mitad de su vida en su tocador? ¿Se os impide el

³ Sin esto, la especie desaparecería necesariamente: para que ella se conserve, es necesario, como término general, que cada mujer engendre unos cuatro hijos pues de los niños que nacen mueren cerca de la mitad antes que ellos puedan tener otros, es preciso que queden dos para representar al padre y a la madre. Ved si las ciudades os proporcionarán esta población

⁴ La timidez de las mujeres sigue siendo un instinto de la naturaleza contra el doble riesgo que ellas corren durante su embarazo.

instruirlas y hacerlas instruir a vuestro deseo? ¿Es culpa nuestra si ellas nos agradan cuando son bellas, si sus mimoserías nos seducen, si el arte que aprenden de vosotras nos atrae y nos halaga, si gustamos el verlas aderezadas con gusto, si les dejamos afilar y disponer las armas con que ellas nos subyugan? ¡Eh, tomad el partido de educarlas como a hombres, lo consentirán de buen grado. Cuanto más pretendan ellas parecerles, menos los manejarán, y entonces será cuando resultarán verdaderamente dominadores.

Todas las facultades comunes a los dos sexos no están distribuidas igualmente; pero tomadas en conjunto, se compensan. La mujer vale más como mujer y menos como hombre; por todas partes en donde hace valer sus derechos, saca ventaja; en todas partes en donde quiere usurpar los nuestros, queda debajo de nosotros. Sólo mediante excepciones no se puede responder a esta verdad general, constante manera de argumentar de los galantes partidarios del bello sexo.

Cultivar en las mujeres las cualidades del hombre, y descuidar aquellas que le son propias, es pues visiblemente trabajar en perjuicio suyo. Las astutas lo ven demasiado bien para ser las engañadas; trabajando por usurpar nuestras ventajas, no abandonan las suyas; pero sucede que no pudiendo manejar bien las unas y las otras porque son incompatibles, quedan apartadas de su alcance sin ponerse al nuestro, pierden la mitad de su valor. Creedme, madre juiciosa, no hagáis de vuestra hija un hombre honrado, como para dar un mentís a la naturaleza; hacerla una mujer honrada y estad segura que ella valdrá más para sí y para nosotros.

¿Se sigue de esto que debe ser educada en la ignorancia de toda cosa, y limitada a las únicas funciones de la casa? ¿Hará el hombre su sirviente de su compañera? ¿Se privará junto a ella del mayor encanto de la sociedad? Para mejor dominarla, ¿le impedirá que sienta nada, que conozca nada? ¿Hará de ella un verdadero autómatas? No, sin duda; así no lo manda la naturaleza, que ha concedido a las mujeres un carácter tan agradable y tan delicado; al contrario, ella quiere que piensen, que juzguen, que amen, que conozcan, que cultiven su espíritu como su rostro; éstas son las armas que les ha otorgado para suplir a la fuerza que les falta y para dirigir la nuestra. Ellas deben aprender muchas cosas, mas solamente aquellas que le convienen saber.

Sea que yo considere el destino particular del sexo, sea que observe sus inclinaciones, sea que cuente sus deberes, todo concurre igualmente a indicarme la forma de educación que le conviene. La mujer y el hombre están hechos el uno para el otro pero no es igual su mutua dependencia: los hombres dependen de las mujeres por sus deseos; las mujeres dependen de los hombres por sus deseos y por sus necesidades, subsistiremos mucho más sin ellas que ellas sin nosotros. Para que ellas posean lo necesario, para que permanezcan en su condición, es necesario que nosotros se lo demos, que queramos concedérselo, que las estimemos dignas; ellas dependen de nuestros sentimientos, del valor que concedemos a su mérito, del caso que hagamos de sus encantos y de sus virtudes. Por la misma ley de la naturaleza, las mujeres tanto en lo que a ellas se refiere como en lo que se refiere a sus hijos, están a merced del juicio de los hombres: no basta con que sean estimables, es necesario que sean estimadas; no les es suficiente con ser bellas, es necesario que agraden; no les basta con ser prudentes, es preciso que sean reconocidas como tales; su honor no está solamente en su conducta, sino en su reputación, y no es posible que la que consiente en pasar por infame pueda ser reconocida jamás como honesta. El hombre, en su actuación, sólo depende de él y puede desafiar al juicio público; pero la mujer al actuar bien sólo ha cumplido la mitad de su misión y lo que se piense de ella no le importa menos que lo que en efecto sea. Esto quiere decir que el sistema de su educación debe ser a este respecto contrario al de la nuestra: la opinión es la tumba de la virtud entre los hombres, y su trono para las mujeres.

De la buena constitución de las madres depende en principio la de los hijos; de la preocupación de las mujeres depende la primera educación de los hombres; de las mujeres dependen también sus costumbres, sus pasiones, sus gustos, sus placeres su misma felicidad. Teniendo esto presente toda la educación de las mujeres debe ser relativa a los hombres. Complacerles, serles útiles, hacerse amar y honrar de ellos, educarlos de jóvenes, cuidarlos de mayores, aconsejarles, consolarles, hacerles la vida agradable y dulce: he aquí los deberes de las mujeres en todos los tiempos y lo que se les debe enseñar desde su infancia. En tanto que no nos remontemos a este principio, nos apartaremos del objetivo y todos los preceptos que se nos den no servirán de nada para su dicha ni para la nuestra.

Pero aún cuando toda mujer quiera complacer a los hombres y debe quererlo, existe gran diferencia entre querer complacer al hombre de mérito, al hombre verdaderamente amable, y querer complacer a esos mínimos agradables que deshonran su sexo y aquel a quien imitan. Ni la naturaleza ni la razón pueden llevar a la mujer a estimar en los hombres aquello que se les asemeje, no siendo en busca de sus maneras como ella debe pretender hacerse amar.

Por tanto, cuando abandonando el tono modesto y reposado de su sexo, imitan el estilo de estos atolondrados, lejos de seguir su vocación, renuncian a ella, ellas mismas se arrebatan los derechos que piensan usurpar. Si fuésemos de manera distinta, se dicen, no agradeceríamos a los hombres. Mienten. Se precisa ser loca para amar a los locos; el deseo de atraer a estas gentes evidencia el gusto de ella y del que a ella se dedica. Si no existiesen hombres frívolos, ella se apresuraría a hacerlos; y sus frivolidades son mucho más obra suya que las suyas lo son. La mujer que ama a los verdaderos hombres y que quiere agradecerles, emplea los modos adecuados a su propósito. La mujer es coqueta por condición, pero su coquetería cambia de forma y de motivos según sus pareceres.

Las pequeñas, casi desde que nacen, aman adornarse; no contentas con ser bonitas, quieren que se las encuentre como tales; se ve en sus incipientes modales, que ya sienten esta preocupación; y apenas se encuentran en estado de comprender lo que se les dice, cuando se las maneja hablándoles de lo que se piensa de ellas. Es muy necesario que el mismo motivo demasiado indiscretamente propuesto a los adolescentes, no ejerza sobre ellos idéntico dominio. En tanto que sean independientes y que sientan el placer, se cuidará muy poco de cuanto se pueda pensar respecto a ellos. Sólo a fuerza de tiempo y de preocupación se les sujeta a la misma ley.

De cualquier parte que llegue hasta las jóvenes esta primera lección, se acusa en ella la bondad. Puesto que el cuerpo nace por decirlo así, antes que el alma, el primer cuidado debe ser el del cuerpo: este orden es común a los dos sexos. Pero el objeto de este cuidado es diferente; en el uno radica en el desarrollo de las fuerzas, en el otro en el de los adherentes: no significa que estas cualidades deben ser exclusivas en cada sexo, ya que solamente el orden queda invertido, es preciso bastante fuerza en las mujeres para hacer todo cuanto ellas realizan con gracia, es necesaria bastante destreza en los hombres para hacer todo cuanto ellos realizan con facilidad.

Por la extrema debilidad de las mujeres comienza la de los hombres. Las mujeres no deben ser robustas como ellos, pero por ellos, por los hombres que nacerán de ellas, lo son también. Para esto, los establecimientos en donde las pensionistas disponen de una alimentación corriente, pero cuentan con muchas diversiones, carreras, juegos al aire libre y en jardines, son preferibles a la casa paterna, en donde una jovencita alimentada delicadamente, constantemente halagada o reprendida, siempre sentada ante la mirada de su madre en una habitación bien cerrada, no se atreve a levantarse ni a andar, ni a hablar, ni a respirar, y no tiene ni un momento de libertad para jugar, saltar, correr, gritar, entregarse a la petulancia natural de su edad: siempre o la dejación peligrosa o la severidad mal entendida nunca nada según la razón. De este modo es como se arruina el cuerpo y el corazón de la juventud.

Las jóvenes de Esparta se ejercitaban como los mancebos en ejercicios militares, no para ir a la guerra, sino para tener un día hijos capaces, de soportar las fatigas. Esto no significa que y lo apruebe: no es necesario para dar soldados al estado, que las madres hayan llevado el mosquete y realizado el ejercicio a la prusiana, sino que encuentro que en general la educación griega estaba bien cuidada en esta parte. Las jóvenes aparecían con frecuencia en público no mezcladas con los muchachos, sino reunidas entre sí. No existía casi una fiesta, un sacrificio, una ceremonia, en donde no se viesen bandas de hijas de los primeros ciudadanos coronadas de flores, entonando himnos, formando coros de danzas, llevando canastillas de flores, vasos, ofrendas, y presentando a los sentidos depravados de los griegos un espectáculo encantador y propio para contrapesar el mal efecto de su indecente gimnástica. Cualquiera que fuese la impresión que esta costumbre causase en los corazones de los hombres, siempre resultaba excelente para dar al sexo una buena constitución en la juventud mediante ejercicios agradables, moderados, saludables, y para avivar y formar su gusto por el continuo deseo de complacer sin exponer jamás sus costumbres.

Tan pronto como estas jóvenes estaban casadas ya no se las veía más en público; encerradas en sus casas, limitaban todos sus cuidados a su hogar y a su familia. Tal es la manera de vivir que la naturaleza y la razón prescriben al sexo. También de estas madres nacían los hombres más sanos, los más robustos, los mejor formados de la tierra; y a pesar del pésimo renombre de algunas islas, ha quedado constancia que de todos los pueblos del mundo, sin exceptuar siquiera a los romanos, no se cita ninguno en donde las mujeres hayan sido a la vez más sabias y más amables, y hayan reunido mejor las costumbres a la belleza que en la antigua Grecia.

Sabido es que la comodidad de los vestidos que no molestaban al cuerpo, contribuía mucho a dejar en los dos sexos esas bellas proporciones que vemos en sus estatuas, y que sirven todavía de modelo al arte cuando la naturaleza desfigurada ha cesado de facilitarle entre nosotros. De todas esas trabas góticas, de esos conjuntos de ligaduras que mantienen presos por todas partes a nuestros miembros, ellos no conocían ni una sola. Sus mujeres ignoraban el uso de corsés mediante los cuales las nuestras deforman su cintura mucho antes de que ellas la formen. Yo no puedo concebir que este abuso, llevado en Inglaterra a un punto

inconcebible, no logre al fin degenerar la especie y sostengo incluso que el objetivo de agrado que se propone con esto es de mal gusto. No es nada agradable ver a una mujer cortada en dos como una avispa; esto choca a la vista y hace daño a la imaginación. La finura de la cintura tiene como todo lo demás, sus proporciones, su medida, rebasada la cual es ciertamente un defecto, este defecto sería tan chocante como el aplicar el ojo al desnudo, porque sería una belleza bajo el vestido.

No quiero insistir sobre las razones por las cuales las mujeres se obstinan en acorazarse de este modo: un seno que cae, un vientre que engorda, etc...; esto no agrada mucho convengo en ello, en una persona de veinte años, pero esto no choca ya a los treinta; y como es necesario a pesar nuestro estar en todo tiempo de acuerdo con lo que place a la naturaleza, y como el ojo del hombre no se equivoca a este respecto, estos defectos son menos desagradables en toda edad que la necia afectación de una jovencita de cuarenta años.

Todo cuanto perjudica y constriñe a la naturaleza es de mal gusto; esto es tan cierto respecto a los adornos del cuerpo como a los ornamentos del alma. La vida, la salud, la razón, el bienestar, deben primar ante todo, la gracia no camina sin la comodidad; la delicadeza no es la languidez y no se precisa estar enferma para complacer. Se excita la compasión cuando se sufre; pero el placer y el deseo buscan la frescura de la salud.

Los niños de uno y de otro sexo tienen muchas distracciones comunes y así debe ser; ¿no continúan teniéndolos siendo mayores? Ellos poseen también gustos propios que los distinguen. Los muchachos buscan el movimiento y el ruido; tambores peonzas, carritos; las muchachas estiman más cuanto choca a, la mirada y sirve de adorno; espejos, alhajas, trapos, sobre todo muñecas; la muñeca es la distracción especial de este sexo, he aquí muy evidentemente su gusto determinado por su destino. Lo físico del arte de agradar está en la compostura; esto es todo cuanto los niños pueden cultivar de este arte.

Contemplad a una niña como pasa la jornada cerca de su muñeca, como le cambia sin cesar de presentación, como la viste, la desviste cien y cien veces, como busca continuamente nuevas combinaciones de trajes, sin que le importe el acierto de la elección, los dedos carecen de destreza, el gusto no está formado aún, pero ya se presenta la inclinación; en esta constante ocupación pasa el tiempo sin que ella se dé cuenta, las horas pasan y ella no sabe nada de ello, incluso olvida; tiene más hambre de adornos que de alimento. Pero, diréis, ella adorna su muñeca y no su persona. Sin duda; ella ve a su muñeca y no se ve a sí, porque no puede hacer nada por ella, porque no está formada, porque carece de talento y de fuerza, porque no es nada aún; ella está toda en su muñeca y en ella pone toda su coquetería. No la dejará nunca, y aguarda el momento de ser muñeca ella misma.

Tenemos aquí un primer gusto bien definido; sólo tenéis que seguirlo y regularlo. Es completamente seguro que la pequeña quisiera con todo su corazón saber adornar su muñeca hacer sus lazos de manga, su pañoleta, sus adornos, su encaje; en todo esto se la hace depender tan duramente del placer de los demás, que le sería más cómodo deberlo todo a su industria. De esa forma derivan las primeras lecciones que se les dan: no son trabajos los que se les prescriben, son bondades que para con ella se tienen. En efecto, casi todas las niñas aprenden con disgusto a leer y a escribir; pero en cuanto a manejar la aguja, lo aprenden gustosas todas ellas. De antemano se figuran que son mayores, y piensan con placer que estas facultades le servirían un día para adornarse.

Abierta esta primera ruta es fácil seguirla: la costura, el bordado, el encaje, derivan de ellas mismas. La tapicería no es tan de su agrado; los muebles están muy alejados de ellas, y no inciden en la persona, lo hacen en otras opiniones. La tapicería es el entretenimiento de las mujeres, las jovencitas no encontrarán nunca un gran placer en ella.

Estos progresos voluntarios se extenderán fácilmente hasta el dibujo, pues este arte no es indiferente a aquello que se realiza con gusto: pero yo desearía que se las aplicase más al paisaje y menos a la figura. Las hojas, los frutos, las flores, las ropas, todo cuanto puede dar un contorno elegante al conjunto, y hacer incluso un patrón de bordados cuando no encuentra el de su agrado, le resulta suficiente. En general, si importa a los hombres el limitar sus estudios a conocimientos de uso, esto importa todavía más a las mujeres, porque la vida de éstas, aun cuando menos laboriosa, dado que son más asiduas en sus cuidados y más ocupadas en la diversidad de éstos, no les permite entregarse mediante elección a ningún talento en perjuicio de sus deberes.

Digan lo que quieran los lisonjeros, el buen sentido pertenece por igual a los dos sexos. Las muchachas son en general más dóciles que los muchachos, e incluso se debe emplear con ellas más autoridad, como yo lo sostendré siempre; pero esto no significa que se las deba exigir nada en donde ellas no vean la utilidad; el arte de las madres debe ponerse de manifiesto en todo cuanto les prescriben, y esto es tanto más fácil cuanto que la inteligencia de las jóvenes es más precoz que la de los muchachos. Esta regla

destierra de su sexo, así como del nuestro, no solamente todos los estudios superfluos que no conducen a nada y que no resultan agradables para todos, sino incluso todos aquellos cuya utilidad no reside en la edad, y en donde el niño no puede preverla en una edad más avanzada. Si yo no quiero que se apremie a un muchacho a aprender a leer, con mayor razón no quiero que se fuerce a las muchachas antes de que se les haya hecho comprender bien para qué sirve la lectura; y, en la manera como se les demuestra ordinariamente esta utilidad, más bien se sigue la propia idea que la suya. Después de todo, ¿en dónde está la necesidad de que una muchacha sepa leer y escribir tan pronto? ¿Tendrá ella tan pronto un hogar que regir? Existen muy pocas que no hagan mayor abuso que uso de esta fatal facultad; y todas son lo bastante curiosas para no aprender sin que se les fuerce a ello, cuando ellas dispongan de tiempo y ocasión. Es posible que ante todo ellas debieran aprender a numerar; pues nada ofrece una utilidad más sensible en todo tiempo, demanda un prolongado empleo y no deja tanto campo al error como las cuentas. Si la pequeña no obtuviera las cerezas de su merienda sino mediante una operación aritmética, yo os aseguro que muy pronto sabría calcular.

Yo conozco a una joven que aprendió a escribir más pronto que a leer, y que comenzó a escribir con la aguja antes de escribir con la pluma. De toda la escritura ella no quiso hacer primero sino las oes. Incesantemente hacía las oes, grandes y pequeñas, de todos los tamaños las unas dentro de las otras, y siempre trazadas a contrapelo. Desgraciadamente, un día en que ella estaba ocupada en este útil ejercicio se vio en un espejo; y, al comprobar que esta actitud violenta le daba mal aspecto, arrojó como otra Minerva su pluma y no quiso seguir haciendo las oes. Su hermano tampoco la superaba en afición a escribir, pero éste no era por el aspecto que pudiera presentar, sino por la molestia. Se tomó otro sistema para llevarla de nuevo a la escritura; la pequeña era delicada y vana y no comprendía como su tela pudiera servir a sus hermanas no se le marcó como antes, se la dejó marcar a su gusto y puede suponerse cuál fue el progreso que de todo ello se obtuvo.

Justificad siempre las preocupaciones que les dais a las muchachas, pero imponédselas siempre. La ociosidad y la indocilidad son los dos defectos más peligrosos para ellas, y de los que menos se cura cuando los ha contraído. Las jóvenes deben ser vigilantes y laboriosas, lo que no es todo, ya que deben quedar sometidas desde edad temprana. Esta desdicha, es inseparable de su sexo, y jamás se libentarán de ella como no sea para sufrir otras más crueles. Toda su vida estarán sojuzgadas por el tormento más continuo y más severo, que es el de las conveniencias. Se impone el ejercitarlas primero a la violencia, a fin de que ésta no les sea lesiva; a dominar todos sus caprichos, para someterlos a las voluntades de los demás. Si ellas quisieran trabajar siempre, deberíamos forzarlas algunas veces a no hacer nada. La disipación, la frivolidad, la inconstancia son defectos que nacen fácilmente de sus primeros gustos corruptos y siempre mantenidos. Para prevenir este abuso, enseñadles, sobre todo, a vencerse. En nuestros insensatos establecimientos, la vida de la mujer honesta es un perpetuo combate contra ella misma, es justo que este sexo comparta el dolor de los males que nos ha causado.

Impedid que las muchachas se aburran en sus ocupaciones y no se apasionen en sus distracciones, como sucede siempre en las educaciones vulgares, en donde se sitúan, como afirma Fenelón, todo el tedio de un lado y todo el placer del otro. Si se siguen las reglas precedentes, sólo tendrá lugar el primero de estos inconvenientes cuando las personas que estén a su lado las molesten. Una muchachita que ame a su madre o a su amiga, trabajará durante todo el día junto a ellas sin molestia; sólo el palique la indemnizará de toda su incomodidad. Pero, si quien la maneja le es insoportable, pondrá el mismo disgusto en todo cuanto contemple. Es muy difícil que aquellas que no se complacen con sus madres más que con nadie en el mundo, puedan un día cambiar para el bien, pero, para considerar sus verdaderos sentimientos, es necesario estudiarlas, y no fiarse de lo que ellas digan; pues ellas son lisonjeras, disimuladas y saben desde muy temprano disimularse. No se les debe prescribir el amor hacia sus madres; el afecto no procede del deber, y éste no es el que aquí sirve a la violencia. El afecto, los cuidados, el hábito silo, harán que la hija ame a la madre, caso de que no haga nada para atraerse su odio. La misma violencia en que se la mantiene, bien dirigida, lejos de debilitar este afecto, no hará sino aumentar, porque la dependencia, siendo un estado natural para las mujeres, hace que las hijas se sientan hechas para obedecer.

Por la misma razón de que ellas tienen o deben tener poca libertad, llevan hasta el exceso aquella que les dejemos; extremadas en todo, ellas se entregan a sus juegos con más arrebatos todavía que los muchachos: éste es el segundo de los inconvenientes de que acabo de hablar. Este arrebatos debe ser moderado, pues es la causa de varios vicios particulares de las mujeres, como, entre otros, el capricho de la manía, por cuyo influjo una mujer se transporta hoy por un objeto que mañana no considerará. La inconstancia de los gustos les es tan funesta como su exceso, y ambos proceden de la misma fuente. No les quitéis la alegría, las risas, la algazara, los juegos retozones; pero sí impedidles que no se hastíen del uno

para correr al otro; no soportéis que en ningún instante de su vida prescindan de freno. Acostumbradlas a verse interrumpidas en medio de sus juegos y dirigidlas hacia otras preocupaciones sin que se quejen de ello.

De esta sujeción habitual deriva una docilidad de la que las mujeres están necesitadas toda su vida, dado que no cesan nunca de estar sometidas al hombre, o a los juicios de los hombres, y que no les es tolerado situarse sobre ellos. La primera y más importante cualidad de una mujer es la dulzura: formada para obedecer a un ser tan imperfecto como el hombre, con frecuencia tan lleno de vicios y siempre tan lleno de defectos, debe aprender con anticipación a sufrir incluso la injusticia y a soportar las sinrazones de un marido sin quejarse; no es para él, es para ella para quien debe ser dulce. La aspereza y la obstinación de las mujeres no hacen otra cosa que aumentar sus males y aquellos que proceden de sus maridos; ellos comprenden que no es con estas armas con las que deben ser vencidos. El cielo no las hizo insinuantes y persuasivas para convertirse en violentas, no las hizo débiles para ser imperiosas; no les puso una voz tan dulce para lanzar injurias; no les concedió rasgos delicados para desfigurarlos por la cólera. Cuando ellas se enfadan, se olvidan de sí; tienen a menudo razón para quejarse, pero yerran siempre al gruñir. Cada uno debe conservar el tono de su sexo, un marido dulce en extremo puede hacer impertinente a una mujer; pero, a menos de que un hombre no sea un monstruo, la dulzura de una mujer le reduce y triunfa sobre el más o menos pronto.

Que las hijas sean siempre sumisas, pero que las madres no sean siempre inexorables. Para hacer dócil a una joven, no es necesario hacerla desgraciada; para hacerla modesta, no es preciso embrutecerla, por el contrario, a mí no me disgustaría el que se las dejase poner algunas veces algo de destreza, no para eludir el castigo a su desobediencia, sino para hacerse eximir de obedecer. No se trata de hacerles penosa su dependencia: basta con hacérsela sentir. La astucia es una facultad natural del sexo; y, persuadido de que todas las inclinaciones naturales son buenas y rectas por sí mismas, soy de parecer de que se cultive ésta lo mismo que las demás; sólo se trata de prevenir el abuso que de ella se haga.

Yo me dirijo respecto a la verdad de este parecer a todo observador de buena fe. Yo no quiero que sean examinadas las mismas mujeres: nuestras opresoras instituciones pueden forzarlas a aguzar su espíritu. Quiero que sean examinadas las jóvenes, las niñas, las que puede decirse que acaban de nacer: que sean comparadas con los mozalbetes de su misma edad: y si éstos no se presentan junto a ellas pesados, atolondrados, bestiales, padeceré, incontestablemente, un error. Que me sea permitido un solo ejemplo tomado en toda su ingenuidad pueril.

Es muy corriente prohibir a los niños que pidan algo en la mesa, pues se cree siempre lograr un mayor éxito en la educación recargándola de preceptos inútiles, como si un trozo de esto o de lo otro no fuese en seguida concedido o negado⁵, sin hacer morir sin cesar a un pobre niño de codicia agujoneada por la esperanza. Todo el mundo conoce la destreza de un muchacho sometido a esta ley, el cual, al haber sido olvidado en la mesa, solicita sal, etc. No diré que se le podía reprender por haber solicitado directamente la sal e indirectamente la carne; la omisión era tan cruel, que, aun cuando él hubiese quebrantado abiertamente la ley y dicho sin ambages que tenía hambre, no puedo creer que mereciera ser castigado. Voy a referirme a cómo procedió en mi presencia una niñita de seis años en un caso mucho más difícil, pues, aparte de que le estaba rigurosamente prohibido pedir nada, ni directa ni indirectamente, la desobediencia no hubiera sido perdonable porque ella había comido de todos los platos, salvo uno sólo, que se habían olvidado darle, y al que ella codiciaba en demasía.

Pues bien, para que este olvido fuese reparado sin que se le pudiese acusar de desobediencia, ella pasó revista a todos los platos avanzando su dedo, y diciendo muy alto a medida que los señalaba: "yo he comido de éste", pero afectó tan visiblemente el pasarse en silencio del que no había comido, que alguien dándose cuenta de ello, le dijo: "y de éste, ¿no has comido?" "Oh, no" replicó dulcemente la pequeña golosa, bajando los ojos. No añadiré más; comparad: este procedimiento es una astucia de niña, el otro es una astucia de niño.

Lo que está bien está bien y ninguna ley general es mala. Esta astucia particular dada al sexo es una compensación muy equitativa de la fuerza que tiene de menos; sin ella la mujer no sería la compañera del hombre, sería su esclava: es mediante esta superioridad de talento por la que ella se mantiene su igual, y por la que le gobierna obedeciéndole. La mujer tiene todo contra ella, nuestros defectos, su timidez, su debilidad; ella no tiene para sí nada más que su arte y su belleza. ¿No es justo que ella cultive el uno y la otra? Pero la belleza no es general; desaparece por mil accidentes y se pasa con los años: el hábito destruye

⁵ Un niño se hace importuno cuando comprende que le tiene cuenta el serlo: pero no volverá nunca a pedir la misma cosa dos veces, si la primera respuesta es siempre irrevocable.

el efecto. Sólo el espíritu es la verdadera fuente del sexo: no ese necio espíritu al que se le concede tanto valor en el mundo, y que no sirve para nada para hacer la vida feliz, sino el espíritu de su condición, el arte de sacar partido del nuestro, y prevalecerse de nuestras propias ventajas. No se conoce cuánta utilidad tiene para nosotros mismos esta astucia de las mujeres, cuánto encanto añade a la compañía de los dos sexos, cuánto sirve para reprimir la petulancia de los hijos, cuánto contiene a los maridos brutales, cuánto mantiene los rectos hogares, a los que la discordia trastornaría sin ella, ya sé que las mujeres artificiales y malas abusan de ella, pero ¿de qué no abusa el vicio? No destruyamos los instrumentos de la felicidad porque se sirvan de ellos los malos a veces para perjudicarlos.

Se puede brillar por el adorno, pero sólo se complace con la persona. Nuestros atuendos no son nuestros; a menudo se deslucen a fuerza de ser rebuscados y con frecuencia aquellos que aderezan más a quien los lleva, son los que menos se observan. La educación de los jóvenes por lo que a esto respecta, es un verdadero contrasentido. Se les promete ornamentos como recompensa, se les hace amar los adornos rebuscados: *¡qué bella es!*, les decimos cuando ellas aparecen muy peripuestas. Y se debería, por el contrario, hacerles comprender que tanto aparato sólo está formado para ocultar los defectos, y que el verdadero triunfo de la belleza es el de brillar por sí misma. El amor por las modas es de mal gusto, porque los rostros no cambian con ellas, y porque permaneciendo la figura la misma, lo que le sienta bien una vez le sienta siempre.

Al contemplar a la joven pavonearse con sus galas, a mí me preocuparía su figura disfrazada, por lo que pudiera pensarse de ella, y diría: todos estos ornamentos la adornan demasiado y esto es perjudicial. ¿Creéis que ella puede soportarlos más sencillos?; ¿es lo bastante bella para prescindir de esto y de lo otro? Puede ser que entonces sea la primera en suplicar que se le quite este ornamento, y que se la considere: éste es el caso de aplaudirla si hay lugar para ello. Yo no la alabaré nunca tanto sino cuando aparezca más sencillamente. Cuando ella no considere el adorno sino un suplemento a las gracias de la persona y como una confesión tácita de que tiene necesidad de ayuda para complacer, no estará orgullosa de su presentación, será humilde, y si, más adornada que de costumbre, oye decir: *¡qué bella es!*, enrojecerá de despecho.

Además, existen figuras que tienen necesidad de adornos, pero no hasta el punto de que exijan ricos atavíos. Los atavíos ruinosos son la vanidad del rango y no de la persona, y se enlazan únicamente al prejuicio. La verdadera coquetería es a veces rebuscada, pero jamás es fastuosa; y Juno se situaba más soberbiamente que Venus. *No pudiendo hacerla bella, tú la haces rica*, decía Apeles a un mal pintor que pintaba a Elena muy recargada de adornos. Yo también he observado que los más pomposos atavíos anunciaban lo más frecuentemente mujeres feas; no cabría poseer una vanidad más desdichada. Dad a una joven que tenga gusto, y que desprecie la moda, cintas, gasa, muselina y flores; sin diamantes, sin perendengues, sin encajes⁶, se hará un arreglo que la presentará cien veces más encantadora que lo hubiesen logrado todos los brillantes trapos de la Duchapt.

Como lo que está bien está siempre bien, y es necesario estar siempre lo mejor que sea posible, las mujeres conocedoras de combinaciones eligen las buenas y a ellas se atienen, y como no cambian todos los días, están menos ocupadas que aquellas que no saben a qué atenerse. La verdadera preocupación por la compostura exige poco adorno. Las jóvenes raramente tienen adornos ostentosos; el trabajo, las lecciones, llenan su jornada; sin embargo, son puestas, en general, casi al rojo, con tanto cuidado como las damas y a menudo con mejor gusto. El abuso del tocador no es como se piensa, procede mucho más del tedio que de la vanidad. Una mujer que pasa seis horas en su tocador no ignora que ella no sale mejor presentada que la que sólo ha gastado en ella media hora; pero esto es un aprovechamiento de la agobiante lentitud del tiempo y es mejor divertirse consigo misma que aburrirse con todo. Sin tener que componerse ¿qué haría de la vida desde medio día hasta las nueve? Reuniendo mujeres en derredor suyo, se divierte impacientándolas y esto es ya alguna cosa; se evitan las conversaciones con un marido al que sólo se ve a esta hora, y esto es mucho más;

y luego llegan los vendedores, los buhoneros, los petimetres los autorzuelos, los versos, las canciones, los libretos: sin el tocador, jamás se reuniría todo esto. El único provecho real que facilita la cosa es el pretexto de ostentarse algo más que cuando se está vestida; pero este beneficio no puede ser tan grande como se piensa, y las mujeres en ese lugar no ganan tanto como ellas creen. Facilidad sin escrúpulo una educación de

⁶ Las mujeres que tienen la piel bastante blanca para prescindir del encaje, causarían mucho despecho a las demás si no los llevasen. Son casi siempre las personas feas quienes dirigen las modas, a las cuales cometen la tontería de someterse las bellas.

mujer a las mujeres, haced que ellas estimen los cuidados de su sexo que tengan modestia, que sepan velar por su hogar y ocuparse de su casa, la gran "toilette" caerá por sí misma y ellas aparecerán con mejor gusto.

La primera cosa que observan al crecer las jóvenes, es que todos estos arreglos extraños no les bastan, si no son aparentes para ellas. No puede crearse jamás la belleza, y no se está tan pronto en condiciones de adquirir la coquetería, pero se puede buscar el modo de dar un tono agradable a sus gestos, un acento halagador a su voz, a componer su postura, a marchar con ligereza, a tomar actitudes graciosas, a escoger en todo sus ventajas. Se extiende la voz, se afirma y adquiere timbre; se desarrollan los brazos, se asegura la marcha y se percibe que, de cualquier manera que se presente existe un arte de hacerse mirar. Desde entonces ya no se trata solamente de la aguja y de la industria; nuevas facultades se presentan y hacen sentir su utilidad.

Yo sé que los severos preceptores no quieren que se les enseñe a las jóvenes ni canto, ni danza, ni ninguna de las artes agradables. Esto me parece jocoso; y ¿a quién quieren pues que se les enseñe?; ¿a los muchachos?; ¿a quién pertenece poseer de preferencia estas facultades, a los hombres o a las mujeres? A nadie, responderán ellos, las canciones profanas son otros tantos delitos, la danza es una invención del demonio, una joven no debe tener otra distracción que su trabajo y la oración. ¡He aquí las extrañas distracciones para una niña de diez años! Por lo que a mí se refiere siento gran temor de que todas estas santitas a las que se fuerza a pasar su infancia orando a Dios, pasen su juventud en otra cosa muy distinta y no reparen de mejor modo, cuando casadas, el tiempo que creen haber perdido de jóvenes. Considero que es necesario prestar atención a lo que conviene a la edad tanto como al sexo; que una joven no debe vivir como su abuela, debe ser viva, jovial, retozona, cantar, danzar cuanto le plazca, y gustar todos los inocentes placeres de su edad; demasiado pronto llegará el tiempo de estar sosegada y de tomar un aspecto más serio.

Por la necesidad misma de este cambio, ¿es muy real?; ¿no es acaso todavía un fruto de nuestros prejuicios? Sometiendo a las mujeres honestas sólo a tristes deberes, se destierra del matrimonio todo cuanto podía hacerlo agradable a los hombres. ¿Hemos de asombrarnos si la taciturnidad que ellos ven dominar en ellas les retiene, o de si están poco tentados a abrazar un estado tan desagradable? A fuerza de exagerar todos los deberes, el cristianismo los hace impracticables y vanos; a fuerza de prohibir a las mujeres el canto, la danza, y todas las distracciones del mundo, las hace chabacanas, murmuradoras, insoportables en sus hogares. No existe religión en donde el matrimonio quede sometido a tan severos deberes, ni en donde un compromiso tan sagrado sea tan menospreciado. Se ha hecho tanto para impedir que las mujeres fuesen amables, que se han hecho indiferentes a los maridos. Comprendo muy bien que esto no debería ser: pero digo que esto debe ser, dado que al fin los cristianos son hombres. En cuanto a mí, quisiera que una joven inglesa cultivase con tanto cuidado las facultades agradables para complacer al marido, como que una joven albanesa las cultive para el harén del Ispaham. Se nos dirá que los maridos no se cuidan demasiado de todos estos talentos. Verdaderamente yo lo creo, cuando estos talentos, lejos de ser empleados para complacerles, no sirven sino de cebo para atraer a sus casas a jóvenes impúdicas que las deshonoran. Pero, ¿opináis que una mujer amable y prudente, adornada con semejantes talentos, y que los consagrare a la distracción de su marido, no añadiría felicidad a su vida, y no le impediría, al salir de su gabinete con la cabeza agotada, ir a buscar recreos fuera de su casa? ¿No ha visto nadie familias dichosas reunidas de ese modo, en donde cada uno sabe contribuir a las distracciones comunes? ¿Quién afirma que la confianza y familiaridad que se conjunta con ello, que la inocencia y la dulzura de los placeres que allí se disfrutan, no compensan lo que los placeres públicos tienen de más ruidoso?

Hemos reducido demasiado en las artes los talentos agradables; se les ha generalizado con exceso; se ha hecho todo máxima y precepto, se le ha hecho muy enojoso a las jóvenes lo que no debe ser para ellas sino distracción y juegos alocados. Yo no imagino nada más ridículo que el ver a un viejo maestro de danza o de canto, abordar con aire ceñudo a las jóvenes que no buscan más que reír y tomar para enseñarles su frívola ciencia un tono más pedantesco y más magistral que si se tratase de su catecismo. ¿Es que por ejemplo, se atiende a la música escrita el arte de cantar; ¿no podría lograrse hacer su voz flexible y precisa, enseñar a cantar con gusto, incluso sin acompañarse, sin conocer una sola nota?; ¿conviene a todas las voces la misma clase de canto? ¿Va bien a todos los espíritus el mismo método? Jamás se me hará creer que las mismas actitudes, los mismos pasos, los mismos movimientos, los mismos gestos, las mismas danzas, convienen a una morenita viva y picante, que a una bonita rubia con ojos lánguidos. Cuando veo a un maestro dar exactamente a las dos las mismas lecciones, digo: Este hombre sigue su rutina, pero no entiende nada de su arte. Nos preguntamos si es necesario dar a las jóvenes, maestros o maestras. Yo no lo sé: yo quisiera que ellas no tuviesen necesidad ni de los unos ni de las otras, que aprendiesen libremente cuanto están inclinadas a querer saber y que no se viesan errar sin cesar en nuestras ciudades tanto bufones emperifollados. Yo tengo algún sentimiento al creer que el comercio de estas gentes no sea más perjudicial a

las jóvenes que sus lecciones le son útiles, y que su jerga, su tono, sus aires, no faciliten a sus escolares el primer gusto hacia las frivolidades, para ellos tan importantes y de las cuales ellas no tardarán en hacer su única ocupación por su ejemplo.

En las artes que no tienen por objeto sino el complacer, todo puede servir de maestro a las jóvenes: su padre, su madre, su hermano, su hermana, sus amigos, sus preceptores, su espejo y sobre todo su propio gusto. No se les debe ofrecer el darles lección, es necesario que sean ellas quienes las soliciten; y es, sobre todo, en estas clases de estudios en donde el primer éxito es el querer lograrlo. Además, si fuesen absolutamente necesarias las lecciones en regla, yo no decidiría nada respecto al sexo de aquellos que deben darlas. Yo no sé si es necesario que un maestro de danza tome a una joven escolar por su mano delicada y blanca, que le haga acortar la falda, levantar los ojos, desplegar los brazos, avanzar un seno palpitante, pero si sé bien que por nada del mundo quisiera ser yo ese maestro.

Por la industria y los talentos se forma el gusto; por el gusto se abre insensiblemente el espíritu a las ideas de lo bello de todos los géneros, y finalmente a las nociones morales que con ello se relacionan. Ésta puede ser una de las razones de por qué el sentimiento de la decencia y de la honestidad se insinúan más pronto en las jóvenes que en los muchachos; pues, para creer que este sentimiento precoz sea obra de sus cuidadores precisaría estar muy mal capacitado del sesgo de sus lecciones y de la marcha del espíritu humano. La facultad de hablar mantiene el primer rango en el arte de complacer; es sólo por él como se puede agregar nuevos encantos a aquellos a los cuales el hábito acostumbra a los sentidos. Es sólo el espíritu quien no solamente vivifica al cuerpo, sino quien lo renueva en cierto modo; es por la sucesión de los sentimientos y de las ideas como anima y varía la fisonomía; y es por el discurso que él inspira como la atención latente mantiene durante mucho tiempo al mismo interés sobre el mismo objeto. Creo yo que es por todas estas razones por las que las jóvenes adquieren tan a prisa una leve cháchara agradable, por las que ellas acentúan sus propósitos, incluso antes de sentirlos, y por lo que los hombres se distraen tan pronto escuchándolas, incluso antes de que puedan comprenderlas. Espían el primer momento de esta inteligencia para penetrar de ese modo en el del sentimiento.

Las mujeres tienen la lengua flexible; hablan más pronto, más fácil y más agradablemente que los hombres. Se las acusa también de hablar demasiado: así debe ser, y yo cambiaré gustoso este reproche en elogio; la boca y los ojos tienen en ellas la misma actividad y por la misma razón. El hombre dice lo que él sabe, la mujer dice lo que le place; el uno para hablar tiene necesidad de conocimientos, y la otra de gusto; el uno debe tener como objeto principal las cosas útiles, la otra las agradables. Sus discursos no deben tener como formas comunes sino las de la verdad.

Por tanto, no se debe contener la cháchara de las jóvenes como la de los muchachos, empleando esta dura interrogación: *¿Para qué sirve todo esto?* Sino empleando esta otra a la que no es más fácil de contestar: *¿Qué efecto causará esto?* En esta primera edad en que no pudiendo discernir todavía el bien y el mal, no son los jueces de nadie, ellas deben imponerse como ley el no decir jamás nada que no sea agradable a aquellos a quienes hablan; y lo que hace la práctica de esta regla más difícil es que queda siempre subordinada a la primera, que es la de no mentir nunca.

En esto encuentro todavía otras dificultades, pero ellas pertenecen a una edad más avanzada. En cuanto al presente sólo puede costarles a las jóvenes para ser veraces el serlo sin vulgaridad; y como naturalmente esta vulgaridad les repugna, la educación les enseña fácilmente a evitarla. Yo observo, en general, en el comercio del mundo, que la cortesía de los hombres es más oficiosa y la de las mujeres más acariciadora. Esta diferencia no es de institución, es natural. El hombre parece buscar más el serviros, y la mujer el agradaros. Se sigue de todo esto que cualquiera que sea el carácter de las mujeres, su urbanidad es menos falsa que la nuestra; ella sólo hace que se extienda su primer instinto; pero cuando un hombre finge preferir mi interés al suyo propio, con cualquier demostración que él colorea esta falsedad, yo estoy muy seguro de que la comete. Por tanto, no cuesta nada a las mujeres el ser educadas, ni por consecuencia a las jóvenes aprender a llegar a serlo. La primera lección procede de la naturaleza, el arte no hace más que seguirla y determinar según nuestros usos bajo qué forma debe presentarse. Con respecto a su cortesía entre sí, la cosa cambia del todo; ellas ponen un aire tan obligado y atenciones tan frías, que inquietándose mutuamente, no tienen gran cuidado de ocultar su sujeción y parecen sinceras en su falsedad no buscando nada que la disimule. Sin embargo, las jóvenes se forman algunas veces sin esfuerzo amistades más francas. A su edad la alegría procede de buen natural; y contentas de sí mismas, lo están de todo el mundo. Es constante también el que ellas se besen con mejor voluntad y se acaricien con más gracia delante de los hombres, orgullosas de aguijar impunemente su codicia por la imagen de los favores que saben hacerles enviar.

Si no se les deben permitir a los jóvenes preguntas indiscretas, con mucha más razón debe prohibírseles a las jóvenes, en las que la curiosidad satisfecha o mal eludida, tiene una consecuencia distinta, dada su penetración en presentir los misterios que se les esconden y su destreza para descubrirlos. Pero sin soportar sus interrogantes, yo quisiera que se las interrogase mucho a ellas mismas, que se tuviese cuidado de hacerlas conversar, que se las halagase para ejercitarlas a hablar fácilmente, para hacerlas vivas en la respuesta, para desliarles el espíritu y la lengua, mientras esto se pudiera hacer sin peligro. Estas conversaciones siempre desviadas en alegría, pero manejadas con arte y bien dirigidas, constituirían un entretenimiento encantador para esta edad, y podrían llevar a los corazones inocentes de estas jóvenes las primeras y pueda ser que las más útiles lecciones de moral que ellas tomarán en su vida, enseñándoles, bajo el atractivo del placer y de la variedad, a qué cualidades conceden verdaderamente su estimación los hombres, y en qué consiste la gloria y la felicidad de una mujer honrada.

Se comprende bien que si los hijos varones se hallan lejos de formarse alguna idea verdadera de la religión, con mucha más razón la misma idea supera a la concepción de las jóvenes: por esto mismo yo quisiera hablarles de esto en el tiempo conveniente, pues si precisara esperar a que ellas se encontraran en estado de discutir metódicamente estas cuestiones profundas, se correría el riesgo de no hablarles de ellas jamás. La razón de las mujeres es una razón práctica que les lleva a encontrar muy hábilmente los medios de llegar a un fin conocido, pero que no les hace hallar este fin. Es admirable la relación social de los sexos. De esta sociedad resulta una persona moral en la que la mujer es el ojo y el hombre el brazo; pero con una dependencia tal del uno a la otra, que es del hombre del que aprende la mujer cuanto es necesario ver, y es de la mujer de la que aprende el hombre lo que es necesario hacer. Si la mujer pudiese remontar tan bien como el hombre a los principios, y el hombre tuviese también como ella el espíritu de los detalles siempre independientes el uno del otro, vivirían en una discordia permanente, y no podría subsistir su sociedad. Pero dentro de la armonía que reina entre ellos, todo tiende al fin común, no se sabe cuál pone más del suyo; cada uno sigue el impulso del otro, cada uno obedece, y ambos son los señores.

Por lo mismo que la conducta de la mujer está sometida a la opinión pública, su creencia lo está a la autoridad. Toda hija debe tener la religión de su madre, y toda esposa la de su marido. Aun cuando esta religión fuese falsa, la docilidad que somete la madre y la familia al orden de la naturaleza borra cerca de Dios el pecado del error. Exceptuadas de ser jueces por sí mismas, ellas deben recibir la decisión de los padres y de los maridos como la de la iglesia.

No pudiendo obtener por sí mismas las reglas de su fe, las mujeres no pueden concederles como límites las de la evidencia y de la razón; pero, dejándose arrastrar por mil impulsos extraños, se hallan siempre más acá o más allá de lo verdadero. Siempre extremosas, son muy libertinas o devotas; no aciertan a saber reunir la moderación a la piedad. La fuente del mal no radica solamente en el carácter arrebatado de su sexo, sino también en la autoridad mal regulada del nuestro: el libertinaje de las costumbres la hace despreciar, el miedo al arrepentimiento la hace tiránica, y de este modo hacemos siempre demasiado o muy poco.

Puesto que la autoridad debe regular la religión de las mujeres, no se trata tanto de explicarle las razones que se poseen para creer como de exponerle claramente cuanto se cree: pues la fe que se concede a las ideas es la primera fuente del fanatismo, y la que se nos exige mediante cosas absurdas conduce a la locura o a la incredulidad. No sé que nuestros catecismos lleven más a ser impío que fanático; pero sé bien que necesariamente hacen lo uno y lo otro.

En primer lugar, al enseñar la religión a las jóvenes, no la convertáis nunca en motivo de tristeza y de sujeción, ni en una tarea, en un deber; por consecuencia, no les hagáis aprender jamás nada de memoria de cuanto con ella se relaciona, ni siquiera las oraciones. Contentaos con hacer regularmente las vuestras ante ellas sin forzarlas a estar presentes. Hacedlas cortas, según la ordenación de Jesucristo. Hacedlas siempre con el recogimiento y el respeto conveniente; pensad que al solicitar del ser supremo atención para ser escuchados, esto vale también para ponerla en lo que vamos a decirle.

Importa menos el que las jóvenes conozcan muy pronto su religión, que el que la sepan bien y, sobre todo, que la amen. Cuando se la hacéis onerosa, cuando le pintáis siempre un Dios enojado contra ellas, cuando en su nombre le imponéis mil penosos deberes que no os ven cumplir jamás, ¿qué pueden pensar ellas sino que saber su catecismo y rogar a Dios son deberes de las pequeñas, y desear ser mayores para eximirse como vosotros de esta sujeción? ¡El ejemplo! ¡El ejemplo!, sin él nada se logrará cerca de los niños.

Cuando les expliquéis los artículos de la fe, hacedlo en forma de instrucción directa y no por preguntas y respuestas. Ellas deben contestar siempre aquello que piensan y no aquello que se les ha dictado. Todas las respuestas del catecismo tienen algo de contrasentido y es el escolar el que instruye al

maestro; son incluso falsedades en labios de los niños, dado que ellos explican lo que no comprenden y que afirman aquello que se les sustrae a su comprensión. Entre los hombres más inteligentes, que me sean mostrados aquellos que no mientan diciendo su catecismo.

La primera pregunta que yo veo en el nuestro es ésta: "*¿Quién os ha creado y colocado en el mundo?*" A lo que la pequeña, pensando, desde luego, que ha sido su madre, dice sin embargo, sin titubear que ha sido Dios. La única cosa que ella ve en esto es que a una pregunta que no comprende da una contestación que no entiende del todo.

Yo desearía que un hombre que conociera bien la marcha del espíritu de los niños se dispusiera a hacer para ellos un catecismo. Sería acaso el libro más útil que jamás se hubiera escrito, y según yo pienso aquél que proporcionaría menos honor a su autor. Lo que descarto, es que si este libro era bueno, no se parecería en nada a los nuestros.

Un catecismo semejante silo sería bueno cuando, mediante las preguntas solas, el niño hiciera por sí mismo las respuestas sin aprenderlas, bien entendido que en ciertos casos él mismo podrá interrogar a su vez. Para hacer comprender lo que yo quiero decir, será necesario una especie de modelo, y yo lamento el no haberlo trazado. Intentaré, al menos, dar alguna ligera idea de él.

Yo me imagino, pues, que para llegar a la primera pregunta de nuestro catecismo, sería necesario que éste comenzara casi de esta manera:

LA SIRVIENTA.—¿Os acordáis del tiempo en que vuestra madre era niña?

LA PEQUEÑA.—No, mi sirvienta.

LA SIRVIENTA.—¿Por qué no, vos que tenéis tan buena memoria?

LA PEQUEÑA.—Porque yo no estaba en el mundo.

LA SIRVIENTA.—¿Vos no habéis vivido siempre?

LA PEQUEÑA.—No.

LA SIRVIENTA.—¿Viviréis siempre?

LA PEQUEÑA.—Sí.

LA SIRVIENTA.—¿Sois joven o vieja?

LA PEQUEÑA.—Soy joven.

LA SIRVIENTA.—Y vuestra abuela ¿es joven o vieja?

LA PEQUEÑA.—Vieja.

LA SIRVIENTA.—¿Ha sido ella joven?

LA PEQUEÑA.—Sí.

LA SIRVIENTA.—¿Por qué ya no lo es?

LA PEQUEÑA.—Porque ella ha envejecido.

LA SIRVIENTA.—¿Envejeceréis vos como ella?

LA PEQUEÑA.—No sé⁷.

LA SIRVIENTA.—¿Dónde están vuestros vestidos del año pasado?

LA PEQUEÑA.—Los han deshecho.

LA SIRVIENTA.—¿Y por qué los han deshecho?

LA PEQUEÑA.—Porque me estaban demasiado pequeños.

LA SIRVIENTA.—¿Y por qué os estaban demasiado pequeños?

LA PEQUEÑA.—Porque he crecido.

LA SIRVIENTA.—¿Creceis todavía?

LA PEQUEÑA.—¡Oh!, sí.

LA SIRVIENTA.—¿Y qué llegarán a ser las jóvenes?

LA PEQUEÑA.—Llegarán a ser mujeres.

LA SIRVIENTA.—¿Qué llegan a ser las mujeres?

LA PEQUEÑA.—Llegan a ser madres.

LA SIRVIENTA.—Y las madres, ¿qué llegan a ser?

LA PEQUEÑA.—Llegan a ser viejas.

LA SIRVIENTA.—¿Os volveréis, pues, vieja?

LA PEQUEÑA.—Cuando yo sea madre.

LA SIRVIENTA.—¿Y qué llegan a ser las personas viejas?

LA PEQUEÑA.—No lo sé.

⁷ Si en todas partes que yo he puesto "no sé", la pequeña responde de otro modo, es preciso desconfiar de su respuesta y hacérsela explicar con cuidado .

LA SIRVIENTA.—¿Qué ha llegado a ser vuestro abuelito?
 LA PEQUEÑA.—Ha muerto⁸.
 LA SIRVIENTA.—Y ¿por qué ha muerto?
 LA PEQUEÑA.—Porque era viejo.
 LA SIRVIENTA.—¿Qué les ocurre a las personas viejas?
 LA PEQUEÑA.—Que mueren.
 LA SIRVIENTA.—Y vos, cuando seáis vieja, ¿qué. . . ?
 LA PEQUEÑA, *interrumpiéndola*.—¡ Oh, mi sirvienta, yo no quiero morir!
 LA SIRVIENTA.—Niña mía, nadie quiere morir, y todo el mundo muere, sin embargo.
 LA PEQUEÑA.—¿Cómo!, ¿mi mamá morirá también?
 LA SIRVIENTA.—Como todo el mundo. Las mujeres envejecen lo mismo que los hombres, y la vejez conduce a la muerte.
 LA PEQUEÑA.—¿Qué es preciso hacer para envejecer tarde?
 LA SIRVIENTA.—Vivir prudentemente mientras que uno es joven.
 LA PEQUEÑA.—Mi sirvienta, yo seré siempre prudente.
 LA SIRVIENTA.—Mejor para vos. Pero en fin, ¿creéis vivir siempre?
 LA PEQUEÑA.—Cuando yo sea muy Vieja, muy vieja...
 LA SIRVIENTA.—¡ Y bien !
 LA PEQUEÑA.—En fin, cuando se es tan vieja, decís que es necesario morir.
 LA SIRVIENTA.—Por tanto, ¿moriréis una vez?
 LA PEQUEÑA.—¡ Ay, sí !
 LA SIRVIENTA.—¿Quiénes son los que vivían antes que vos?
 LA PEQUEÑA.—Mi padre y mi madre.
 LA SIRVIENTA.—Y ¿quién vivía antes que ellos?
 LA PEQUEÑA.—Su padre y su madre.
 LA SIRVIENTA.—Y ¿quién vivirá después de vos?
 LA PEQUEÑA.—Mis hijos.
 LA SIRVIENTA.—Y ¿quién vivirá después de ellos?
 LA PEQUEÑA.—Sus hijos, etc.

Siguiendo esta trayectoria, se halla en la raza humana, mediante sensibles inducciones, un comienzo y un fin como en todas las cosas; es decir, un padre y una madre que no han tenido ni padre ni madre, e hijos que no tendrán hijos⁹.

Solamente después de una larga serie de preguntas semejantes, es cuando la primera pregunta del catecismo está suficientemente preparada. Pero desde aquí a la segunda respuesta, que por decirlo así es la definición de la esencia divina, ¡qué salto inmenso! ¿Cuándo será relleno este bache? ¡Dios es un espíritu! ¿Y qué es lo que significa un espíritu?; ¿puedo embarcar yo el de un niño en esta oscura metafísica, cuando tanto trabajo cuesta a los hombres sustraerse a ella? No corresponde a una jovencita resolver estas preguntas; le cumple todo lo más hacerlas. En ese caso yo le responderé sencillamente: no preguntéis lo que es Dios; esto no es fácil de contestar: no se puede oír, ni ver, ni tocar a Dios; sólo se le conoce por sus obras. Para juzgar lo que es, aguardad a saber que es lo que él hace.

Si nuestros dogmas tratan de definir la misma verdad, no por ello son todos de la misma importancia. A la gloria de Dios le es indiferente no ser conocida por todas las cosas; pero importa a la sociedad humana y a cada uno de sus miembros que todo hombre conozca y cumpla los deberes que hacia su prójimo y hacia sí mismo le impone la ley de Dios. He aquí lo que debemos incesantemente enseñarnos los unos a los otros, y he aquí sobre todo los que los padres y las madres están obligados a enseñar a sus hijos. Que una virgen sea la madre de su creador, que ella haya dado a luz a Dios, o solamente a un hombre al que Dios está unido, que la sustancia del padre y del hijo sea la misma o sólo sea semejante, que el espíritu

⁸ La pequeña dirá esto porque lo ha oído decir; pero es necesario comprobar si ella tiene alguna idea exacta de la muerte, pues esta idea no es tan sencilla ni está tan al alcance de los niños, como se piensa. Se puede ver, en el pequeño poema de *Abel*, un ejemplo de la manera como se le debe dar. Esta obra encantadora respira una deliciosa sencillez, de la que no se puede aprovechar demasiado para conversar con los niños.

⁹ La idea de la eternidad no se acertaría a aplicar a las generaciones humanas con el consentimiento del espíritu. Toda sucesión numérica reducida a acto es incompatible con esta idea.

proceda de uno de los dos que son el mismo o de los dos conjuntamente, no veo que la decisión de estas cuestiones, en apariencia esenciales, importe más a la especie humana que el de saber qué día de la luna se debe celebrar la pascua si es necesario rezar el rosario, ayunar, guardar la vigilia, hablar latín o francés en la iglesia, adornar los muros con imágenes, decir u oír la misa y no tener mujer en propiedad. Que cada uno piense de todo esto lo que le parezca: ignoro lo que puede interesar a los demás; a mí, particularmente, no me interesa. Pero lo que sí me interesa, a mí y a todos mis semejantes, es que todos sepan que existe un árbitro de la suerte de los humanos, del que todos nosotros somos los hijos, que nos ha prescrito a todos el ser justos, amarnos los unos a los otros, ser caritativos y misericordiosos, mantener nuestros compromisos con todo el mundo, incluso con nuestros enemigos y los suyos, que la aparente felicidad de esta vida no es nada, que existe otra después de ella en la que este ser supremo será el remunerador de los buenos y el juez de los malos. Estos dogmas y los dogmas semejantes son los que importan a la juventud y persuadir con ellos a todos los ciudadanos. Es evidente que aquellos que los combatan merecen castigo por ser perturbadores del orden y enemigos de la sociedad. Cualquiera que lo soslaye y quiera subyugarnos a sus opiniones particulares, llega al mismo punto por una ruta opuesta; para establecer el orden a su manera perturba la paz; en su temerario orgullo se convierte en intérprete de la divinidad y exige en su nombre los homenajes y los respetos de los hombres, y se hace Dios en tanto que puede ocupar su lugar; se le debería castigar como sacrílego cuando no se le castigase como intolerante.

Descuidad, pues, todos estos dogmas misteriosos que no son para nosotros sino palabras sin ideas, todas esas raras doctrinas cuyo vano estudio concede virtudes a aquellos que se entregan a él, y sirve más bien para hacerlos locos y no buenos. Mantened siempre a vuestros hijos en el reducido círculo de los dogmas que inciden aquí en la moral—. Persuadirles de que no existe para nosotros ningún más útil conocimiento que lo que nos enseña a obrar bien. No hagáis de vuestras hijas ni teólogas, ni razonadoras; no les enseñéis de las cosas del cielo sino cuanto sirve a la sabiduría humana; acostumbra las a sentirse siempre bajo los ojos de Dios, a tenerle por testigo de sus acciones, de sus pensamientos, de su virtud, de sus placeres, a hacer el bien sin ostentación. porque él lo desea, a sufrir el mal sin quejarse, porque él lo recompensará; a permanecer, en fin, todos los días de su vida, de los que estarán muy satisfechas, cuando comparezcan ante él. He aquí la verdadera religión, he aquí la única que no es susceptible, ni de abuso, ni de impiedad, ni de fanatismo. Que se nos predique tanto como se quiera, las más sublimes; para mí no queda reconocida otra que ésta.

Por lo demás, es conveniente observar que, hasta la edad en que la razón se aclara, y hace hablar a la conciencia el sentimiento naciente, lo que resulta bien o mal para las jóvenes, es lo que las personas que las rodean han decidido que sea de ese modo. Lo que se les ordena está bien, lo que se les prohíbe está mal y ellas no deben saber más; por lo que se demuestra la importancia que tiene, para ella más aún que para los muchachos, la elección de personas que deben rodearlas y tener alguna autoridad sobre las mismas. Finalmente, llega el momento en que comienzan a juzgar las cosas por sí mismas. y entonces es tiempo de cambiar el plan de su educación.

Acaso haya yo dicho demasiado hasta ahora. ¿A qué reduciremos a las mujeres si únicamente les damos como ley los prejuicios públicos? No rebajemos hasta este punto al sexo que nos gobierna, y que nos honra cuando no le hemos envilecido. Existe para todo el género humano una regla anterior a la opinión. A la inflexible dirección de esta regla es a la que se debe relacionar todas las demás: ella juzga al prejuicio mismo: y sólo es en tanto que la estimación de los hombres se acuerda de ella, cuando esta estimación debe causar autoridad para nosotros.

Esta regla es el sentimiento interior. No repetiré lo que ya he dicho anteriormente; me es suficiente subrayar que si estas dos reglas no concurren a la educación de las mujeres ésta será siempre defectuosa. El sentimiento sin la opinión no les concederá esa delicadeza de alma que hermosea las buenas costumbres del honor del mundo; y la opinión sin el sentimiento jamás hará sino mujeres falsas y deshonestas que sitúan la apariencia en el lugar de la virtud.

Por tanto, les importa cultivar una facultad que sirve de árbitro entre los dos guías, que no deja perderse a la conciencia que corrige los errores del prejuicio. Esta facultad es la razón. ¡Pero ante esta palabra cuántas cuestiones se levantan! ¿Son capaces las mujeres de un sólido razonamiento? ¿Importa que ellas lo cultiven? ¿Lo cultivarán con éxito? Esta cultura ¿es útil para las funciones que le son impuestas? ¿es compatible con la sencillez que les conviene?

Las diversas maneras de enfocar y de resolver estas cuestiones hacen que, dando en los excesos opuestos, los unos limiten a la mujer a coser e hilar en su hogar, con sus sirvientes, no haciendo de ella otra cosa que la primera sirvienta del señor; los otros, no contentos con asegurar sus derechos, les hacen aún usurpar los nuestros; pues dejarlas sobre nosotros en las cualidades propias de su sexo, y hacerla nuestra

igual en todo lo demás, ¿qué otra cosa es transportar a la mujer a la primacía que la naturaleza ha dado al marido?

La razón que conduce al hombre al conocimiento de sus deberes no se halla muy compuesta; la razón que conduce a la mujer al conocimiento de los suyos es más sencilla todavía. La obediencia y la fidelidad que ella debe a su marido, la ternura y los cuidados que ella debe a sus hijos, son consecuencias tan naturales y tan sensibles de su condición, que ella no puede, sin mala fe, negar su consentimiento al sentimiento interior que la guía, ni desconocer el deber en la inclinación no alterada aún.

Yo no condenaré sin distinción el que una mujer quedase limitada a los meros trabajos de su sexo y el que se la dejase en supina ignorancia respecto a todo lo demás; pero para esto precisaría costumbres públicas muy sencillas, muy sanas, o un modo de vivir muy apartado. En las grandes ciudades y entre hombres corrompidos, esta mujer sería demasiado fácil de seducir; con frecuencia su virtud sólo se atendería a las ocasiones. En este siglo filósofo, le es necesaria una prueba; es necesario que sepa previamente lo que se le puede decir y lo que ella debe opinar de ello.

Además, sometida al juicio de los hombres, debe merecer su estimación; sobre todo debe obtener la de su esposo, del que no debe sólo hacer que ame su persona, sino que apruebe su conducta; debe justificar ante el público la elección que ha hecho, y honrar al marido con el honor que se otorga a la mujer. Ahora bien, ¿cómo se interesará ella por todo esto, si ignora nuestras instituciones, si no sabe nada de nuestros usos, de nuestras conveniencias, si no conoce ni el origen de los juicios humanos, ni las pasiones que los determinan? Desde que ella depende a la vez de su propia conciencia y de las opiniones de los demás, se impone el que aprenda a comparar estas dos reglas, a conciliarlas, y a no preferir la primera sino cuando se hallan en oposición. Se convierte en juez de sus jueces, decide cuándo debe someterse a ellos y cuándo debe recusarlos. Antes de rechazar o admitir sus prejuicios los pesa; aprende a remontarse a su fuente, a prevenirlos y a hacérselos favorables; cuida de no atraerse jamás la condenación cuando su deber le permite evitarla. Nada de esto puede hacerse bien sin cultivar su espíritu y su razón.

Yo vuelvo siempre al principio, y me facilita la solución de todas mis dificultades. Yo estudio en qué consiste, investigo la causa, y compruebo al fin su bondad. Penetro en todas las moradas abiertas cuyo dueño y dueña hacen conjuntamente los honores. Ambos poseen la misma educación, ambos son de idéntica cortesía, ambos están dotados igualmente de gusto y de espíritu, ambos están animados del mismo deseo de recibir bien a su mundo, de que cada uno regrese satisfecho de ellos. El marido no omite preocupación alguna para estar atento a todo: va, viene, da la vuelta y se toma mil trabajos; quisiera ser todo atención. La mujer permanece en su puesto; un reducido círculo se reúne en torno de ella, y parece ocultarle el resto de la reunión; sin embargo, no pasa nada en ella de la que no se perciba, y no sale nadie a quien ella no le haya hablado; no ha omitido nada de cuanto pudiera interesar a todo el mundo, y a nadie le ha dicho nada que no fuese agradable; y sin alterar el orden, el más modesto de la reunión ha sido tan tenido en cuenta como el primero. Todos han sido servidos, todos han tenido un puesto en la mesa: el hombre, informado de personas que se convienen, los colocará según lo que él sabe; la mujer, sin saber nada, no se equivocará al hacerlo; habrá leído ya en los ojos, en la postura, todas las conveniencias, y cada uno se encontrará colocado como él quiere estarlo. Yo no afirmo que en cuanto al servicio nadie haya sido olvidado. El señor de la casa, al dar la vuelta habrá podido no olvidar a nadie; pero la mujer adivina lo que se mira con gusto y os lo ofrece. Hablando con su vecino pone el ojo en el extremo de la mesa y disimula aquel que no come porque no tiene hambre y descubre aquel que no se atreve a servirse o a solicitar porque es torpe o tímido. Al abandonar la mesa, cada uno cree que ella sólo ha pensado en él; todos piensan que no ha tenido tiempo de ingerir un solo bocado, pero la verdad es que ha comido más que ninguno de ellos.

Cuando todo el mundo se ha marchado, se habla de lo que ha sucedido. El hombre informa de cuanto se le ha dicho, de lo que han dicho y hecho aquellos con los cuales ha mantenido conversación. Si no sucede siempre que la mujer sea más exacta, en compensación ella ha visto todo cuanto se ha dicho en tono bajo al otro extremo de la sala; sabe lo que una persona determinada ha pensado y cual tenía tal propósito o puso tal gesto; apenas ha habido un movimiento expresivo del que no haya logrado la interpretación rápida y casi siempre ajustada a la verdad.

El mismo ingenio que hace sobresalir a una mujer de mundo en el arte de mantener su casa, hace sobresalir una coqueta en el arte de entretener a varios amantes. El manejo de la coquetearía exige un discernimiento todavía más fino que el de la cortesía: pues, habida cuenta de que una mujer cortés lo es con todo el mundo, se comporta siempre bastante bien; pero la coqueta perdería en seguida su imperio por esta uniformidad desafortunada, a fuerza de querer obligar a todos sus amantes repelería a todos. En la sociedad, las maneras que se tienen con todos los hombres no dejan complacer a ninguno; puesto que aunque se sea

bien tratado, no se aquilata respecto a las preferencias; pero en amor, un favor que no es exclusivo es una injuria.

Un hombre sensible estimará cien veces más ser maltratado sólo que acariciado con todos los demás, y lo que peor le puede suceder es no ser distinguido. Se impone pues, que una mujer que quiera conservar a varios persuada a cada uno de ellos de que es el preferido, que le persuada ante todos los demás y que le persuada en su presencia.

Si queréis ver un personaje embarazado, colocad a un hombre entre dos mujeres, con cada una de las cuales tenga relaciones secretas y luego observad el estúpido rostro que pone. Colocad en el mismo caso a una mujer entre dos hombres, y seguramente el ejemplo no será más raro, os maravillará la destreza con que dará el cambio a los dos, y hará que cada uno de ellos se ría del otro. Ahora bien, si esta mujer les testimoniase la misma confianza y tomase con ellos idéntica familiaridad, ¿cómo podrían ser engañados un solo instante? Al tratarlos igualmente, ¿no demostraría que ambos tenían los mismos derechos sobre ella? Éste es el mejor modo de salir del paso.

Lejos de tratarlos de idéntica manera, finge situar entre ellos la desigualdad; lo hace tan bien que aquel a quien halaga cree que es por ternura, y aquel a quien maltrata cree que es por despecho. De este modo cada uno de ellos, contento con su parte, la ve siempre ocuparse de él, en tanto que ella no se ocupa en efecto, sino de ella sola.

En el deseo general de complacer, la coquetería sugiere medios semejantes: los caprichos no harían sino desagradar, si no estuvieran inteligentemente manejados y dispensándolos con arte es como ella hace más fuertes las cadenas de sus esclavos:

*Usa ogn'arte la donna, onde sia colte
Nella sua rete alcun novello amante;
Ne con tutti, ne sempre un stesso volto
Serba; ma cangia a tempo atto e sembante¹⁰.*

¿A qué tiende todo este arte, si no es a observaciones agudas y continuas que le hacen ver en cada instante cuanto sucede en los corazones de los hombres, y que la disponen a llevar a cada momento secreto que ella percibe, la fuerza que precisaba para suspenderlo o acelerarlo? Ahora bien, ¿se aprende este arte? No; nace con las mujeres; lo poseen todas ellas y jamás lo han tenido los hombres en el mismo grado. Tal es una de los caracteres distintivos del sexo. La presencia del espíritu, la penetración, las observaciones agudas, constituyen la ciencia de las mujeres; la habilidad para prevalerse de ella es su talento.

He aquí la realidad, después de ver por qué es así. Se nos afirma que las mujeres son falsas. Llegan a serlo. El don que les es propio es la destreza y no la falsedad: en las auténticas inclinaciones de su sexo, incluso cuando mienten, no son falsas. ¿Por qué consultáis su boca, cuando no es ella la que debe hablar? Consultad sus miradas, su tez, su respiración, su aire temeroso, su débil resistencia: he aquí el lenguaje que la naturaleza les ha dado para contestaros. La boca dice siempre no y debe decirlo; pero el acento que ella le agrega, no es siempre el mismo y este acento no sabe mentir. La mujer ¿no siente las mismas necesidades que el hombre, sin tener el mismo derecho para testimoniarlas? Su suerte sería demasiado cruel si, incluso en los deseos legítimos, no poseyese un lenguaje equivalente al que no se atreve a tener. ¿Se impone el que su pudor la haga desgraciada? ¿No le es necesario el arte de comunicar sus inclinaciones sin descubrirlas? ¿De cuánta destreza no tiene necesidad para hacer que se le rechace lo que ella arde por conceder! ¿Cómo no le importa aprender a conmover el corazón del hombre, sin que parezca que piensa en él! ¿Qué discurso encantador no es el de la manzana de Galatea y su huida atolondrada! ¿Qué será necesario que ella agregue a esto? ¿Irá a decir al pastor que la persigue entre los sauces, que huye de él únicamente por el deseo de traerlo? Mentiría por decirlo así, pues entonces no lo atraería ya; cuanto más reserva tiene una mujer, más arte debe tener, incluso con su marido. Sí, yo sostengo que manteniendo la coquetería en sus límites, se la hace modesta y veraz, se hace de ella una ley de honestidad.

La virtud es una, decía muy bien uno de mis adversarios; no se la descompone por admitir una parte y rechazar otra. Cuando se la ama, se la ama en toda su integridad; y se rechaza su corazón cuando se puede, y siempre su boca por los sentimientos que no debe tener. La verdad moral no es lo que es sino lo que está bien; lo que está mal, no debería ser y no debe ser confesado, sobre todo cuando esta confesión le concede

¹⁰ La mujer emplea todos los artificios a fin de coger en sus redes algún nuevo amante. No conserva el mismo aspecto para todos ni siempre; pero cambia, según los momentos, de actitud y de aspecto. (TASSO, *Jerusalén liberada*, IV, 87).

un efecto que no hubiera tenido sin ella. Si yo fuese tentado para robar y al comunicarlo tentase yo a otro para ser mi cómplice, el declararle mi tentación ¿no sería sucumbir? ¿Por qué afirmáis que el pudor hace falsas a las mujeres? Las que lo pierden más, ¿resultan más veraces que las otras? Por el contrario, son más falsas mil veces. Sólo se llega a este punto de depravación a fuerza de vicio, que ponen en guardia a todos y que, no reinan nada más que a favor de la intriga y de la mentira¹¹. Por el contrario, aquellas que conservan aún la vergüenza, que no se enorgullecen de sus culpas, que saben conservar sus deseos a aquellos mismos que los inspiran, aquellas a quienes se arrancan las confesiones con el mayor trabajo son las más veraces, las más sinceras, las más constantes en todos sus compromisos y las que por se fe hacen que se pueda contar más generalmente.

Yo únicamente conozco a la señorita de l'Enclos, que haya podido ser citada como excepción conocida a estas observaciones. también la señorita de l'Enclos ha pasado por un prodigio. A despecho de las virtudes de su sexo, se nos dice que ella conservó las del nuestro; se ensalza su franqueza, su rectitud, la seguridad de su trato, su fidelidad en la amistad; finalmente, para terminar el cuadro de su gloria, se afirma que ella se había masculinizado. ¡Sea enhorabuena! Pero, con toda su elevada reputación, yo no hubiera querido este hombre ni por amigo ni por amante.

Todo esto no es tan disparatado como parece. Veo a dónde tienden las máximas de la filosofía moderna trocando en revisión el pudor del sexo y su supuesta falsedad; y veo que el efecto más asegurado de esta filosofía será el de arrebatar a las mujeres de nuestro siglo el poco honor que les queda.

Sobre estas consideraciones, creo que podemos determinar en general, qué clase de cultura conviene al espíritu de las mujeres, y sobre cuáles objetos se deben derivar sus reflexiones desde su juventud.

Ya lo he dicho: los deberes de su sexo son más fáciles de ver que de cumplir. La primera cosa que ellas deben aprender es a amarlos por la consideración de sus ventajas, éste es el único medio de hacérselos fáciles. Cada estado y cada edad tienen sus deberes. Conocemos muy pronto los nuestros porque los amamos. Honrad vuestra condición de mujer y en cualquier clase que el cielo os coloque, seréis siempre una mujer de bien. Lo esencial es estar como nos hizo la naturaleza; con demasía se está a lo que los hombres quieren que se sea.

La investigación de las verdades abstractas y especulativas, de los principios, de los axiomas en las ciencias, todo cuanto tiende a generalizar las ideas no es de la pertenencia de las mujeres, cuyos estudios deben todos relacionarse con la práctica; a ellas corresponde realizar la aplicación de los principios hallados por el hombre, y también hacer las observaciones que conducen al hombre al establecimiento de los principios. Todas las reflexiones de las mujeres, en cuanto inciden inmediatamente en sus deberes, deben tender al estudio de los hombres o a los conocimientos agradables que sólo tienen el gusto por objeto; pues en cuanto a las obras de la inteligencia, éstas las exceden; ellas no poseen la suficiente justeza y atención para lograr éxito en las ciencias exactas, y, en cuanto a los conocimientos físicos, éste es aquel de los dos que es más activo, el más dinámico, el que ve más objetos; éste es el que tiene mayor fuerza y el que más la ejercita, a juzgar las relaciones de los seres sensibles y las leyes de la naturaleza. La mujer, que es débil y que no ve nada del exterior, aprecia y considera los móviles que puede poner en obra para suplir su debilidad, y estos móviles son las pasiones del hombre. Su mecánica es más fuerte que la nuestra, todas sus palancas van a quebrantar el corazón humano. Todo aquello que su sexo no puede hacer por sí mismo, y que le es necesario o agradable, es necesario que ella tenga el arte de hacérselo querer; por tanto, es preciso que estudie a fondo el alma del hombre, no por abstracción el espíritu del hombre en general, sino el espíritu de los hombres que la rodean, el espíritu de los hombres a los que está sometida, sea por la ley, sea por la opinión. Se impone que ella aprenda a penetrar sus sentimientos por las palabras, por sus acciones, por sus miradas, por sus gestos. Se impone que por sus palabras, por sus acciones, por sus miradas, por sus gestos, ella sepa darles los sentimientos que a él le placen, sin siquiera parecer que piensa en ellos. Filosofarán mejor que ella respecto al corazón humano; pero ella leerá mejor que ellos en el corazón de los hombres. Corresponde a las mujeres hallar, por decirlo así, la moral experimental; a nosotros el reducirla a sistema. La

¹¹ Yo se que las mujeres que abiertamente han tomado su partido por un punto determinado, pretenden hacerse valer de esta franqueza y juran que, respecto a esto, no existe nada estimable que no se encuentre en ellas: pero sé muy bien que ellas no han convencido jamás de esto sino a los tontos. Quitado el freno más poderoso de su sexo, ¿qué queda de él que las retenga? ¿Y de qué honor harán caso ellas después de haber renunciado a aquel que les es propio? Habiendo puesto una vez sus pasiones según la conveniencia, ellas carecen ya de interés alguno en resistirlas: *Nec femina amissa pudicitia, alia abnueri* ("Cuando una mujer ha perdido su pudor, no hará nada por recuperarlo." TÁCITO, *Anales*, IV, 3.) ¿Ha conocido jamás un autor mejor el corazón humano en los dos sexos que quien ha hecho esta afirmación?

mujer tiene más espíritu, y el hombre más inteligencia; la mujer observa y el hombre razona: de este concurso resulta la luz mezclada y la ciencia más completa que puede adquirir por sí mismo el espíritu humano, el más seguro conocimiento, en una palabra, de sí y de los otros que queden al alcance de nuestra especie. Y he aquí cómo el arte puede tender incesantemente a perfeccionar el instrumento dado por la naturaleza.

El mundo es el libro de las mujeres: cuando leen en él mal, es culpa suya o las ciega alguna pasión. No obstante, la verdadera madre de familia, lejos de ser una mujer de mundo, está casi tan recluida en su hogar como la religiosa en su claustro. Por tanto, sería necesario hacer, con las jóvenes que se casan, como se hace o como se debe hacer para las que ingresan en los conventos: presentarles los placeres que abandonan antes de dejarlas renunciar a ellos, por temor a que la falsa imagen de estos placeres que les son desconocidos no llegue un día a alucinar sus corazones y a perturbar la dicha de su retiro. En Francia las jóvenes viven en los conventos, y las mujeres corren el mundo. Entre los antiguos sucedía todo lo contrario, las jóvenes tenían, como ya lo he dicho, muchos juegos y fiestas públicas; las mujeres vivían retiradas. Este uso era más razonable y mantenía mejor las costumbres. Una especie de coquetería está permitida a las jóvenes casaderas; divertirse es su negocio más importante. Las mujeres tienen otros cuidados caseros, y ya no tienen maridos que buscar; pero ellas no hallarán su provecho con esta reforma y desgraciadamente dan el tono. Madres, por lo menos haced de vuestras hijas vuestras compañeras. Dadles un sentido recto y un alma honrada, luego no les ocultéis nada de cuanto un ojo casto puede mirar. El baile, los festines, los juegos, incluso el teatro, todo lo que, visto mal constituye el encanto de una imprudente juventud, puede ser ofrecido sin riesgo a unos ojos sanos. Cuanto más vean ellas estos ruidosos placeres, más pronto quedarán disgustadas de ellos.

Ya oigo el clamor que se levanta contra mí. ¿Qué joven resiste a este peligroso ejemplo? Apenas han visto el mundo, cuando todas pierden la cabeza; ni una de ellas quiere abandonarlo. Esto puede ser: pero, antes de ofrecerles este cuadro alucinador, ¿las habéis preparado bien para contemplarlo sin emoción? ¿Les habéis anunciado los objetos que representa? ¿Se los habéis pintado tales y como son? ¿Las habéis armado bien contra las ilusiones de la vanidad? ¿Habéis puesto en su joven corazón el gusto por los verdaderos placeres que no se hallan en ese tumulto? ¿Qué precauciones, qué medidas, habéis tomado para preservarlas del falso gusto que las extravía? Lejos de oponer algo en su espíritu al imperio de los prejuicios públicos, las habéis nutrido de ellos; de antemano las habéis hecho amar todas las frívolas diversiones que ellas han encontrado. Se las hacéis amar todavía entregándose a ellas. Las jóvenes al entrar en el mundo no tienen otra rectora que su madre, a menudo más loca que ellas y que no puede mostrarles los objetos de otra manera que como ellas los ven. Su ejemplo, más fuerte que la razón misma, los justifica a sus propios ojos, y la autoridad de la madre es para la hija una excusa sin réplica. Cuando yo quiero que una madre introduzca a su hija en el mundo, es suponiendo que ella se lo hará ver tal y como es.

El mal comienza más pronto aún. Los conventos son verdaderas escuelas de coquetería, pero no de esa coquetería honesta a que me he referido, sino de la que produce todas las irregularidades de las mujeres y hace las amantes más singulares. Al salir de allí, para entrar de golpe en sociedades ruidosas, las jóvenes se encuentran en seguida en su lugar. Han sido educadas para vivir allí, ¿hemos de extrañarnos de que se encuentran bien allí? No anticiparé lo que tengo que decir sin temor de tomar un prejuicio por una observación; pero me parece que, en general, existe mayor apego a la familia en los países protestantes, más esposas dignas y más madres tiernas, que en los países católicos; y si esto es así, no puede negarse que esta diferencia no sea debida en parte a la educación de los conventos.

Para amar la vida pacífica y hogareña es necesario conocerla, haber sentido sus dulzuras desde la infancia. Sólo en la casa paternal es donde se adquiere el gusto por su propio hogar, y toda mujer a la que su madre no ha criado no sentirá amor por criar a sus hijos. Desgraciadamente ya no existe educación privada en las grandes ciudades. En ellas la sociedad está tan generalizada y tan mezclada, que no queda refugio para la retirada, y se está en público incluso en la casa propia. A fuerza de vivir con todo el mundo, ya no existe la familia; apenas se conoce a los padres, a los que se ve como extraños, y la sencillez de las costumbres domésticas se extingue con la dulce familiaridad que constituía su encanto. De este modo es como se succiona con la leche el gusto por los placeres del siglo y las máximas que se consideran imperantes.

Se pone a las jóvenes una sujeción aparente para hallar los engañados que las desposen bajo su aspecto. Pero estudiad un momento a estas jóvenes; bajo un aspecto constreñido, disfrazan mal la codicia que las devora, y se lee ya en sus ojos el ardiente deseo de imitar a sus madres. Lo que ellas codician no es un marido, sino la licencia del matrimonio. ¿Quién tiene necesidad de un marido con tantos recursos para

prescindir de él? Pero se tiene necesidad de un marido para encubrir estos recursos¹². La modestia está sobre su rostro, y el libertinaje está en el fondo de su corazón: esta modestia fingida es un detalle; sólo le afectan para poder desembarazarse de ella lo más pronto. Mujeres de París y de Londres, os suplico que me perdonéis. Ninguna estancia en ellas excluye los milagros; pero por lo que a mí se refiere, no conozco ninguno; y si una sola de entre vosotras ama verdaderamente la honestidad, no comprendo nada de vuestras instituciones.

Todas esas educaciones diferenciadas entregan igualmente a las jóvenes al gusto por los placeres del mundo, y a las pasiones que nacen en seguida de este gusto. En las grandes ciudades, la depravación comienza con la vida, y en las pequeñas comienza con la razón. Jóvenes provincianas, enseñadas a despreciar la gozosa sencillez de sus costumbres, se apresuran a venir a París a compartir la corrupción con las nuestras; los vicios, adornados con el bello nombre de talentos, son el único objeto de su viaje; y, aunque son vergonzosas al llegar por encontrarse muy lejos de la noble licencia de las mujeres del país, no tardan en alcanzar ciertos derechos para ser de la capital. Según vuestra opinión, ¿en dónde comienza el mal?; ¿en los lugares en donde se le proyecta, o en aquellos donde se consuma?

Yo no quiero que una madre sensata conduzca desde la provincia a París a su hija, para enseñarle estos cuadros tan perniciosos para los demás, pero digo que cuando esto ocurra, o esta hija está mal educada, o estos cuadros resultan poco peligrosos para ella. Con gusto de los sentidos y el amor a las cosas honestas, no se les encuentra tan atractivos como lo parecen aquellos que se dejan encantar con ellos. Si observan en París jóvenes alocadas que llegan a afanarse por tomar el tono del país, y ponerse a la moda durante seis meses para sentirse justificadas el resto de su vida; pero ¿qué es lo que observan ellas para que repeliendo todo este estruendo regresen a su provincia, contentas con su suerte, luego de haberla comparado con aquella que envidian las demás? Cuántas jóvenes he visto yo, llevadas a la capital por maridos complacientes y deseosos de fijarse en ellas, derivar por sí mismas y regresar más gustosas que lo estaban a su llegada y decir con ternura la víspera de su marcha: ¡Ah! regresamos a nuestra casita, en donde se vive mejor que en los palacios. No pueden ser contadas las buenas personas que aún no han doblado la rodilla ante el ídolo, y que desprecian su culto insensato. Sólo son ruidosas las locas; las mujeres prudentes no causan sensación.

Porque sí, a pesar de la corrupción general, los prejuicios universales, la mala educación de las jóvenes, existe aún cierta resistencia a la prueba, ¿qué sería cuando este juicio hubiera sido fomentado mediante instrucciones convenientes, o, por decirlo mejor, que no se le hubiera alterado con instrucciones viciosas? Pues todo consiste siempre en conservar o restablecer los sentimientos naturales. No se trata con esto de aburrir a las jóvenes con extensos discursos ni de venderles vuestras áridas vulgaridades. Para los dos sexos las moralidades son la muerte de toda buena educación. Las tristes lecciones no son buenas sino para que se odie a aquellos que las dan y a todo lo que ellos dicen. Al hablar a las jóvenes no se trata de meterles miedo respecto a sus deberes, ni de agravar el yugo que las ha sido impuesto por la naturaleza. Exponiéndoles estos deberes, sed preciso y fácil; no les hagáis creer que es un pesar su cumplimiento; nada de aire enfadoso, nada de altivez. Todo lo que debe pasar al corazón, debe salir de él; su catecismo de moral debe ser tan breve y tan claro como su catecismo de religión, pero no debe ser tan grave. En los mismos deberes mostradles las fuentes de sus placeres y el fundamento de sus derechos. ¿Es tan penoso amar para ser amada, hacerse amable para ser dichosa, estimable para ser merecida, honrarse para hacerse honrar? ¡Cuán bellos son estos derechos, cuán respetables, cuán queridos al corazón del hombre, cuando la mujer sabe hacérselos valer! No es necesario esperar a los niños ni a la vejez, para gozarlos. Su imperio comienza con sus virtudes; apenas se desenvuelven sus atractivos, cuando ya reina ella por la dulzura de su carácter y hace imponente su modestia. ¿Qué hombre insensible y bárbaro no endurece su orgullo y no adquiere modales más atentos cerca de una joven de dieciséis años, amable y prudente, que habla poco, que escucha, que sitúa la decencia en su postura y la honestidad en sus propósitos, a quien su belleza no hace olvidar ni su sexo ni su juventud, que sabe interesar por su misma timidez, y se atrae el respeto que ella lleva a todo el mundo?

Estos testimonios, aunque externos, no son frívolos, no están fundamentados solamente sobre el atractivo de los sentidos parten de ese sentimiento íntimo que sentimos todos de que las mujeres son los jueces naturales del mérito de los hombres. ¿Quién es el que quiere ser despreciado de las mujeres? Nadie

¹² La ruta del hombre en su juventud era una de las cuatro cosas que el sabio no podía comprender; la quinta era la impudicia de la mujer adúltera. "Quae comédit, et tergens os suum dicit: Non sum operata malum" *Proverbios*, XXX, 20. ("Ella come, se limpia la boca y dice: Yo no he hecho ningún daño.")

en el mundo, ni siquiera aquel que no quiere amarlas. En cuanto a mí, que les digo tan duras verdades, ¿creéis que sus juicios me son indiferentes? No; sus sufragios me son más queridos que los vuestros, lectores, con frecuencia más mujeres que ellas. Menospreciando sus costumbres, quiero seguir honrando su justicia: poco me importa que ellas me odien si yo las obligo a estimarme.

¿Cuántas cosas elevadas se harían con este móvil si se supiera ponerlo en práctica? ¡Desdichado el siglo en que las mujeres pierden su ascendiente y en donde sus juicios no significan nada para los hombres! Éste es el último grado de la depravación. Todos los pueblos que han poseído costumbres han respetado a las mujeres. Contemplad, Esparta, contemplad a los germanos, contemplad a Roma; Roma, la sede de la gloria y de la virtud, si ellas no hubieran existido. Es allí en donde las mujeres honraban las hazañas de los grandes generales, en donde lloraban públicamente a los padres de la patria, en donde sus deseos y sus duelos eran consagrados como el más solemne juicio de la república. Todas las grandes revoluciones procedieron de las mujeres: por una mujer adquirió la libertad Roma, por una mujer obtuvieron los plebeyos el consulado, por una mujer acabó la tiranía de los decenviros, por las mujeres, Roma, sitiada, fue salvada de las manos de un proscrito. Galantes franceses, ¿qué hubieseis dicho viendo pasar esta procesión tan ridícula ante vuestros ojos burlones? La hubieseis acompañado con vuestros gritos. ¡Cómo vemos con mirada diferente los mismos objetos! Y puede ser que todos llevemos razón. Formad este cortejo con bellas damas francesas y yo no conozco nada más indecente; pero formadle de romanas, y todos tendréis los ojos de los volscos y el corazón de Coriolano.

Digo y sostengo que la virtud no es menos favorable al amor que a los otros derechos de la naturaleza, y que la autoridad de las amantes no gana menos con ella que la de las mujeres y de las madres. No existe verdadero amor sin entusiasmo, y entusiasmo sin un objeto de perfección real y quimérica, pero existente siempre en la imaginación. ¿De qué se inflamarán los amantes para quienes esta perfección no existe, y que si lo ven en aquello que aman el objeto del placer de los sentidos? No, no es de este modo como el alma se enciende a esos transportes sublimes que causan el delirio de los amantes y el encanto de su pasión. Todo no es sino ilusión en el amor, lo confieso; pero lo que es real, son los sentimientos con los cuales nos anima para el verdadero bien que nos hace amar. Este bien no está en el objeto que se ama, es la obra de nuestros errores. Y además, ¿qué importa?; ¿sacrificamos menos todos estos sentimientos íntimos a ese modelo imaginario?; ¿se nos penetra menos el corazón a las virtudes que se prestan a lo que él desea? ¿Nos apartamos menos con ello de la bajeza del yo humano? ¿Dónde está el verdadero amante que no esté dispuesto a inmolar su vida por su amada? Y ¿en dónde está la pasión sensual y grosera en un hombre que desea morir? ¿Nos mofamos de los paladines? Esto es porque ellos conocían el amor y nosotros no conocemos más que el pillaje. Cuando estos preceptos romancescos comenzaron a convertirse en ridículos, este cambio fue menos la obra de la razón que la de las malas costumbres.

En cualquier siglo que consideremos, las relaciones naturales no cambian, la conveniencia o inconveniencia que de ellas resulta, permanece idéntica; los prejuicios bajo el vano nombre de la razón sólo cambian la apariencia. Siempre será grande y hermoso reinar sobre sí, aunque sea para obedecer raras opiniones; y los verdaderos motivos del honor hablarán siempre al corazón de toda mujer de juicio que sepa buscar en su condición la felicidad de la vida. La castidad debe ser sobre todo una virtud deliciosa para una bella mujer que posee alguna elevación de alma. En tanto que ella contempla toda la tierra a sus pies, triunfa de todo y de sí misma: se eleva en su propio corazón al que llegan todos a rendir homenaje; los sentimientos tiernos o envidiosos, pero siempre respetuosos de los dos sexos, la estimación universal y la suya propia, le pagan sin cesar en tributo de gloria las luchas de algunos instantes. Las privaciones son pasajeras, pero el premio es permanente. ¡Qué gozo para un alma noble en la que el orgullo de la virtud se une a la belleza! Formad una heroína de novela, y ella gozará de deleites más exquisitos que las Lais y las Cleopatras; y aun cuando su belleza no subsista, su gloria y sus placeres permanecerán aún; ella sabrá gozar del pasado.

Cuanto más pesados y penosos son los deberes, más sensibles y fuertes deben ser las razones sobre las cuales los hemos fundado. Existe un determinado lenguaje devoto sobre las cuestiones más graves, con el que se machaca los oídos de los jóvenes sin lograr la persuasión. De este lenguaje desproporcionado en demasía para sus ideas, y de los pocos casos que ellas obran en secreto, nace la facilidad para ceder a sus inclinaciones, carentes de razones para resistirles sacados de las mismas cosas. Una joven educada prudente y piadosamente posee sin duda armas resistentes contra las tentaciones; pero aquella que se nutre únicamente el corazón, o mejor dicho los oídos, con la jerga de la devoción, llega a ser infaliblemente la presa del primer seductor hábil que lo pretenda. Jamás una joven bella despreciará su cuerpo, jamás se afligirá de buena fe de los grandes pecados que hace cometer su belleza, jamás llorará sinceramente y ante Dios el ser un objeto de codicia, jamás podrá creer por sí misma que el más dulce sentimiento del corazón sea una invención de Satanás. Dadle otras razones internas y para ella misma, pues aquéllas no penetrarán en

ella. Será peor todavía si se le lleva, como si eso fuese necesario, la contradicción a sus ideas, y después de haberla humillado envileciendo su cuerpo y sus encantos como la mancha del pecado, se hiciese en seguida respetar como el templo de Jesucristo, este mismo cuerpo que se le ha hecho tan despreciable. Las ideas demasiado sublimes y demasiado bajas son igualmente insuficientes y no pueden asociarse: es necesaria una razón al alcance del sexo y de la edad. La consideración del deber sólo posee fuerza en tanto que a ella se agregan motivos que nos lleven a cumplirlo.

*Quae quia non liceat non facit, illa facit*¹³.

No se dudará de que es Ovidio quien hace un juicio tan severo.

Si queréis inspirar pues el amor a las buenas costumbres a las jóvenes, sin decirles incesantemente "sed prudentes", concededles un gran interés por serlo; hacedles percibir todo el valor de la prudencia y conseguiréis que la amen. No basta con interesarlas a distancia, hacia el futuro; mostrárselo en el mismo momento, en las relaciones de su edad, en el carácter de sus amantes. Pintadles al hombre de bien, al hombre de mérito; enseñadles a reconocerlo, a amarlo, y a amarlo por ellas; demostradles que amigas, esposas, o amantes, sólo este hombre puede hacerlas dichosas. Llevadlas a la virtud mediante la razón, hacedles comprender que el imperio de su sexo y todas sus ventajas no inciden solamente en su buena conducta, en sus costumbres, sino también en las de los hombres, ellas tienen poco dominio sobre las almas viles y bajas, y que no se acierta a servir a su amante sino del mismo modo en que se sabe servir a la virtud. Estad seguros de que entonces, al pintarles las costumbres de nuestros días, les inspiraréis un disgusto sincero; mostrándoles las gentes a la moda, les haréis despreciarlas; no les inspiraréis sino alejamiento por sus preceptos, aversión por sus sentimientos, desdén por sus vanas galanterías; les haréis nacer una ambición más noble, la de reinar sobre las almas grandes y fuertes, la de las mujeres de Esparta que mandaban en los hombres. Una mujer atrevida, desvergonzada, intrigante, que sólo sabe atraer a sus amantes por la coquetería, y sólo los conserva mediante los favores, les hace obedecer como criados en las cosas serviles y comunes, pero en las cosas importantes y graves carece de autoridad sobre ellos. Pero la mujer a la vez honesta, amable y prudente, aquella que fuerza a los suyos a respetarla, la que posee reserva y modestia, la que en una palabra mantiene el amor por la estimación, los envía con un gesto al fin del mundo, al combate, a la gloria, a la muerte, a donde le place¹⁴. Este dominio es hermoso, según yo creo, y vale la pena de adquirirlo.

En este espíritu se ha educado Sofía, con más cuidado que preocupación, y mucho más siguiendo su gusto que constriñéndolo. Digamos ahora algo de su persona según el retrato que yo he hecho de ella a Emilio, y con arreglo a lo que él imagina, la esposa que puede hacerle dichoso.

No repetiré lo suficiente que dejo aparte los prodigios. Emilio no es uno de ellos; Sofía tampoco lo es. Emilio es hombre y Sofía es mujer; aquí tenemos toda su gloria. En la confusión de los sexos que reina entre nosotros, es casi un prodigio pertenecer a uno concreto.

Sofía es bien nacida, es de buena condición, tiene el corazón muy sensible y esta extrema sensibilidad le da a veces una actividad de imaginación difícil de moderar. Tiene el espíritu menos justo que penetrante, el humor fácil y, por consiguiente, desigual; la figura común pero agradable, una fisonomía que promete un alma y que no miente, se la puede abordar con indiferencia, pero no abandonarla sin emoción. Otras poseen buenas cualidades que le faltan; otras tienen mayor mesura que la que ella posee, pero ninguna tiene cualidades más adecuadas para formar un carácter agradable. Sabe sacar partido de sus mismos defectos; y si fuese más perfecta, complacería mucho menos.

¹³ Ella hace aquellas cosas que le son permitidas.

¹⁴ Brantôme dice que, en tiempos de Francisco I, una joven que tenía un amante charlatán, le impuso un silencio absoluto e ilimitado, que él guardó tan fielmente durante dos años enteros, que se creyó que se había quedado mudo por enfermedad. Un día, en plena reunión, su amante, que en este tiempo en que el amor se consumaba con misterio no era conocida como tal, se ufano de curarle allí mismo, y lo hizo con esta sola palabra: "Hablad". ¿No existe en este amor alguna cosa grande y heroica? ¿Hubiese conseguido más la filosofía de Pitágoras, con toda su ostentación? ¿No nos imaginaríamos una divinidad concediendo a un mortal el órgano de la voz con una sola palabra? ¿Qué mujer de la actualidad podría contar con un silencio semejante un solo día, debiendo pagarlo con todo el precio que ella pudiera estipular?

Sofía no es bella; pero a su lado los hombres olvidan a las mujeres hermosas, y las mujeres bellas quedan descontentas de sí mismas. A primera vista, apenas parece bonita, pero cuanto más se le ve más se embellece; gana donde tanto pierden otras, y lo que gana ya no lo pierde más. Se pueden poseer ojos más bellos, una boca más hermosa, una figura más imponente; pero no se podrían tener una estatura más adecuada, una tez más bella, una mano más blanca, un pie más pequeño, una mirada más dulce, una fisonomía más subyugadora. Sin deslumbrar, interesa; ella encanta y no se acertaría a decir el porqué.

A Sofía le gusta el adorno y lo sabe; su madre no tiene otra camarera que ella; la joven posee gran gusto para situarse con ventaja, pero odia los ricos atavíos, se ve siempre en el suyo la sencillez unida a la elegancia; no ama lo que brilla sino lo que le sienta bien. Ignora cuáles son los colores de moda pero sabe a maravilla cuáles son los que le son favorables. No existe una joven que parezca presentada con menos cuidado, y cuyo arreglo sea más rebuscado; ni una pieza del suyo está elegida al azar, y el arte no aparece en ninguna. Su compostura es muy modesta en apariencia, muy coqueta en efecto; no ostenta sus encantos, los cubre, pero al cubrirlos sabe hacerlos imaginar. Al verla se dice: He aquí una joven modesta y prudente; pero en tanto que se permanece a su lado, los ojos y el corazón vagan por toda su persona sin que puedan ser quitados de ella, y se diría que todo este arreglo tan sencillo sólo está puesto en su lugar nada más que para ser quitado pieza a pieza por la imaginación.

Sofía posee talentos naturales, los percibe y no los ha abandonado: pero no habiendo sido colocada en condición de poner mucho arte en su cultura, se ha contentado con ejercitar su alegre voz en cantar precisa y con gusto, a sus pies a andar ligeramente y fácilmente con gracia, a hacer la reverencia en toda clase de situaciones sin inquietud y sin torpeza. Además, ella no ha tenido otro maestro de canto que su padre, otra maestra de baile que su madre; y un organista de la vecindad le ha dado en su clavecín algunas lecciones de acompañamiento que ella ha cultivado sola después. En un principio, sólo pensaba en hacer aparecer su mano con ventaja sobre las teclas negras, en seguida comprobó que el sonido agudo y seco del clavecín hacía más dulce el tono de la voz; poco a poco se fue haciendo sensible a la armonía y al fin, creciendo comenzó a sentir los encantos de la expresión y a amar la música por sí misma. Pero esto es un gusto más que un talento; ella no sabe ejecutar un canto por medio de las notas.

Lo que mejor sabe hacer Sofía, y lo que se le ha hecho aprender con mayor cuidado, son las labores de su sexo, incluso aquellas que no son corrientes, como cortar y coser sus vestidos. No existe una labor de aguja que ella no sepa hacer y que no la realice con gusto; pero el trabajo que prefiere a todos los demás es el encaje, porque no existe uno que dé una actitud más agradable, y en donde los dedos se ejerciten con más gracia y ligereza. Se aplica también a todos los detalles de la casa. Sabe de cocina, y del servicio de mesa, conoce el precio de los artículos y las cualidades, llevar muy bien las cuentas, y sirve de *maître* de hotel a su madre. Formada para ser un día madre de familia ella también, al dirigir la casa paterna, aprende a gobernar la suya; puede suplir en sus funciones a los criados, y lo hace siempre gustosa. Siempre se sabe mandar bien aquello que se sabe ejecutar por sí mismo: ésta es la razón que ha tenido su madre para ocuparla de este modo. En cuanto a Sofía, ella no va tan lejos; su primer deber es el de hija, y éste es ahora el único que piensa cumplir. Su única pretensión es servir a su madre, y aliviarla de una parte de sus preocupaciones. Sin embargo, es cierto que no los cumple todos con idéntico placer. Por ejemplo, aunque ella sea golosa, no le gusta la cocina; ella ve alguna cosa que no la complace, y no encuentra siempre allí la suficiente limpieza. Ella posee sobre todo una delicadeza extraordinaria, y esta delicadeza llevada al exceso ha llegado a ser uno de sus defectos: dejaría mejor que toda la comida fuese consumida por el fuego, que mancharse sus puños. Por la misma razón no ha querido el cuidado del jardín. La tierra le parece sucia; y tan pronto coma ve el estiércol, cree sentir el olor.

Debe este defecto a las lecciones de su madre. Según ella, entre los deberes de la mujer, uno de los primeros es la limpieza; deber especial indispensable impuesto por la naturaleza. No existe en el mundo un objeto más desagradable que una mujer sucia, y el marido al que esto no le agrada, tiene razón. Ella ha predicado tanto desde su infancia este deber a su hija, ha exigido tanta limpieza en su persona, para sus vestidos, para su apartamento, para su trabajo, para su arreglo personal, que todas estas atenciones, convertidas en hábito, ocupan una gran parte de su tiempo y rigen todavía el restante; de manera que ejecutar bien lo que ella hace es el segundo de sus cuidados; el primero es siempre hacerlo limpiamente.

Sin embargo, todo esto no ha degenerado en vana afectación ni en flojera; los refinamientos del lujo no son para ella nada. Nunca penetra en su apartamento otra cosa que el agua natural, ni conoce otro perfume que el de las flores; jamás respirará su marido en ella otra cosa más dulce que su aliento. Finalmente, la atención que ella concede a lo externo no le hace olvidar que debe su vida y su tiempo a preocupaciones más nobles; ignora o desdeña esta excesiva limpieza del cuerpo que ensucia el alma; Sofía es mucho más que limpia, es pura.

Ya he dicho que Sofía era golosa. Lo era naturalmente; pero llegó a ser sobria por el hábito y ahora lo es por la virtud; no es de esas jóvenes o muchachos a los que se puede gobernar hasta cierto punto por la gula. Esta inclinación no se exime de consecuencias para el sexo y es demasiado peligroso dejarse llevar por ella. En su infancia, la pequeña Sofía, cuando entraba sola en el gabinete de su madre, no volvía nunca de vacío de él, y no era de una fidelidad a toda prueba en cuanto a las peladillas y a los bombones. Cuando la sorprendía su madre, la reprendía, la castigaba y la hacía ayunar. Al fin logró persuadirla de que los bombones dañaban los dientes, y que el comer con exceso engordaba la figura. De este modo se corrigió Sofía: al crecer adquirió otros gustos que la desviaron de esta sensualidad inferior. En las mujeres como en los hombres, tan pronto como el corazón se anima, cesa de ser un vicio dominante la gula. Sofía ha conservado el gusto propio de su sexo; le gustan los lacticinios y los dulces; la pastelería y los entremeses, pero le gusta muy poco la carne, jamás ha probado el vino y los licores fuertes: además, come de todo moderadamente; su sexo, menos laborioso que el nuestro, precisa menos reparación. En toda cosa estima lo que es bueno y sabe gustarlo; también sabe acomodarse a lo que no lo es, sin que esta privación suponga nada para ella.

Sofía tiene el espíritu agradable sin ser brillante, y sólido sin ser profundo; un espíritu del cual no se dice nada, porque jamás se le encuentra fuera de sí. Ella emplea siempre aquel que place a las gentes que le hablan, aunque no sea muy pulido, según la idea que tenemos del cultivo del espíritu de las mujeres; pues el suyo no se ha formado mediante la lectura, sino solamente por las conversaciones de su padre y de su madre, por su propia reflexión, y por las observaciones que ella ha hecho en el reducido mundo que ha contemplado. Sofía posee naturalmente alegría, e incluso era alocada en su infancia: pero poco a poco su madre ha tenido cuidado de reprimir esos aires aturdidos, por temor a que muy pronto un cambio demasiado súbito no capacitase el momento en que lo hiciera más necesario. Por tanto, ella llegó a ser modesta y reservada incluso antes del tiempo para serlo; y ahora, llegado ese tiempo. Le es más fácil conservar el tono que ha adquirido, que lo sería de haberlo tomado sin indicar la razón de este cambio. Es una cosa placentera entregarse algunas veces a impulsos de un resto del hábito a vivacidades de la infancia, y luego de pronto concentrarse en sí misma, callarse; bajar los ojos, y enrojecer: es muy necesario que el término intermedio entre las dos edades participe un poco de cada una de ellas.

Sofía es de una sensibilidad demasiado intensa para conservar un humor parigual, pero posee demasiada dulzura para que esta sensibilidad sea muy importuna a las demás; es a ella sola a la que causa daño. Aunque se diga una sola palabra que le hiera, ella no se enoja jamás, pero su corazón palpita y se apresura a escapar para irse a llorar. Si en medio de sus lágrimas la llaman su padre o su madre, y dicen una sola palabra acude al instante a jugar y a reír secándose mañosamente los ojos e intentando ahogar sus sollozos.

No está exenta por completo de caprichos: en cuanto se le irrita el humor demasiado, degenera en excitación, y entonces ella está sometida a olvidarse. Pero dejadle el tiempo de volver a ser ella y su modo de remediar su falta se convertirá en un mérito. Si se le reprende, es dócil y sumisa, y se comprueba que su vergüenza no procede tanto del castigo como de la falta. Si no se le dice nada, jamás omite el repararla por sí misma, mas tan francamente y con tanta buena gracia, que no es posible guardarle rencor. Ella besaría la tierra ante el último criado, sin que este rebajamiento le causase el menor dolor; y tan pronto como es perdonada, su alegría y sus caricias demuestran de qué peso ha sido aliviado su buen corazón. En una palabra, ella sufre con paciencia los errores de los demás y repara con placer los suyos. Tal es el amable natural de su sexo antes que nosotros lo hayamos dañado. La mujer está hecha para someterse al hombre y para soportar incluso su injusticia. No reduciréis nunca a los jóvenes al mismo punto; el sentimiento interior se levanta y se revuelve en ellos contra la injusticia; no los ha hecho la naturaleza para tolerarla.

*Gravem
Pelidae stomachum cedere nescii¹⁵.*

Sofía tiene religión, pero una religión razonable y sencilla, pocos dogmas y menos prácticas de devoción; o, más bien, no conociendo más práctica esencial que la moral, ella dedica su vida entera a servir a Dios haciendo el bien. En todas las instrucciones que sus padres le han dado sobre este motivo, la han acostumbrado a una respetuosa sumisión, diciéndole siempre: "Hija mía, estos conocimientos no corresponden a vuestra edad; vuestro esposo os instruirá cuando sea tiempo". Además, en lugar de extensos

¹⁵ La funesta cólera de la severa descendencia de Pelias.

discursos sobre piedad, se contentan con predicarle mediante el ejemplo, y este ejemplo está grabado en su corazón.

Sofía ama la virtud y este amor ha llegado a ser su pasión dominante. La ama porque no existe para ella nada tan bello como la virtud; la ama porque la virtud forma la gloria de la mujer y porque una mujer virtuosa le parece casi igual a los ángeles; la ama como la única ruta de la verdadera felicidad, y porque ella no ve sino miseria, abandono, desgracia, oprobio, ignominia, en la vida de una mujer deshonestas; la ama, en fin, como querida para su respetable padre y su tierna y digna madre: no contentos con ser felices con su propia virtud, quieren serlo también con la suya, y su primera felicidad en ella misma es la esperanza de hacerla suya. Todos estos sentimientos le inspiran un entusiasmo que le eleva el alma y mantienen todas sus leves inclinaciones subyugadas a una pasión tan noble. Sofía será casta y honrada hasta su último suspiro; lo ha jurado en el fondo de su alma, y lo ha jurado en un tiempo en que ella comprendía ya lo que cuesta mantener un juramento de esa clase; lo ha jurado cuando hubiera debido revocar el compromiso, si sus sentidos hubiesen sido formados para reinar sobre ella.

Sofía no tiene la dicha de ser una amable francesa, fría por temperamento y coqueta por vanidad, deseosa más de brillar que de complacer, y buscando la diversión y no la complacencia. La única necesidad de amar la devora, y viene a distraerla y a turbar su corazón en las fiestas, ha perdido su antigua euforia; los alocados juegos ya no están hechos para ella; lejos de temer el tedio de la soledad, la busca; piensa en aquello que debe hacerla dulce: todos los indiferentes le importunan; no precisa un cortejo, sino un amante; prefiere más complacer a un único hombre honrado, y complacerle siempre, que elevar en su favor el grito de la moda, que dura un día, y al día siguiente se torna griterío.

Las mujeres consiguen formar el juicio más pronto que los hombres; estando a la defensiva casi desde su infancia, y cargadas con un depósito difícil de conservar, el bien y el mal les son necesariamente conocidos más pronto. Sofía, precoz en todo porque su temperamento le lleva a serlo, tiene también su juicio formado más pronto que el de otras jóvenes de su edad. No existe en esto nada de excesivamente extraordinario; la madurez no es en todas partes igual en el mismo tiempo.

Sofía está informada de los deberes y de los derechos de su sexo y del nuestro. Conoce los defectos de los hombres y los vicios de las mujeres, conoce también las cualidades, las virtudes contrarias, y las ha impreso todas en el fondo de su corazón. No se puede poseer una idea más elevada de la mujer honrada que la que ella ha concebido, y esta idea no le espanta. Pero piensa con mayor complacencia en el hombre honrado, en el hombre de mérito; percibe que está hecha para este hombre, que es digna de él, que puede darle la dicha que ella recibirá de él; comprende que sabrá reconocerle bien; no se trata sino de encontrarlo.

Las mujeres son los jueces naturales del mérito de los hombres, como ellos lo son del mérito de las mujeres: esto es de su derecho recíproco, y ni los unos ni las otras lo ignoran. Sofía conoce este derecho y lo emplea, pero con la modestia que conviene a su juventud, a su inexperiencia, a su estado; ella no juzga sino de las cosas que están a su alcance y lo hace sólo cuando esto sirve para desarrollar algún precepto útil. Sólo habla de los ausentes con la máxima circunspección, sobre todo si son mujeres. Ella opina que lo que las hace maldicientes y satíricas es el hablar de su sexo: en tanto que se limitan a hablar del nuestro, sólo son equitativas. Sofía se limita a ello por tanto, en cuanto a las mujeres, sólo habla siempre para decir lo bueno que sabe de ellas: éste es un honor que cree deber a su sexo; y cuando de ellas no sabe nada bueno a que referirse, no habla nadan y esto se comprende.

Sofía se vale poco de las cosas del mundo; pero es servicial atenta y pone gracia en todo cuanto hace. Un feliz talante le sirve más que un exceso de arte. Posee una determinada cortesía que no se atiene a las fórmulas, que no se subyuga a las modas que no cambia con ellas, que no actúa en nada por el uso, sino que procede de un verdadero deseo de complacer y que complace. Ignora los cumplimientos triviales, y no inventa nada para rebuscarlos; sólo dice aquello a que está muy obligada, que la honra mucho, que no exige trabajo, etc. Menos se preocupa todavía de desviar las frases. Por una atención, por una cortesía establecida, contesta mediante una reverencia, o con un sencillo: "Os doy las gracias" pero esta frase, salida de la boca, vale más que otra. Para realizar un verdadero servicio, deja hablar a su corazón, y no es un cumplimiento lo que en él encuentra. No ha soportado jamás que el uso francés la sujete al yugo de las monerías, como el de extender su mano, al pasar de un cuarto a otro, a un brazo sexagenario, al que hubiera tenido gran deseo de sostener. Cuando aún un galán perfumado le ofrece este impertinente servicio, ella abandona este oficioso brazo en la escalera, y se lanza de dos saltos a la habitación diciendo que ella no es coja. En efecto, aunque ella no sea alta, no ha querido nunca tacones excesivos; tiene los pies bastante pequeños para prescindir de ellos.

No solamente ella se mantiene en silencio y en respeto con las mujeres, sino incluso con los hombres casados, o mucho mayores que ella; jamás aceptará sino por obediencia el colocarse en lugar

superior a ellos, y ocupará el suyo inferior tan pronto como le sea posible- pues ella sabe que los derechos de la edad preceden a los del sexo, como teniendo por ellos el prejuicio de la sabiduría, que debe ser honrado ante todo. Con los jóvenes de su edad es otra cosa; tiene necesidad de un tono diferente para imponérselos, y sabe tomarlo sin abandonar el aire modesto que le conviene. Si ellos son humildes y reservados por sí mismos, conservará gustosa con ellos la amable familiaridad de la juventud; sus conversaciones, plenas de inocencia, serán alegres, pero decentes; si llegan a ser serias, quiere que sean útiles, si degeneran en sosería, las hará cesar muy pronto, pues ella desprecia sobre todo la liviana jerga de la galantería, como muy ofensiva a su sexo. Sabe bien que el hombre que busca no posee esa jerga, y ella no soporta gustosa de otro lo que no conviene a aquél cuyo carácter tiene impreso ella en el fondo del corazón. La elevada opinión que tiene de los derechos de su sexo, la fortaleza de alma que le da la pureza de sus sentimientos, esa energía de la virtud que percibe en sí misma y que le hace respetable a sus propios ojos, la llevan a escuchar con indignación los almidarados propósitos con que se pretende distraerla. Ella no los recibe con una cólera aparente, sino con un irónico aplauso que desconcierta, o con un tono frío que no se esperaba. Cuando un bello Febo le dedica sus gentilezas, la alaba con ingenio el suyo, su belleza, sus gracias, el premio de la dicha de complacerla, es dueña de decirle interrumpiéndole cortésmente: Señor, sospecho que sé esas cosas mejor que vos; si no tenemos nada más curioso que decirnos, creo que podemos acabar aquí la conversación . Acompañar estas palabras con una gran reverencia, y luego encontrarse a veinte pasos de él, no es para ella sino cuestión de un instante. Preguntad a vuestras agradables si es fácil mantener mucho tiempo su cháchara con un ingenio tan a contrapelo como éste.

Sin embargo, esto no significa que ella estime mucho el ser alabada, aun en el caso de que se la elogie, y que ella pueda hacerse eco de los elogios que se la han hecho. Para estar convencida del mérito propio, es necesario comenzar por mostrarlo. Un homenaje fundamentado en la estimación puede lisonjear su corazón altivo, pero toda rechifla galante es siempre rechazada; Sofía no está formada para ejercitar las mezzquinas aptitudes de un bailarín.

Con una madurez de juicio tan acusada, y formada en todos los aspectos como una joven de veinte años, Sofía, a los quince, no será tratada como niña por sus padres. Apenas perciban en ella la primera inquietud de la juventud, cuando, ante el progreso, se apresurarán a hacerle frente; ambos le dirigirán palabras tiernas y sensatas, pues todos ellos corresponden a su edad y a su carácter. Si este carácter es tal como yo lo imagino, ¿por qué su padre no le hablará poco más o menos así?

«Sofía, sois ya una jovencita, y no es para serlo siempre para lo que se llega a este estado. Queremos que seáis feliz, y por lo que lo queremos es por nosotros, porque nuestra dicha depende de la vuestra. La felicidad de una joven honesta es hacer la de un hombre honrado: por tanto, es necesario pensar en casaros, y pensarlo con anticipación, pues del casamiento pensar en casaros, y pensarlo con anticipación, pues del casamiento depende la suerte de la vida y jamás hay excesivo tiempo para pensar en ello. Nada es más difícil que la elección de un buen marido, si no es acaso la de una buena mujer. Sofía, seréis esa mujer rara, seréis la gloria de nuestra vida y la ventura de nuestros días de ancianidad; pero, aunque estéis provista de cierto mérito, la tierra no carece de hombres que lo poseen en mayor grado todavía. No existe uno que no se honrase con lograros, y existen muchos que os honrarían más. De lo que se trata es de encontrar uno que os convenga, conocerlo, y daros a conocer a él. La mayor dicha del matrimonio depende de tantas conveniencias, que es una locura quererlas reunir todas. Se impone de principio asegurarse de las más importantes: cuando las restantes se encuentran, las utilizamos; cuando faltan, se prescinde de ellas. La felicidad perfecta no existe sobre la tierra, pero la mayor de las desgracias, la que se puede evitar siempre es la de ser desdichado por su culpa. Existen conveniencias naturales, y las hay de institución; las hay que sólo derivan de la opinión. Los padres son jueces de estas dos últimas clases, los hijos sólo lo son de la primera. En los matrimonios que se realizan por la autoridad de los padres, se regulan únicamente sobre las conveniencias de institución y de opinión: en este caso no son las personas las que se casan, son las condiciones y los bienes; pero todo esto puede cambiar; sólo las personas permanecen siempre, ellas van consigo por doquier; a despecho de la fortuna, sólo es por las relaciones personales por las que un matrimonio puede ser dichoso o desventurado. Vuestra madre era una mujer de abolengo, yo era rico; he ahí las únicas consideraciones que llevaron a nuestros padres a unirnos. He perdido mis bienes, ella ha perdido su nombre: olvidada de su familia, ¿de qué le sirve haber nacido noble? En nuestros desastres, la unión de nuestros corazones nos ha consolado en todo; la conformidad de nuestros gustos nos ha hecho escoger este retiro; nosotros vivimos felices en la pobreza, nos ocupamos en todo el uno del otro. Sofía es nuestro tesoro común, nosotros bendecimos al cielo por habérmola concedido y habernos quitado todo lo demás. Ved, hija mía; adónde nos ha conducido la providencia: las conveniencias que nos llevaron al casamiento, quedan desvanecidas, nosotros sólo somos dichosos sino por aquellas que nos parecen carentes de valor. A los

esposos corresponde abastecerse de ellas. La inclinación mutua debe ser su primer lazo; sus ojos, sus corazones, deben ser sus primeros guías; pues como su primer deber estando unidos es el de amarse, y amar o no amar no depende de nosotros mismos, este deber comporta necesariamente otro más, que es el de comenzar por amarse antes de unirse. Éste es el derecho de la naturaleza, que nadie puede ignorar: aquellos que lo han constreñido mediante tantas leyes civiles, han tenido más consideración al orden aparente que a la felicidad del matrimonio y a las costumbres de los ciudadanos. Ved, Sofía mía, que no os predicamos una moral difícil. Ella tiende a haceros una señora, y a ponerlos de acuerdo sobre la elección de vuestro esposo. Después de haberos dado nuestras razones para dejaros en una completa libertad, es justo hablaros también de las vuestras para utilizarlas con prudencia. Hija mía, sois buena y razonable, poseéis la rectitud y la piedad, los talentos que convienen a las mujeres honradas y no estáis desprovista de atractivos; pero sois pobre; poseéis los bienes más estimables y carecéis de aquellos que se estiman más. Por tanto, no aspiréis sino a lo que podéis obtener y acompasar vuestra ambición no a vuestros juicios ni a los nuestros, sino sobre la opinión de los hombres. Si no se tratase sino de una igualdad de mérito, ignoro a qué debería limitar vuestras esperanzas; pero no las elevéis sobre vuestra fortuna, y no olvidéis que ésta está al más bajo nivel. Aun cuando un hombre digno de vos no tenga en cuenta esta desigualdad como un obstáculo, debéis hacer entonces lo que él no haría: Sofía debe imitar a su madre y no entrar sino en una familia que se honre con ella. No habéis visto vuestra opulencia habéis nacido durante nuestra pobreza, la que nos hacéis dulce y compartís sin trabajo. Creedme, Sofía, no busquéis bienes de los que nos ha librado el cielo y por lo cual le bendecimos; no hemos gustado la dicha sino después de haber perdido la riqueza. Sois demasiado amable para no complacer a nadie y vuestra miseria no es tal que un hombre honrado se encuentre molesto con vos. Seréis buscada, y podréis serlo de gente que no nos mereciera. Si se os mostrasen tal y como ellos son, los estimaríais en lo que valen; todo su orgullo no os impondría por mucho tiempo; pero aun cuando tengáis el juicio recto y conozcáis el mundo, carecéis de experiencia e ignoráis hasta dónde pueden los hombres desfigurarse. El diestro trapacero puede estudiar vuestros gustos para seduciros y fingir ante vos virtudes que no poseerá. Os perdería, Sofía, antes que pudierais daros cuenta, y conoceríais vuestro error sólo para llorarlo. La más peligrosa de todas las asechanzas y la única que la razón no puede evitar, es la de los sentidos; si nunca tuvieseis la desgracia de que se apoderara de vos, sólo veríais ilusiones y quimeras; vuestros ojos se fascinarían, se turbaría vuestro juicio, corrompería vuestra voluntad y vuestro mismo error os costaría caro; y cuando estuviereis en estado de conocerla, no querríais volver a ella. Hija mía, es la razón de Sofía la que os entrego; no os entrego a la inclinación de su corazón. En tanto que conservéis la serenidad, mantened vuestro propio juicio, pero en el momento en que améis, entregad a vuestra madre vuestro cuidado. Os propongo un acuerdo que os señale nuestra estimación y restablezca entre nosotros el orden natural. Los padres escogen al esposo de su hija, y sólo la consultan por fórmula: tal es la costumbre. Por lo que se refiere a nosotros, procederemos en sentido contrario: vos escogeréis y nosotros seremos consultados. Utilizad vuestro derecho, Sofía; utilizadlo libre y prudentemente. El esposo que os convenga debe ser de vuestro gusto y no del nuestro. Pero a conveniencias, y si, sin saberlo, no hacéis otra cosa que lo que os parece. El nacimiento, los bienes, el rango, la opinión, para nada entrarán en nuestros razonamientos. Tomad un hombre honrado cuya persona os agrade y cuyo carácter os convenga: cualquiera que él sea lo aceptaremos por nuestro yerno. Su fortuna será siempre bastante elevada, si posee brazos, costumbres, y ama a su familia. Su rango será siempre bastante ilustre, si lo ennoblece por la virtud. Aun cuando toda la tierra nos censurase, ¿qué importa? Nosotros no buscamos la aprobación pública, nos basta con vuestra dicha.»

Lectores, ignoro qué efecto causará un discurso parecido sobre las jóvenes educadas a vuestra manera. En cuanto a Sofía ella no podrá responder a él por medio de palabras; es rubor y la ternura no le dejarían expresarse fácilmente; pero yo estoy muy seguro de que permanecerá grabado en su corazón por el resto de su vida y que si se le puede conceder confianza sobre alguna resolución humana, será sobre ella sobre la que se asentará la estimación de sus padres.

Pongámonos en el peor de los casos, y concedámosle un temperamento ardiente que le haga penosa una larga espera, yo digo que su juicio, sus conocimientos, su gusto, su delicadeza, y, sobre todo, los sentimientos con que su corazón ha sido formado en su infancia, opondrán un contrapeso a la impetuosidad de sus sentidos que le bastará para vencerlos, o al menos para resistirlos durante mucho tiempo. Antes morirá mártir de su estado, que afligirá a sus padres casándose con un hombre sin méritos y exponiéndose a la desdicha de un matrimonio desproporcionado. La misma libertad que ha recibido no ha hecho otra cosa que darle una nueva elevación de alma y hacerle más dificultosa la elección de su dueño. Con el temperamento de una italiana y la sensibilidad de una inglesa, ella tiene para contener su corazón y sus

sentidos, el orgullo de una española, que incluso cuando busca un amante, no encuentra fácilmente a aquel que considera digno de ella.

No corresponde a todo el mundo percibir la potencia que el amor a las cosas honestas puede dar al alma, y qué fuerza se puede encontrar en sí mismo cuando se quiere ser sinceramente virtuoso. Existen gentes para quienes todo lo que es grande parece quimérico, y que, en su baja y vil razón, no conocerán jamás lo que puede sobre las pasiones humanas la misma locura de la virtud. Es necesario hablar a estas personas sólo con ejemplos: tanto peor para ellas si se obstinan en negarlos. Si les dijera que Sofía no es un ser imaginario, que sólo su nombre es invención mía, que su educación, sus costumbres, su carácter, su misma figura, han existido realmente, y que su memoria cuesta todavía lágrimas a toda una honrada familia, no cabe duda que no me creerían nada, pero, en fin, ¿qué arriesgaría yo con dar fin sin simulación a la historia de una joven tan semejante a Sofía, que esta historia pareciera la suya, sin que debiéramos quedar sorprendidos? Que se la crea verdadera o no, poco importa; si lo hubiese querido, habría contado ficciones, pero hubiera explicado siempre mi método e ido siempre a mis fines.

La joven, con el temperamento con que yo acabo de distinguir a Sofía, poseía además todas las conformidades que podían hacerle merecer el nombre, y yo se lo otorgo. Después de la conversación que he relatado, su padre y su madre, considerando que los partidos no vendrían a ofrecerse en el hogar en donde ellos habitaban, la enviaron a pasar un invierno a la ciudad, a casa de una tía, a la que se informó en secreto sobre el motivo de este viaje, pues la arrogante Sofía llevaba en el fondo de su corazón el noble orgullo de saber triunfar de sí misma; y aunque hubiese tenido cierta necesidad de un marido, hubiese muerto soltera antes que resolverse a irlo a buscar.

Para responder a los propósitos de sus padres, su tía la presentó en las casas, la llevó a las reuniones, a las fiestas, la hizo conocer el mundo, o mejor dicho, la hizo verlo, pues Sofía se cuidaba poco de todo ese estruendo. Se observó, sin embargo, que no huía de los jóvenes de figura agradable que parecían decentes y modestos. En su reserva, poseía incluso un cierto aire para atraerlos, que se asemejaba bastante a la coquetería, pero después de haberse entretenido con ellos dos o tres veces, se apartaba de ellos. Muy pronto, a este aspecto de autoridad que parecía aceptar los homenajes, sustituyó un aire más humilde y una cortesía más esquiva. Siempre atenta a sí misma, no les dejaba ya ocasión para prestarle el menor servicio: esto significaba que no quería ser su amante.

Jamás los corazones sensibles amarán los placeres ruidosos, vana y estéril felicidad de las gentes que no sienten nada, y que creen que aturdir su vida es gozar de ella, Sofía, no hallando lo que buscaba, y desesperando de hallarlo de ese modo, se aburría en la ciudad. Amaba tiernamente a sus padres, y nada le resarcía de ellos, nada le valía para obligarlos; regresó a unirse con los padres mucho tiempo antes del término fijado para su regreso.

Apenas reanudó sus funciones en la casa paterna, comprobó que observando la misma conducta había cambiado de humor. Tenía distracciones, impaciencia, estaba triste y soñadora, se ocultaba para llorar. Se creyó al principio que amaba y que sentía rubor: se le habló y se defendió. Lamentó no haber encontrado a nadie que pudiera herir su corazón, y Sofía no mentía.

Sin embargo, su languidez aumentaba sin cesar y su salud comenzaba a alterarse. Inquieta por este cambio, resolvió al fin su madre conocer las causas. La tomó aparte y utilizó con ella ese lenguaje insinuante y esas caricias invencibles que sólo la ternura materna sabe emplear. Hija mía, tú, a la que he llevado en mis entrañas y a la que llevo incesantemente en mi corazón, vierte los secretos del tuyo en el seno de tu madre. ¿Existen secretos que una madre no puede saber? ¿Quiénes se duelen de tus penas, quiénes las comparten y quiénes quieren aliviarlas, sino tu padre y yo? ¡Ah, hija mía!, ¿Quieres tú que yo muera de tu dolor sin conocerlo?

Lejos de ocultar sus pesares a su madre, la joven no solicitaba nada mejor que el tenerla por consoladora y por confidente pero la vergüenza le impedía hablar, y su modestia no hallaba lenguaje para describir un estado tan poco digno de ella, como la emoción que turbaba sus sentidos a pesar de lo que ella hubiese querido. En fin, sirviendo de indicio a su madre su misma vergüenza, le arrancó esas humillantes confesiones. Lejos de afligirla con injustas reprimendas, la consoló, gimió y lloró con ella; era demasiado prudente para hacer un delito de un mal que su sola virtud hacía tan cruel. Pero ¿por qué soportar sin necesidad un mal cuyo remedio era tan fácil y tan legítimo? ¿Por qué no usaba ella de la libertad que se le había dado? ¿Por qué no aceptaba un marido y no lo escogía ella misma? ¿No sabía que su suerte dependía de ella sola, y que, cualquiera que fuese su elección, sería confirmada, puesto que no podía hacer una que no fuese honesta? Se le había enviado a la ciudad y ella no había querido permanecer allí; varios partidos se habían presentado y ella los había rechazado a todos. ¿Qué esperaba, pues, ella? ¿Qué quería? ¡Qué inexplicable contradicción!

La respuesta era sencilla. Si no se tratase sino de una ayuda para la juventud, la elección se consumaría muy pronto; pero un amo para toda la vida no es tan fácil de escoger, y, dado que no se pueden separar estas dos elecciones, se impone esperar y a menudo perder su juventud antes de hallar al hombre con el que se quiere pasar sus días. Tal era el caso de Sofía: ella tenía necesidad de un amante, pero éste debía ser un marido; y, por el corazón que precisaba el suyo, le era tan difícil hallar el uno como el otro. Todos estos jóvenes tan brillantes sólo tenían para ella la conveniencia de la edad, los otros valores les faltaban siempre; su espíritu superficial, su vanidad, su guirigay, sus costumbres irregulares, sus frívolas imitaciones, la apartaban de ellos. Ella buscaba un hombre y no hallaba sino monos; buscaba un alma y no la encontraba.

¡Qué desgraciada soy!, decía ella a su madre; tengo necesidad de amar y no encuentro nada que me agrade. Mi corazón rechaza a todos aquellos a quienes atraen mis sentidos. Yo no veo uno que no excite mis deseos, y ninguno que no los reprima; un gusto sin estimación no puede durar. ¡Ah, no existe el hombre que necesita vuestra Sofía! Su encantador modelo está grabado con demasiada antelación en su alma. Ella no puede amar nada más que a él no puede hacer dichoso a otro que a él, no puede ser dichosa sino con él sólo. Prefiere consumirse y luchar sin cesar, prefiere morir desgraciada y libre, que desesperada junto a un hombre al que no amaría y al que haría desgraciado; vale más no ser ya que serlo para sufrir.

Impresionada por estas singularidades su madre las halló demasiado raras para no considerarlas misterio. Sofía no era ni preciosa ni ridícula. ¿Cómo esta desmedida delicadeza había podido convenirle a ella, a la que silo se le había enseñado desde su infancia a acomodarse a las gentes con las que tenía que vivir, y hacer de la necesidad virtud? Este modelo de hombre amable del cual ella estaba tan encantada, y que volvía tan a menudo a todas sus conversaciones, hizo conjeturar a su madre que este capricho tenía algún fundamento distinto que ella ignoraba todavía y que Sofía no había contado todo. La infortunada, sobrecargada con su secreto dolor, sólo buscaba explayarse. Su madre la apremió, ella titubeó: al fin se rindió y saliendo sin decir nada volvió un momento después con un libro en la mano: "Compadeced a vuestra desgraciada hija; su tristeza no tiene remedio; sus lágrimas no pueden secarse. Queréis saber la causa: bien, hela aquí", dijo arrojando un libro sobre la mesa. La madre cogió el libro y lo abrió: *eran Las aventuras de Telémaco*. Al principio no comprendió nada de este enigma; a fuerza de preguntas y de respuestas oscuras, comprendió al fin, con una sorpresa fácil de concebir, que su hija era la rival de Eucaris.

Sofía amaba a Telémaco, y le amaba con una pasión de la que nada podía curarla. Tan pronto como su padre y su madre conocieron su manía, se echaron a reír y creyeron convencerla con razones. Se engañaron: la razón no estaba de su parte; Sofía contaba también con la suya y sabía hacerla valer. Muchas veces ella los reducía al silencio sirviéndose contra ellos de sus propios razonamientos, demostrándoles que ellos habían causado todo el mal por sí mismos, que no la habían formado para un hombre de su siglo; que precisaba necesariamente que ella adoptara las maneras de pensar de su marido o que les facilitase las suyas; que ellos le habían hecho imposible el primer medio por la manera en que la habían educado, y que el otro era precisamente el que buscaba. Dadme, decía ella, un hombre imbuido de mis máximas, o al que yo pueda llevar a ellas y me caso con él pero, hasta entonces, ¿por qué me regañáis? Compadecedme. Soy desgraciada y no loca. ¿Depende el corazón de la voluntad? ¿No lo ha dicho mi mismo padre? ¿Es culpa mía si amo lo que no existe? Yo no soy visionaria, no quiero un príncipe, no busco a Telémaco, porque sé que él es sólo una ficción; pero busco a aquel que se le parezca. Y ¿por qué este alguien no puede existir, dado que yo existo, yo que percibo en mí un corazón tan semejante al suyo? No, no desdoremos así a la humanidad, no pensemos que un hombre amable y virtuoso sea sólo una quimera. Existe, vive y pueda ser que me busque, busca un alma. Pero ¿quién es él?; ¿en dónde se encuentra? Yo lo ignoro: no es ninguno de cuantos he visto; sin duda no es ninguno de los que veré. ¡Oh madre mía!; ¿por qué me habéis hecho la virtud demasiado amable? Yo no puedo amar sino a ella; el error está menos en mí que en vos.

¿Llevaré este triste relato hasta la catástrofe?, ¿me referiré a las prolongadas discusiones que le precedieron?; ¿representaré yo a una madre impacientada, cambiando en rigor sus primeras caricias?; ¿mostraré un padre irritado, olvidando sus primeros compromisos y tratando como loca a la más virtuosa de las hijas?; ¿pintaré, en fin, al infortunado, todavía más apegado a su quimera por la persecución que ella le hace sufrir, marchando a pasos lentos hacia la muerte, y descendiendo a la tumba en el momento que se creía conducirla al altar? No, aparto estos motivos funestos. No tengo necesidad de ir tan lejos para presentar un ejemplo bastante hiriente, según yo pienso, en el que, a pesar de los prejuicios que nacen de las costumbres del siglo, el entusiasmo por la honestidad y lo bello no es más extraño a las mujeres que a los hombres, y en el que no hay nada que bajo la dirección de la naturaleza no se pueda obtener de ellas como de nosotros.

Nos hemos detenido aquí para preguntar si es la naturaleza la que nos prescribe el tomar tanto trabajo para reprimir los deseos inmoderados. Yo respondo que no, pero tampoco es la naturaleza la que nos

ha otorgado tantos deseos inmoderados. Ahora bien, todo lo que no pertenece a ella está en contra: he demostrado esto mil veces.

Demos a nuestro Emilio su Sofía: resucitemos a esta amable joven, pero dándole una imaginación menos viva y un destino más feliz. Yo quería pintar una mujer ordinaria, y a fuerza de elevarle el alma, he alterado su razón, me he desviado. Volvamos sobre nuestros pasos. Sofía no es sino una naturaleza sana en un alma común: todo cuanto ella tiene más que las otras mujeres, es el efecto de su educación.

* * *

Me he propuesto en este libro decir todo cuanto se podía hacer, permitiendo a cada uno elegir lo que yo pueda haber dicho de bueno. Desde el comienzo había pensado en formar con anticipación la compañera de Emilio, y a educarles el uno para el otro, y el uno con el otro. Pero, meditando en ello, he comprobado que todos estos arreglos demasiado prematuros eran mal entendidos, y que era absurdo destinar dos niños a unirse antes de poder conocer si esta unión correspondía al orden de la naturaleza, y si ellos tendrían entre sí las relaciones convenientes para formarla. No precisa confundir lo que es natural en el estado salvaje, y lo que es natural en el estado civil. En el primer estado, todas las mujeres convienen a todos los hombres, porque los unos y las otras no poseen todavía sino la forma primitiva y común; en el segundo, habiendo sido desarrollado cada carácter según las instituciones sociales y habiendo recibido cada espíritu su forma propia y determinada, no de la educación sola sino del concurso bien o mal ordenado de su condición y de la educación, no se les puede ya adecuar sino presentándoles el uno al otro para ver si se convienen en todos los aspectos, o si prefieren una elección que facilite más posibles conveniencias.

El mal radica en que desarrollándose de esa forma los caracteres, el estado social distingue los rangos, y que uno de estos dos órdenes, no siendo semejante al otro, acentúa la distinción de las condiciones y confunde más los caracteres. De esto derivan los matrimonios mal conformados y todos los desórdenes que derivan de ello; de donde se deduce, por una consecuencia evidente que, cuanto más nos alejemos de la legalidad, más se alteran los sentimientos naturales, más aumenta la división entre los grandes y los pequeños, más se relaja el lazo conyugal, más pobres y ricos existen y menos padres y maridos hay. Ni el señor ni el esclavo tienen ya familia; cada uno de ellos sólo ve su estado.

Si queréis prevenir los abusos y formar matrimonios felices, ahogad los prejuicios, olvidad las instituciones humanas, y consultad la naturaleza. No unáis a personas que no se convienen sino en una condición dada, y que no se convendrán más para que esta condición cambie, sino a personas que coincidirán en cualquier situación en que se encuentren, en cualquier país que habiten, en cualquier nivel social al que puedan descender. Yo no afirmo que las relaciones convencionales sean indiferentes en el matrimonio pero digo que la influencia de las relaciones naturales supera de tal forma, que es ella sola quien decide de la suerte de la vida y que existe tal conveniencia de gustos, de humores, de sentimientos, de caracteres, que deberían obligar a un padre prudente, fuese príncipe, fuese monarca, a conceder sin titubear a su hijo la joven con la que él tuviese todas estas conveniencias ya hubiese nacido ella en una familia no honorable, ya fuese la hija del verdugo. Si, yo sostengo que aunque todas las desdichas imaginables debieran caer sobre dos esposos bien unidos, gozarían de una dicha más verdadera en su tristeza, que no tendrían con todas las fortunas de la tierra estando envenenados por la desunión de los corazones.

Por tanto, en lugar de destinar desde la infancia una esposa a mi Emilio, he esperado a conocer la que le conviene. No soy yo quien ha decidido la fórmula, sino la naturaleza; mi problema ha sido encontrar lo que ella prefiere. Mi misión, digo la mía y no la de su padre, pues al confiarme su hijo, me cedió su lugar y sustituyó su derecho con el mío. Soy yo el verdadero padre de Emilio, soy quien lo ha hecho hombre. Si hubiese rehusado el educarle, no me hubiera correspondido casarle a su gusto, es decir al mío. Ningún placer es comparable a hacer un dichoso que pueda pagar lo que cuesta poner a un hombre en condiciones de llegar a serlo.

Pero no creáis tampoco que yo he esperado, para hallar la esposa de Emilio, el situarlo en obligación de buscarla. Esta fingida búsqueda sólo ha sido un pretexto para darle a conocer las mujeres, a fin de que valore el precio de aquella que le conviene. Desde hace bastante tiempo está buscada Sofía, pueda ser que Emilio la haya visto ya; pero sólo la reconocerá a su debido tiempo.

Aun cuando la igualdad de condiciones no sea necesaria para el matrimonio, cuando esta igualdad se agrega a las otras conveniencias, le concede un nuevo valor; ella no entra en la balanza con ninguna, pero la hace inclinarse cuando todo está igual.

Un hombre, a menos que no sea monarca, no puede buscar una mujer en todas las clases sociales, pues los prejuicios que él no poseerá, los hallará en los demás; y caso de convenirle una joven, no la

conseguirá por esa razón. Existen, por tanto, preceptos de prudencia que deben limitar las investigaciones de un padre juicioso. No debe intentar dar a su alumno una situación superior a su clase, pues esto no depende de él. Aún cuando pudiera, tampoco debería quererlo; pues ¿qué importa la clase al joven, al menos al mío? Y, sin embargo, ascendiendo, él se expone a mil males reales que soportará toda su vida. Afirmino también que no debe querer compensar bienes de diferentes naturalezas, como la nobleza y el dinero, porque cada uno de ellos añade menos valor al otro que él recibe a cambio que además no debe someterse nunca a la común estimación, que, en fin, la preferencia que cada uno dé a su situación, prepara la discordia entre ambas familias, y con frecuencia entre los dos esposos.

Existe gran diferenciación para el orden del matrimonio en que el hombre se alíe sobre o por debajo de él. El primer caso es totalmente contrario a la razón, el segundo concuerda más con ella. Como la familia sólo se enlaza a la sociedad mediante su jefe, es la condición de este jefe la que regula la de toda la familia. Cuando él se une a una clase más inferior, no desciende, eleva a su esposa; por el contrario, tomando una mujer superior a él, la degrada sin elevarse él. De este modo, en el primer caso existe el bien sin mal, y en el segundo el mal sin bien. Además, está en el orden de la naturaleza que la mujer obedezca al hombre. Cuando él la toma en un rango inferior, se acoplan el orden natural y el orden civil, y todo va bien. Todo lo contrario sucede cuando uniéndose el orden superior a él, el hombre se sitúa en la alternativa de agravar su derecho o su reconocimiento, y de ser ingrato o menospreciable. Entonces la mujer, pretendiendo la autoridad, se convierte en la tirana de su jefe; y el señor, convertido en esclavo, se encuentra la más ridícula y la más miserable de las criaturas. Así son esos desgraciados favoritos a los que los reyes del Asia honran y atormentan con su alianza, y que, digámoslo, para acostarse con sus mujeres, no se atreven a entrar en el lecho sino a base de cautelas.

Confío en que muchos de mis lectores, acordándose de que concedo a la mujer un talento natural para regir al hombre, me acusarán de contradicción: sin embargo, se equivocarán. Existe gran diferencia entre arrogarse el derecho de mandar, y regir a aquel que manda. El dominio de la mujer es un dominio de dulzura, de habilidad y de complacencia; sus órdenes son las caricias, sus amenazas las lágrimas. Ella debe reinar en la casa como un ministro en el estado, procurando que le manden lo que ella quiere hacer. En este sentido es constante el que los mejores hogares sean aquellos en los que la mujer tiene la mayor autoridad: pero cuando desconoce la voz del jefe, al que quiere usurpar sus derechos y mandar ella misma, el desorden natural se convierte en miseria, escándalo y deshonor.

Resta la elección entre sus iguales y sus inferiores; y creo que existe todavía cierta restricción que hacer en cuanto a estos últimos, pues es difícil encontrar en la hez del pueblo, una esposa capaz de hacer la dicha de un hombre honrado: no significa esto que se sea más vicioso en las clases inferiores que en las elevadas, sino porque en ellas se posee escasa idea de lo que es bello y honrado, y porque la injusticia de las otras clases hace comprender a ésta la injusticia en sus mismos vicios.

Naturalmente, el hombre no piensa apenas. Pensar es un arte que aprende como todos los demás, e incluso más difícilmente. Yo no conozco para los dos sexos sino dos clases realmente distinguidas: una la de las gentes que piensan, otra la de las gentes que no piensan: y esta diferencia procede casi únicamente de la educación. Un hombre de la primera de esas dos clases, no debe unirse con la otra; pues el mayor encanto de la sociedad falta en la suya cuando teniendo una esposa, queda reducido a pensar él sólo. Las gentes que pasan exactamente toda la vida trabajando para vivir no poseen otra idea que la de su trabajo o su interés, y todo su espíritu parece estar al extremo de sus brazos. Esta ignorancia no daña ni a la probidad, ni a las costumbres; con frecuencia incluso sirve a ellas; con frecuencia se concierta con sus deberes a fuerza de pensar en ellos, convirtiendo en un guirigay lo que no debiera de serlo.

La conciencia es el más esclarecido de los filósofos: no se tiene necesidad de conocer los *Oficios*, de Cicerón, para ser hombre de bien, y acaso la mujer de mundo más honesta sea la que menos sabe lo que es honestidad. Pero no es menos cierto que un espíritu cultivado es el único que hace agradable la comunicación, y es triste cosa para un padre de familia que se complace en su hogar, verse obligado a encerrarse en sí mismo y a no poderse hacer comprender de nadie en ese hogar.

Por otra parte, ¿cómo educará a sus hijos una mujer que carece del hábito de reflexionar? ¿Cómo discernirá lo que les conviene? ¿Cómo les dispondrá para las virtudes que ella no conoce, para el mérito del que no tiene idea alguna? Ella sólo sabrá halagarles o amenazarles, hacerles insolentes o temerosos formará monos amanerados o pícaros atolondrados, jamás buenos espíritus ni niños amables.

No conviene, pues, a un hombre que tenga educación tomar una mujer que no la tenga, ni como consecuencia en un plano social donde se desestime. Pero preferiría cien veces más una joven sencilla y vulgarmente educada, que una joven sabia y espiritual, que llegase a establecer en mi casa un tribunal de literatura del que se haría la presidenta. Una mujer de esa clase es la plaga de su marido, de sus hijos, de sus

amigos, de sus criados, de todo el mundo. Desde la sublime elevación de su destacada inteligencia, ella desdeña todos sus deberes de mujer, y comienza siempre por hacerse hombre a la manera de la señorita de l'Enclos. Además es siempre ridícula y muy justamente criticada, porque no puede evitar el serlo desde el momento en que se sale de un estado y no se está formado para aquel que se pretende adquirir. Todas estas mujeres de grandes talentos, no se imponen nunca más que a los tontos. Siempre se sabe cuál es el artista o el amigo que sostiene la pluma o el pincel cuando ellas laboran; se sabe cuál es el discreto hombre de letras que les dicta en secreto sus oráculos. Toda esta charlatanería es indigna de una mujer honesta. Aunque ella poseyese verdaderos talentos, su pretensión los envilecería. Su dignidad es ser ignorada, su gloria está en la estimación de su marido, sus placeres están en la dicha de su familia. Lectores, yo me refiero a vosotros mismos y os pido buena fe: ¿de qué mujer opináis mejor al penetrar en su habitación, de la que os produce el mayor respeto, al verla ocupada en las labores de su sexo, los cuidados del hogar, rodeada de las ropas de sus hijos, o de la que encontraréis escribiendo versos sobre su tocador, rodeada de libritos de todas clases y de billetes pintados con todos los colores? Existiría la posibilidad de que toda joven ilustrada permanezca soltera, si sólo existiesen hombres sensatos sobre la tierra.

*Quæris cur nolim te ducere, Galla? diserta est*¹⁶.

Después de estas consideraciones viene la del rostro; ésta es la primera que produce sensación y la última que debe hacerlo, pero todavía no hay que contar con ella para nada. La gran belleza me parece más propia para rehuirla que para buscarla en el matrimonio. La belleza se gasta prontamente mediante la posesión; al cabo de seis semanas ya no significa nada para el poseedor, pero sus peligros duran tanto como ella. A menos que una bella mujer no sea un ángel, su marido es el más desgraciado de los hombres, y acaso de ser un ángel, ¿cómo impediría el que no estuviese sin cesar rodeado de enemigos? Si la extrema fealdad no fuese desagradable, yo la preferiría a la extrema belleza, pues siendo nulas ambas para el marido al cabo de breve tiempo, la belleza llega a ser un inconveniente y la fealdad una ventaja. Mas la fealdad que produce disgusto es la mayor de las desgracias; este sentimiento, lejos de desvanecerse, aumenta sin cesar y se convierte en odio. Es un infierno un matrimonio en esas condiciones y sería mejor estar muertos que unidos de esa manera.

Desead en todo la mediocridad, sin exceptuar la propia belleza. Un rostro agradable y atrayente, que no inspire amor sino afecto, es lo que se debe preferir; no presenta prejuicios para el marido y la ventaja deriva en beneficio común: las gracias no se gastan como la belleza, poseen vida, se renuevan sin cesar, y al cabo de treinta años de matrimonio, una mujer honesta poseedora de gracias place a su marido lo mismo que el primer día.

Tales son las reflexiones que me han asegurado la elección de Sofía. Alumna de la naturaleza lo mismo que Emilio, ella está hecha para él más que para ningún otro, será la mujer del hombre. Ella es su igual por el nacimiento y por el mérito, inferior a él por la fortuna. No encanta al primer golpe de vista, sino que agrada cada día más. Su mayor encanto actúa por grados y no se despliega sino en la intimidad del trato; y su marido lo percibirá más que nadie en el mundo. Su educación no es ni brillante, ni descuidada; posee el gusto sin estudio, los talentos sin arte, el juicio sin conocimientos. Su espíritu no sabe, pero está cultivado para aprender; es una tierra bien preparada que sólo espera el grano para producir. No ha leído jamás otro libro que Barrême y Telémaco, que le cayó por casualidad en las manos; pero una joven capaz de apasionarse por Telémaco, ¿es un corazón sin sentimiento y un espíritu sin delicadeza? ¡Oh, la amable ignorancia! ¡Dichoso aquel que sea destinado a instruirlo! Ella no será el profesor de su marido, sino discípulo; lejos de querer someterle a sus gustos, ella adquirirá los suyos. Valdrá más para él que si fuese sabia, y tendrá el placer de enseñárselo todo. Ha llegado, en fin, el momento de que ellos se vean, trabajemos por acercarlos.

Partimos de París tristes y soñadores. Este lugar de chismorreos no es nuestro centro. Emilio dirige una mirada de desdén a esta gran ciudad, y dice con despecho: "¡Cuántos días perdidos en vanas pesquisas! ¡Ah, no es ahí donde está la esposa de mi corazón! Amigo mío, vos lo sabéis bien, pero mi tiempo no os cuesta nada y mis males os hacen sufrir poco." Yo le contemplé fijamente y le dije sin alterarme: "¿Creéis eso que decís?" Al momento me saltó al cuello todo confuso y me estrechó en sus brazos sin responder. Ésta es siempre su respuesta cuando comete un error.

Henos ahora por los campos como verdaderos caballeros andantes; no como aquellos que van buscando las aventuras, sino por el contrario, huyéndolas al abandonar París; pero imitando bastante su

¹⁶ ¿Me preguntas, Gala, por qué no quiero casarme? Está claro. (*Marcial*, XI, 19).

errante caminar, desigual, ya avivando el paso, ya marchando con lentitud. A fuerza de seguir mi práctica, habrá adquirido al fin ingenio; y yo no imagino a ningún lector lo suficientemente prevenido por los usos imaginándonos a los dos dormidos en una buena silla de mano herméticamente cerrada, caminando sin ver nada, sin observar nada, andando el intervalo que la partida y la llegada, y, en la velocidad de nuestra marcha, perdiendo el tiempo para administrarlo.

Afirman los hombres que la vida es corta, y advierto que ellos se esfuerzan en hacerla más corta todavía. No sabiendo emplearla, se quejan de la rapidez del tiempo y yo compruebo que corre demasiado lentamente. Obsesionados siempre por el motivo hacia el que tienden, ven con pesar la distancia que de él los separa: El uno quisiera vivir en su mañana inmediato, el otro en el mes próximo, el otro pasados diez años; nadie quiere vivir hoy; ninguno está contento con la hora presente, todos la consideran de andadura lenta. Cuando se quejan de que el tiempo corre demasiado aprisa, mienten; pagarían cualquier cosa por acelerarlo; gustosos emplearían su fortuna en consumir la vida entera. y pueda ser que no exista uno que no hubiese reducido sus años a muy pocas horas si hubiese sido dueño de quitar la voluntad suya el tedio de los que estaban a su cargo, y al grado de su impaciencia aquellas que le separaron del momento deseado. Alguno pasa la mitad de su vida marchando de París a Versalles, de Versalles a París, de la ciudad al campo, del campo a la ciudad, y de un barrio al otro; y se sentiría agobiado por sus horas si no tuviese el secreto de perderlas de ese modo, ya que se aleja expresamente de sus negocios para luego buscarlos: cree ganar el tiempo que pierde, y con el que obrando de otro modo no sabría qué hacer; otro, por el contrario, corre por correr, y llega en posta sin otro objeto que el de regresar de la misma manera. Mortales, ¿no cesaréis nunca de calumniar a la naturaleza? ¿Por qué os quejáis de que la vida es corta cuando no lo es todavía lo suficiente de acuerdo a vuestros deseos? El que de vosotros sepa atemperar sus deseos para no anhelar jamás que corra el tiempo, no la estimaría demasiado corta; vivir y gozar serán para él la misma cosa; y, si tiene que morir joven morirá saciado de días.

Aun cuando yo no tuviese nada más que esta ventaja en mi método, por ella me parecería obligado preferirlo a todos los demás. Yo no he educado a mi Emilio para desear ni para esperar, sino para gozar; y cuando él lleve sus deseos más allá del presente, no lo hará con un ardor muy impetuoso para ser importunado por la lentitud del tiempo. No solamente gozará del placer de desear, sino de ir al motivo que desee; y como sus pasiones son talmente moderadas, él está siempre más en donde está que en donde estará en un futuro.

Por tanto, nosotros no viajamos en correos, sino como viajeros. No pensamos solamente en los dos términos, sino en el intervalo que los separa. El viaje mismo es un placer para nosotros. No lo hacemos tristemente sentados y como aprisionados en una jaulita bien cerrada. No viajamos en el abandono y en el reposo de las mujeres. No nos quitamos ni el aire libre, ni la visión de los objetos que nos rodean, ni la comodidad de contemplarlos a nuestro gusto cuando nos agrada. Emilio no entra nunca en una silla de posta y no toma la diligencia si no se ve apremiado para ello. Pero ¿por qué puede estar nunca apremiado Emilio? Por una sola cosa: por gozar la vida. ¿Tengo que agregar que de hacer el bien cuando puede hacerlo? No, pues esto mismo es gozar de la vida.

No concibo una manera de viajar más agradable que el ir a caballo, que no sea la de ir a pie. Se parte en su momento, se detiene uno a su voluntad, se realiza tanto y tan poco ejercicio como se quiere. Se observa todo el país, se vuelve a derecha e izquierda, se examina todo lo que nos agrada, se detiene uno en todos los puntos de vista. Percibo un río, yo lo bordeo: un bosque tupido, voy bajo su sombra; una gruta, yo la visito, una cantera, examino los minerales. En cualquier lugar que me agrada, me quedo. En el instante en que me aburro, me marcho. No dependo ni de los caballos ni del postillón; no tengo necesidad de escoger los caminos ya hechos, las rutas cómodas; paso por todas las partes por las que un hombre puede pasar, veo todo cuanto un hombre puede ver, y, no dependiendo sino de mí, gozo de toda libertad de que puede gozar un hombre. Si me detiene el mal tiempo y el cansancio me domina, entonces cojo caballos. Si yo estoy fatigado... Pero Emilio no se cansa nada; es robusto; ¿por qué habría de cansarse? No vive apresurado. Si se detiene, ¿cómo puede cansarse? Lleva por todos lados con qué distraerse. Entra en casa de un maestro, y trabaja; ejercita sus brazos para dar descanso a sus pies.

Viajar a pie, es viajar como Tales, Platón y Pitágoras. Me cuesta trabajo comprender cómo un filósofo puede hacerlo de otra manera, olvidándose del examen de las riquezas que él holla con sus pies y que la tierra brinda a sus ojos. ¿Quién es el que amando un poco la agricultura no quiere conocer las producciones propias del clima de los lugares por que atraviesa y la forma de cultivarlas? ¿Quién es el que teniendo algún gusto por la historia natural, puede decidirse a atravesar un terreno sin examinarlo, un peñasco sin pulirlo, montañas sin herborizar, piedras sin buscar fósiles?

Vuestros filósofos del arroyo estudian la historia natural en los gabinetes; posee baratijas, conocen los nombres y no tienen idea alguna de la naturaleza. Pero el gabinete de Emilio es más rico que el de los reyes; este gabinete es la tierra entera. Cada cosa está allí en su lugar: el naturalista que de ello se ha ocupado, ha colocado todo en un orden maravilloso: Daubenton no lo haría mejor.

¡Cuánta diversidad de placeres se reúnen en esta agradable manera de viajar, sin contar la salud que se afianza y el humor que se distrae! He visto siempre que quienes viajaban en buenos coches muy agradables, iban pensativos, tristes, enfadados o molestos; y a los peatones siempre alegres, ligeros y contentos con todo. ¡Cómo se alegra el corazón cuando nos aproximamos al hogar! ¡Cómo parece sabrosa una comida corriente! ¡Con qué placer se descansa en la mesa! ¡Qué buen sueño se tiene un mal lecho! Cuando no se quiere sino llegar, se puede correr en silla de posta; pero cuando se quiere viajar es necesario ir a pie.

Sí; antes de que nosotros hayamos cubierto cincuenta leguas de la manera que yo imagino, Sofía no está olvidada, precisa que yo no sea capaz, o que Emilio sea muy poco curioso; pues, con tantos conocimientos elementales, es difícil que no sea tentado para adquirir ventajas en ello. Sólo se es curioso en la proporción en que se está instruido; él sabe precisamente bastante para querer aprender.

Sin embargo, un objeto atrae al otro y nosotros avanzamos siempre. Yo he puesto a nuestra primera ruta un término lejano: el pretexto es fácil; saliendo de París se impone el ir a buscar una mujer a lo lejos.

Algún día, después de habernos extraviado más que de ordinario en los valles, en las montañas en donde no percibimos ningún camino, no acertamos a volver a encontrar el nuestro. Poco nos importa; todos los caminos son buenos, puesto que nos permiten llegar: pero se impone llegar a alguna parte cuando se tiene hambre. Felizmente nos encontramos a un campesino que nos lleva a su choza, comemos con enorme apetito su parva comida. Al vernos tan fatigados, tan hambrientos, nos dijo: "Si el buen Dios os hubiese conducido al otro lado de la colina, hubieseis sido mejor recibidos... Habríaís encontrado una casa de paz... gentes muy caritativas... muy buenas personas... No tienen mejor corazón que yo, pero son más ricos, aun cuando se dice que lo fueron mucho más en otras épocas... Ellos no padecen nada, gracias a Dios; y todo el país se basta a sí mismo."

Ante la expresión "buenas gentes" se dilató el corazón del buen Emilio. "Amigo mío –dijo mirándome– vamos a esa casa cuyos dueños son tan elogiados por la vecindad: tendré gran placer de verlos; y acaso tengan también mucho gusto en vernos. Yo estoy seguro de que nos recibirán bien: si ellos son de los nuestros, nosotros seremos de los suyos."

Informándonos de dónde estaba la casa, partimos, erramos por los bosques y una copiosa lluvia nos sorprendió en el camino; nos retrasó sin detenernos. Al fin la encontramos, y al anochecido llegamos a la casa indicada. En la aldea que la rodea, esta única casa, aun cuando sencilla, tiene cierta apariencia. Nos presentamos, solicitamos hospitalidad. Se nos llevó a hablar con el dueño, quien nos preguntó cortésmente; sin decir el objeto de nuestro viaje, indicamos el de nuestra desviación. Él conservaba de su antigua opulencia la facilidad de conocer la condición de las gentes en sus modales; todo aquel que ha vivido en el gran mundo, raramente se equivoca sobre este particular: con esta garantía fuimos recibidos.

Se nos enseñó un apartamento muy pequeño, pero limpio y cómodo; se nos encendió el fuego y hallamos ropas, complementos, y todo cuanto necesitábamos. "¡Parecería –dijo Emilio todo sorprendido– que nos estaban esperando! ¡Cuánta razón tenía el campesino! ¡Qué atención, qué bondad, qué previsión, y para desconocidos! Creo estar en los tiempos de Homero.» "Sed sensible a todo esto, le dije yo, pero no os asombréis; en todas partes en donde los forasteros son raros, son bienvenidos: nada hace más hospitalario que no tener con frecuencia necesidad de serlo; es la afluencia de huéspedes la que destruye la hospitalidad. En tiempos de Homero no se viajaba nada, y los viajeros eran bien recibidos en todas partes. Somos acaso los únicos pasajeros que han sido vistos aquí durante todo el año." "No importa –replicó él–, se convierte en un elogio, saber pasarse sin huéspedes y recibirlos siempre bien."

Secos y compuestos, fuimos a reunirnos con el dueño de la casa, quien nos presentó a su esposa, la que nos recibió, no solamente con cortesía, sino con bondad. El honor de sus miradas fue para Emilio. Una madre, en un caso como éste, ve raramente sin inquietud, o al menos sin curiosidad, entrar en su casa a un hombre de esta edad.

En atención a nosotros se adelantó la cena. Al penetrar en el comedor, vimos cinco cubiertos; nos colocamos nosotros y quedó uno vacío. Entró una joven, hizo una profunda reverencia y se sentó modestamente en silencio. Emilio, entretenido con su hambre o con sus respuestas, la saludó, habló y comió. Estaba tan lejos de su pensamiento el principal motivo de su viaje, que él mismo se creía todavía apartado del término. La conversación se centró en el extravío de los viajeros. "Señor –le dijo al dueño de la casa–, me parecéis un joven amable y prudente, y esto me hace pensar que habéis llegado aquí con vuestro

preceptor, cansados y mojados, como Telémaco y Mentor en la isla de Calipso". "Es cierto –respondió Emilio– que hemos hallado aquí la hospitalidad de Calipso". Su mentor añadió: "Y los encantos de Eucaris". Pero Emilio conocía la *Odisea*, y no había leído *Telémaco*, por lo que no sabía lo que significaba Eucaris. En cuanto a la joven, la vi enrojecer hasta los ojos, bajarlos sobre su plato y no atreverse a respirar. La madre, que observó su apuro, hizo una seña al padre y éste cambió de conversación. Refiriéndose a su soledad, se obligó insensiblemente a hacer el relato de los acontecimientos que allí le habían confinado; las desgracias de su vida, la constancia de su esposa, los consuelos que ellos hallaron en su unión, la vida sosegada y apacible que llevaban en su retiro, y siempre sin decir una palabra que aludiese a la joven; todo formó un relato agradable y emotivo que no se pudo escuchar sin interés. Emilio emocionado, enternecido, cesó de comer para escuchar. Finalmente, en el lugar en donde el hombre más honrado de los hombres se extendía con el mayor placer respecto al apego de la más digna de las mujeres, el joven viajero, fuera de sí, estrechó una mano del marido, y con la otra tomó también la mano de la esposa, sobre la que se inclinó con transporte regándola de lágrimas. La ingenua vivacidad del joven conmovió a todo el mundo; pero la hija, más sensible que nadie a este indicio de su buen corazón, creyó ver a Telémaco afectado por las desgracias de Filoctere. A hurtadillas le lanzó una mirada para examinar mejor su rostro; no encontró nada en él que desmintiese la comparación. Su aire desembarazado testimoniaba libertad sin arrogancia; sus maneras eran vivas sin indiscreción; su sensibilidad hacía su mirada más dulce, su fisonomía más atractiva: la joven, viéndole llorar, estuvo a punto de mezclar sus lágrimas con las de él. Pero para realizar tan bello pretexto, la retuvo un pudor secreto, reprochándose las lágrimas prontas a escapar de sus ojos, como si fuese un delito verterlas por su familia.

La madre, que desde el comienzo de la cena no cesó de velar por ella, comprendió su violencia, y la libró de ella enviándola a hacer un encargo. Un minuto después, volvía a entrar la joven, pero tan poco confortada, que su desorden fue visible a todos los ojos. La madre le dijo con dulzura: "Sofía, tranquilizaos; nunca cesáis de llorar las desventuras de vuestros padres. Vos que soléis consolarlos, no resultad más sensible que los propios interesados."

Al oír el nombre de Sofía, ¿deberíais haber visto estremecerse a Emilio! Impresionado con un nombre tan querido, se avivó con sobresalto y lanzó una mirada ávida sobre la que osaba llevarlo. "¿Sofía, oh Sofía! ¿Sois vos aquella a la que busca mi corazón? ¿Sois aquella a quien mi corazón ama? La observó, la contempló con una especie de temor y de desconfianza, no vio exactamente el rostro que se había dibujado; no supo si el que veía valía más o menos. Estudió cada rasgo, espío cada movimiento, cada gesto; y en todo halló mil confusas interpretaciones; hubiera dado la mitad de su vida porque ella le hubiera dicho una sola palabra. Me miró, inquieto y turbado, y sus ojos me hicieron a la vez cien preguntas, cien reproches. Parecía decirme en cada mirada: "guiadme ahora que es tiempo; si mi corazón se entrega y se equivoca, no volveré a insistir en mi vida."

Emilio es el hombre del mundo que menos sabe disimular. ¿Cómo habría de hacerlo en la mayor turbación de su vida, entre cuatro espectadores que le examinan, y de los cuales el más distraído en apariencia es en efecto el más atento? Su alteración no escapó a los ojos penetrantes de Sofía; los suyos le instruían además de que ella era el motivo: comprueba que esta inquietud no es todavía el amor, mas ¿qué importa? Él se ocupa de ella y esto basta: ella será muy desgraciada si él se ocupa impunemente de ella.

Las madres tienen ojos como sus hijas, y además la experiencia. La madre de Sofía sonrió del éxito de nuestros proyectos. Leyó en los corazones de los dos jóvenes y comprendió que se estaba a tiempo de fijar el del nuevo Telémaco, e hizo hablar a su hija. Ésta, con su dulzura natural, respondió con un tono tímido que lograba superar su efecto. Al primer sonido de esta voz, Emilio quedó rendido; ésta era Sofía, no podía dudarle. Si no lo fuese, sería demasiado tarde para desdecirse.

Fue entonces cuando los atractivos de esta joven encantadora, afluyeron como torrentes a su corazón, y cuando comenzó a ingerir en grandes dosis el veneno con que ella le embriagó. Él ya no habló más, no respondió más; no vio nada más que a Sofía ni escuchó nada más que a ella; si ella dice una palabra, él abre la boca; si baja los ojos, los baja él; si la ve suspirar, suspira es el alma de Sofía la que parece animarle. ¡Cuánto ha cambiado la suya en breves instantes! El turno de Sofía para temblar, le llega a Emilio. Adiós la libertad, la ingenuidad, la franqueza. Confuso, cortado, temeroso, ya no se atreve a mirar en torno suyo por temor a comprobar cómo le observan. No dispuesto a dejarse penetrar, quisiera hacerse invisible a todo el mundo para saciarse contemplándola sin ser observado. Por el contrario, Sofía se asegura por el temor de Emilio; ella ve su triunfo y se goza en él.

A pesar de su continencia; de ese aire modesto y de ojos bajos, siente que su tierno corazón palpita de alegría, diciéndole que ha encontrado a Telémaco.

Si yo entro aquí en la historia demasiado ingenua y demasiado sencilla acaso de sus inocentes amores, serán considerados estos detalles como un frívolo pasatiempo, con lo que se cometerá un error. No consideramos bastante la influencia que debe tener la primera ligazón de un hombre con una mujer en el curso de la vida del uno y de la otra. No vemos que una primera impresión, tan viva como la del amor o de la inclinación que ocupa su lugar, produce grandes efectos de los cuales no percibimos las consecuencias sino a lo largo de los años, pero que no cesan de actuar hasta la muerte. En los tratados de educación, se acumulan inútiles y pedantescas varborreas sobre los quiméricos deberes de los niños, y no se dice una palabra de la parte más importante y más difícil de toda la educación, a saber, la crisis que sirve de paso de la infancia a la virilidad. Si yo he podido hacer útiles estos ensayos en alguna parte, será sobre todo por haberme explayado por extenso en ellos respecto a la parte esencial, omitida por todos los demás, y por no haberme desanimado en esta empresa ante falsas delicadezas, ni asustar por dificultades del lenguaje. Si he dicho lo que es necesario hacer he dicho lo que he debido decir: me importa muy poco haber escrito una novela. No existe novela más bella que la de la naturaleza humana. Si no se encuentra nada más que en este trabajo ¿es culpa mía? ¿Debería ser ésta la historia de mi especie? Vosotros que la corrompéis, sois los que hacéis una novela de mi libro.

Una segunda consideración que refuerza la primera, es que no se trata aquí de un joven entregado desde la infancia al temor, a la codicia, a la envidia, al orgullo y a todas las pasiones que sirven de instrumentos a las educaciones comunes; que se trata aquí de un joven para el que éste es no solamente el primer amor, sino la primera pasión en definitiva; que de esta pasión, la única acaso que sentirá vivamente durante toda su vida, depende la última fórmula que debe tomar su carácter. Sus maneras de pensar, sus sentimientos, sus gustos, fijados por una pasión duradera, van a adquirir una consistencia que ya no les permitirá alterarse.

Comprenderéis que entre Emilio y yo, la noche que siguió a una velada semejante, no se pasó durmiendo. ¿Es que la sola identidad de un hombre debe tener tanto poder sobre un hombre prudente? ¿No existe nada más que una Sofía en el mundo? ¿Serán todas ellas semejantes en el alma como en el nombre? ¿Todas cuantas él vea, son la suya? ¿Es un loco al apasionarse así por una desconocida a la que jamás ha hablado? Esperad joven; examinad, observad. No sabéis incluso en qué casa estáis; y de escucharos, parecería que estuviérais en la vuestra.

Éste no es el momento de lecciones, ni éstas se plantean para ser escuchadas. Ellas no hacen sino dar al joven un nuevo interés por Sofía, por el deseo de justificar su inclinación. Esta relación de los nombres, este encuentro que él cree fortuito, mi misma reserva, no hacen sino irritar su vivacidad: ya le parece Sofía demasiado estimable para que él no esté seguro de hacérmela amar.

Por la mañana, sospecho que en su modesto traje de camino, procurará Emilio presentarse con mayor esmero. No deja de hacerlo; pero yo me río de su apresuramiento por acomodarse al tono de la casa. Penetro en su pensamiento; descubro con placer que él pretende, preparándose restituciones, cambios, establecer una especie de correspondencia que le sitúe en condiciones de reiterar visitas.

Yo me esperaba hallar también a Sofía un poco más arreglada por su parte: me he equivocado. Esa vulgar coquetería sólo es buena para aquellos a quien no se quiere nada más que halagar. La del verdadero amor es más refinada, tiene otras pretensiones. Sofía se ha puesto todavía más sencillamente que la víspera, e incluso más negligente, aun cuando con una pulcritud siempre escrupulosa. Yo no veo coquetería en esa negligencia, sino simplemente afectación. Sofía sabe bien que un atuendo más rebuscado es una declaración; pero olvida que un atuendo más descuidado es también otra; demuestra que no se contenta con halagar por el arreglo, que quiere complacer también por la persona. Aunque, ¿qué importa al amante cómo se presente la amada, con tal que compruebe que se ocupa de él! Ya segura de su imperio, Sofía no se limita a herir con sus encantos los ojos de Emilio, si su corazón no va a buscarlos; no le basta ya con que él los vea, quiere que los suponga. ¿No ha visto ya bastante para verse obligado a adivinar el resto?

Es posible que durante nuestras conversaciones de esta noche Sofía y su madre no hayan quedado tampoco mudas; han debido haber confesiones arrancadas, instrucciones concretas. Al día siguiente nos parecen bien preparadas. No han pasado doce horas desde que nuestros jóvenes se vieron; no se han dicho

¹⁷ Aunque no lo demuestre, se alegra en el fondo de su corazón. (TASO, Jerusalén liberada. IV, 33.)

todavía una sola palabra, y ya vemos que ellos se entienden. Su comienzo no es familiar; él está cortado, tímido; no se hablan; sus ojos bajos parecen evitarse, y esto mismo es un signo de inteligencia, se evitan, pero como de mutuo acuerdo; sienten ya la necesidad del misterio antes de haberse dicho nada. Al partir, solicitamos permiso para volver de nuevo, para dar cuenta de nuestras decisiones. La boca de Emilio pide el permiso al padre, a la madre, en tanto que sus ojos inquietos, vueltos hacia la hija, se lo solicitan mucho más insistentemente. Sofía no dice nada, no hace signo alguno, no parece ver ni oír nada; pero enrojece y este rubor es una respuesta aún más clara que la de sus progenitores.

Se nos permite volver sin invitarnos a permanecer. Esta conducta es conveniente; se pone el cubierto a los caminantes preocupados por su alojamiento, pero no es decente que un amante duerma en la casa de su amada.

Apenas hemos salido de esta casa querida cuando Emilio piensa en que nos establezcamos en las cercanías: la vivienda más cercana le parece que está demasiado lejos; quisiera acostarse en los fosos del castillo. "¡Joven atolondrado!", le digo yo con un tono de piedad, "¡es que la pasión os ciega!; ¡vos ya no veis ni las conveniencias ni la razón! ¡Desgraciado! ¡creéis amar, y queréis deshonorar a vuestra amada! ¿Qué se diría de ella cuando se supiera que un joven que sale de su casa, duerme en las cercanías? ¡Decid que la amáis! ¿Es que pretendéis que pierda la reputación? ¡Ése es el premio de la hospitalidad que sus padres os han concedido! ¿Causaréis el oprobio de aquella de quien esperáis vuestra felicidad?" "¡Ah, ¿qué importan – respondió él con vivacidad– las vanas palabras de los hombres y sus injustas sospechas? ¿No me habéis enseñado vos a no hacer ningún caso de ellas? ¿Quién sabe mejor que yo cuánto honro a Sofía, cómo la quiero respetar? Mi afecto no causará su vergüenza, hará su gloria, será digno de ella. Cuando mi corazón y mis cuidados le rindan en todo el homenaje que ella merece, ¿en qué puedo ultrajarla?". "Querido Emilio – repliqué yo abrazándole–, razonáis por vos, aprended a razonar por ella. No comparéis el honor de un sexo al del otro, ambos tienen principios muy diferentes. Estos principios son igualmente sólidos y razonables, porque ellos derivan lo mismo de la naturaleza, y porque la misma virtud que os hace despreciar para vos las palabras de los hombres, os obliga a respetarlas en relación con vuestra amada. Vuestro honor está en vos sólo, y el suyo depende de los demás. Descuidarlo sería herir el vuestro y no concedéis lo que os debéis, si sois la causa de que no se le otorgue cuanto le es debido".

Entonces, explicándole las razones de estas diferencias, le hice comprender la injusticia que pretendía despreciándolos en cierto modo. ¿Quién le ha dicho que será el esposo de Sofía, de la que él ignora los sentimientos, cuyo corazón o los padres pueden tener acaso compromisos anteriores, ella que no le conoce y que pudiera ser que no hallare en él una de las conveniencias que pueden hacer feliz a un matrimonio? ¿Ignora él que todo escándalo es para una joven una mancha indeleble, que no se borra ni aun con el casamiento con aquel que la ha causado? ¡Ah!; ¿qué hombre sensible quiere perder a aquella a quien ama?; ¿cuál es el hombre honrado que quiere hacer llorar para siempre a una infortunada la desventura de haberle complacido?

El joven, aterrado con las consecuencias con que le encaro, siempre extremoso en sus ideas, se cree que ya no está lo suficientemente lejos de la residencia de Sofía: dobla el paso para huir más prontamente, mira en torno nuestro para comprobar si ya no somos escuchados; sacrificaría mil veces su dicha por el honor de aquella a quien ama; preferiría más no volverla a ver en su vida que ocasionarle un solo disgusto. Éste es el primer fruto de las preocupaciones que yo he tenido desde su juventud para formarle un corazón que sepa amar.

Se trata pues de encontrar un refugio alejado, pero al alcance. Buscamos y nos informamos, sabemos que a dos leguas extensas existe una ciudad; vamos a buscarla y a alojarnos allí mejor que en los pueblos más cercanos en donde nuestra estancia resultaría sospechosa. Allí es donde llega al fin el nuevo amante, lleno de amor, de esperanza, de alegría y sobre todo de buenos sentimientos; y he aquí la manera cómo, dirigiendo poco a poco su pasión naciente hacia lo que es bueno y honrado, dispongo insensiblemente que todas sus inclinaciones tomen el mismo carácter.

Me acerco al término de mi carrera; lo percibo hace tiempo. Todas las grandes dificultades están vencidas, superados todos los grandes espectáculos, no me queda otro tan penoso como el de cuidar que no se estropee mi obra apresurándome a consumarla. En la incertidumbre de la vida humana, evitemos sobre todo la imprudencia de inmolar el presente al futuro; ésta significa a menudo inmolar lo que es a lo que nunca será. Hagamos al hombre feliz en todas las edades, por temor a que después de muchos cuidados no muera antes de haberlo sido. Ahora bien, si existe un tiempo para gozar de la vida, éste es seguramente al final de la adolescencia, en que las facultades del cuerpo y del alma han adquirido su mayor vigor y en que el hombre, en el centro de su carrera, ve más lejanos los dos términos que le hacen percibir la brevedad. Si la

imprudente juventud se engaña, no es por lo que ella quiere gozarla, es porque busca el goce en donde no existe, y porque aprestándose a un futuro miserable, no sabe ni siquiera usar el momento presente.

Considerad a mi Emilio pasados los veinte años, bien formado, bien constituido de alma y de cuerpo, fuerte, sano, dispuesto, robusto, diestro, lleno de sentido, de razón, de bondad, de humanidad, poseyendo costumbres, gustos, amando lo bello, haciendo el bien, libre del imperio de las pasiones crueles, exento del yugo de la opinión, mas sometido a la ley de la prudencia y dócil a la voz de la amistad; poseyendo todos los talentos útiles y varias facultades agradables, cuidándose poco de las riquezas, llevando sus recursos en el extremo de sus brazos, y no teniendo temor de carecer de pan sea cual sea lo que le suceda. Hele aquí ahora embriagado por una pasión naciente, cuando su corazón se abre a los primeros fuegos del amor: sus dulces ilusiones le crean un nuevo universo de delicias y de gozos; ama un objeto amable, y más amable todavía por su carácter que por su persona; espera, aguarda un retorno que él cree merecido.

Por la relación de los corazones, por el concurso de los honrados sentimientos, se ha formado su primera inclinación, la cual debe ser dureza. Él se entrega con confianza, incluso con razón al delirio más encantador, sin temor, sin pesar, sin remordimientos, sin otra inquietud que aquella de la que es inseparable el sentimiento de la felicidad. ¿Qué puede faltarle a la suya? Ved, buscad, imaginad lo que es necesario todavía a ella y lo que se pueda acordar a lo que ya existe. Él reúne todos los bienes que se puedan lograr a la vez, y a ellos no puede agregar ningún otro sino a expensas de un tercero; es dichoso tanto como un hombre puede serlo. ¿Iré yo en este momento a abreviar un destino tan venturoso? ¿Iré a turbar una voluptuosidad tan pura? ¡Ah, todo el premio de la vida está en su felicidad preferida! ¿Qué podría concederle que valiese tanto como lo que yo le hubiese quitado? Incluso colmando su dicha, destruirla su mayor encanto. Esta dicha suprema es cien veces más dulce en la espera que en la obtención se goza de ella más cuando se la aguarda que cuando se la disfruta. ¡Oh buen Emilio, ama y sé amado!; goza durante mucho tiempo antes de poseer; goza a la vez del amor y de la inocencia; forma tu paraíso en la tierra en espera del otro: yo no abreviaré este feliz período de tu vida; hilaré para ti el encanto mismo; lo prolongaré lo más que sea posible. ¡Ay!; se impone, sin embargo, que él acabe y que esto suceda en breve tiempo; pero al menos procuraré que persista siempre en tu memoria y de que no te arrepientas nunca de haberlo gustado.

Emilio no olvida que tenemos que hacer restituciones. Tan pronto como están dispuestos, tomamos los caballos y marchamos presurosos; por esta vez, al partir quisiera él haber llegado. Cuando el corazón se abre a las pasiones, se abre al tedio de la vida. Si yo no he perdido mi tiempo, toda la suya no transcurrirá de este modo.

Desgraciadamente, la ruta está muy cortada y el país difícil. Nos extraviamos, él se da cuenta antes que nadie de esto y, sin impacientarse, sin lamentarse, pone toda su atención en volver a hallar su camino-yerra durante algún tiempo antes de reconocerse y siempre conserva la misma sangre fría. Esto no significa nada para vosotros, pero significa mucho para mí que conozco su natural colérico: veo el fruto de los cuidados que me he tomado desde su infancia, endureciéndole en los golpes de la necesidad.

Al fin llegamos. La recepción que se nos hace es mucho más sencilla y más complaciente que la primera vez; somos ya antiguos conocidos. Emilio y Sofía se saludan con alguna cortedad y no se hablan siempre; ¿qué habrían de decirse en nuestra presencia? La conversación que ellos necesitan no tiene necesidad de testigos. Nos paseamos por el jardín, el jardín que tiene por parterre un huerto muy extenso; por parque un vergel cubierto de altos y bellos árboles frutales de toda clase, cortado en diversos sentidos por alegres arroyuelos y plantabandas llenas de flores. "¡Qué bello lugar!", grita Emilio lleno de su Homero y siempre entusiasmado, yo creo ver el jardín de Alcinoüs. La joven quisiera saber lo que es este Alcinoüs, y la madre llegó a preguntarlo. "Alcinoüs –les dije– fue un rey de Corcira, cuyo jardín, descrito por Homero, es criticado por las gentes de gusto, como demasiado sencillo y demasiado poco presentable"¹⁸. Este Alcinoüs

¹⁸ "Saliendo del palacio, se halla un extenso jardín de cuatro fanegas, recinto cerrado en derredor, plantado de grandes árboles floridos, que producen peras, granadas y otras de las más bellas especies: de higueras con dulce fruto y de olivos verdequeantes. Jamás, durante todo el año, quedaban estos bellos árboles sin frutos: tanto en invierno como en verano, el suave impulso del viento del oeste hacia a la vez cuajarse a los unos y madurar a los otros. Se ve a la pera y a la manzana envejecer y secar sobre su árbol, al higo sobre la higuera y a la uva sobre la cepa. La viña inagotable no cesa de llevar nuevas uvas: se secan y confitan las unas al sol sobre una era, en tanto que se vendimian otras, dejando sobre la planta aquellas que están todavía en flor, en agraz o comenzando a ennegrecer. A uno de los extremos, dos cuadrados bien cultivados y cubiertos de flores todo el año, van adornados con dos fuentes, de las cuales una vierte en todo el jardín, y la otra, después de haber atravesado el palacio, es conducida a un edificio elevado en la ciudad para surtir a los ciudadanos."

tenía una hija amable, la que la víspera de recibir un extranjero la hospitalidad de su padre, pensó que tendría muy pronto un marido". Sofía cortada, enrojeció; bajó los ojos; se mordió la lengua; no podemos imaginarnos una confusión semejante. El padre que se complacía en aumentarla, tomó la palabra y dijo que la joven princesa lavaba ella misma la ropa en el río. "¿Creéis, prosiguió, que ella desdeña el tocar las servilletas sucias, diciendo que huelen a suciedad? » Sofía, que recibía el golpe, se excusó con vivacidad, olvidando su timidez natural. Su papá sabía bien que toda la ropa menuda no hubiese tenido otra lavandera que ella, si se le hubiese dejado intervenir¹⁹, y que ella lo hubiese hecho incluso con placer si así se le hubiese ordenado. Durante estas palabras me miró de soslayo, con una inquietud ante la cual no pude contener la risa, porque leía en su ingenuo corazón las alarmas que la obligaban a hablar. Su padre tuvo la crueldad de resaltar este atolondramiento preguntándole, con un tono burlón, con qué motivo ha hablado de ella en esa ocasión, y qué es lo que tiene de común ella con la hija de Alcinoüs. Vergonzosa y temblorosa, no se atrevió a mirar a nadie. ¡Joven encantadora!, ya no es tiempo de fingir: os habéis declarado a pesar vuestro.

Muy pronto fue olvidada esta breve escena, o al menos así pareció; muy felizmente para Sofía, Emilio es el único que no ha comprometido nada de ello. Continuó el paseo, y nuestros jóvenes, que al principio iban junto a nosotros, acusaron el trabajo que les costaba amoldarse a la lentitud de nuestro caminar; insensiblemente nos precedieron, se aproximaron y se arrimaron al fin, y los vimos bastante lejos delante de nosotros. Sofía parecía atenta y sosegada; Emilio hablaba y gesticulaba con fuego; no parecía que les aburriese la conversación. Al cabo de una hora larga regresamos; se les llamó, llegaron, pero lentamente a su vez, y comprendimos cómo aprovechaban el tiempo. Al fin, y de pronto, cesó su conversación antes de que estuviesen a distancia para oírlos, y doblaron el paso para reunirse con nosotros. Emilio nos abordó con un aspecto abierto y acariciador; sus ojos brillaban de alegría; sin embargo, los volvió con algo de inquietud hacia la madre de Sofía para comprobar cómo la recibía. Sofía no mostraba, ni con mucho, un aspecto tan desembarazado, al acercarse, parecía muy confusa al verse junto a un hombre joven, ella que tan a menudo se encontró con otros sin mostrarse cohibida y sin que jamás lo considerase desmerecedor. Se apresuró a correr hacia su madre un tanto sofocada, diciéndole algunas palabras que no tenían mucho significado, dando la sensación de haber estado allí desde hacía mucho tiempo

En la serenidad que se advertía en los rostros de estos amables niños, comprobamos que su conversación ha librado de un gran peso sus jóvenes corazones. No están menos reservados el uno hacia el otro, pero su reserva es menos embarazosa; ella sólo deriva del respeto de Emilio, de la modestia de Sofía, y de la honestidad de ambos. Emilio se atreve a dirigirle algunas palabras; a veces ella se atreve a responder, pero jamás abre la boca para hacerlo sin mirar a los ojos de su madre. El cambio que parece más sensible en ella se refiere a mí. Manifiesta una consideración más diligente, me mira con interés, me habla afectuosamente, está atenta a cuanto puede halagarme; yo veo que me honra con su estimación y que no le es indiferente obtener la mía. Comprendo que Emilio le ha hablado de mí; se diría que ya han maquinado el ganarme: sin embargo, no es así, y la misma Sofía no se gana tan a prisa. Él tendrá acaso más necesidad de mi favor cerca de ella, que del suyo cerca de mí. ¡Pareja encantadora!...; pensando que el corazón sensible de mi joven amigo me ha hecho entrar con mucho en su primera conversación con su amada, yo gozo del premio de mi trabajo; su amistad me lo ha pagado todo.

Se reiteran las visitas. Son más frecuentes las conversaciones entre nuestros jóvenes. Emilio, ebrio de amor, cree ya alcanzar su felicidad. Sin embargo, no logra la confesión formal de Sofía ella le escucha y no le dice nada. Emilio conoce toda su modestia; tanta prevención le asombra un tanto; comprende que no está mal respecto a ella; sabe que son los padres quienes casan a los hijos, y supone que Sofía espera orden de sus padres y solicita el permiso para requerirla; ella no se opone a esto. Él me habla de ello; hablo en su nombre incluso en su presencia. ¡Qué sorpresa para él el conocer que Sofía depende de ella sola, y que para hacerle venturoso no tiene más que quererlo! Comienza a no comprender nada de su conducta, disminuye su confianza, se alarma y se ve menos avanzado que pensaba estarlo. y es entonces cuando el amor más tierno emplea su lenguaje más emotivo para doblegarla.

Tal es la descripción del jardín real de Alcinoüs, en el séptimo libro de *La odisea*: jardín en el que, para vergüenza de este viejo soñador de Homero y de los príncipes de su tiempo, no se ven ni encañados, ni estatuas, ni cascadas, ni césped.

¹⁹ Confieso que sé, en cierto modo, por la madre de Sofía, que ésta no le ha dejado que se estropeen en el jabón manos tan suaves como las suyas, y que con tanta frecuencia debe besar Emilio.

Emilio no está hecho para adivinar lo que le estorba, si no se lo dice, no lo sabrá nunca, y Sofía es demasiado orgullosa para decírselo. Las dificultades que le detienen provocarían el interés de otra. Ella no ha olvidado las lecciones de sus padres. Es pobre; Emilio es rico, y ella lo sabe. ¡Cuánto necesita él hacerse estimar de ella! ¡Qué mérito no le es necesario para borrar esta desigualdad! Pero ¿cómo va a pensar él en semejantes obstáculos?; ¿sabe Emilio que es rico?; ¿se digna siquiera informarse de ello? Gracias al cielo, no tiene ninguna necesidad de saberlo, y sabe ser caritativo sin esto. El bien que realiza lo extrae de su corazón y no de su bolsa. Otorga a los desgraciados su tiempo, sus cuidados, sus afectos, su persona; y, en la estimación de sus caridades, apenas si se atreve a contar para algo el dinero que distribuye a los indigentes.

No sabiendo a qué atribuir su desgracia, la atribuye a su propia culpa, pues ¿quién se atrevería a acusar de capricho al objeto de sus adoraciones? La humillación del amor propio aumenta los pesares del amor lastimado. Él no se acerca ya a Sofía con esa amable confianza de un corazón que se siente digno del suyo, se muestra lastimado y tembloroso delante de ella. No espera ya captarla por la ternura, busca doblegarla por la compasión. Algunas veces se relaja su paciencia y está pronto a sustituirla el despecho. Sofía parece presentir su cólera y le mira. Esta sola mirada le desarma y le intimida y él queda más sumiso que antes.

Alterado por esta resistencia obstinada y este invencible silencio, derrama su corazón en el de su amigo. En él deposita los dolores de ese corazón colmado de tristeza; implora su ayuda y sus consejos. "¡Qué impenetrable misterio! Ella se interesa por mi suerte, yo no puedo dudarle: lejos de evitarme, se entretiene conmigo; cuando yo llego, ella exterioriza la alegría, y el pesar cuando me marcho; recibe con bondad mis cuidados y parecen complacerle mis servicios, se digna darme sus pareceres e incluso algunas veces órdenes. Sin embargo, rechaza mis solicitudes, mis ruegos; cuando me atrevo a hablar de unión, me impone imperiosamente silencio; y, si agrego alguna palabra, me abandona al instante. ¿Por qué extraña razón quiere que yo esté en ella sin querer oír hablar de estar en mí? Vos, al que ella honra, al que ama, y al que no se atreverá a hacer callar, habladle, hacedle hablar; servid a vuestro amigo, coronad vuestra obra; no hagáis que sean funestos vuestros cuidados para vuestro alumno: ¡ah, lo que él tiene de vos, causará su miseria si no consumáis su felicidad!"

Hablo a Sofía y le arranco con un poco de trabajo un secreto que yo sabía antes de que ella me lo hubiera dicho. Obtengo muy difícilmente el permiso de informar a Emilio de ello: al fin lo obtengo; y hago uso de él. Esta explicación le pone en una extrañeza de la cual no puede volver. No comprende nada de esta delicadeza; no imagina que unos escudos de más o de menos afecten al carácter y al mérito. Cuando le hago comprender que forman los prejuicios, él se pone a reír, y, transportado de alegría, quiere partir al instante para desgarrarlo todo, rechazarlo todo, renunciar a todo, para tener el honor de ser tan pobre como Sofía y hacerse digno de ser su esposo. "¿Y es que –dije yo deteniéndole y riéndome a mi vez de su impetuosidad– no madurará esta joven cabeza? Después de haber filosofado durante toda vuestra vida, ¿no aprenderéis jamás a razonar? ¿Cómo no veis que consumando vuestro insensato proyecto vais a empeorar vuestra situación y hacer a Sofía más intratable? Si es una pequeña ventaja tener algunos bienes más que ella, sería una ventaja mayor el habérselos sacrificado todos; y si su orgullo no puede resolverse a concederos la primera obligación, ¿cómo va a resolverse a concederos la otra? Si ella no puede soportar que pueda un marido reprocharle el haberla enriquecido, ¿soportaría el que pudiese reprocharle el haberse empobrecido por ella? ¡Ah, desgraciado!; ¡temblad de que pueda sospechar que hayáis tenido este proyecto! Por el contrario, volveos ahorrativo y cuidadoso por el amor hacia ella, por temor a que os acuse de querer conseguirla por la astucia y de querer sacrificarle voluntariamente lo que perderíais por negligencia.

»¿Creéis en el fondo que le causen temor los muchos bienes y que sus oposiciones procedan precisamente de las riquezas? No, querido Emilio, ella tiene una causa más sólida y más grave en el efecto que producen estas riquezas en el alma del poseedor. Ella sabe que los bienes de fortuna son siempre preferidos a todo por aquellos que los poseen. Todos los ricos cuentan el oro antes que el mérito. En la acción común del dinero y de los servicios comprueban siempre que éstos no pagan jamás aquél, y piensan que se les debe además cuando se ha pasado la vida sirviéndoles, comiendo su pan. ¿Qué tenéis que hacer entonces, ¡oh Emilio!, para tranquilizarla en cuanto a sus temores? Hacedos conocer bien de ella, lo que no es cuestión de un día. Demostradle con los tesoros de vuestra noble alma, con qué rescatar aquellos otros de que tenéis la gracia de ser partícipe. A fuerza de constancia y de tiempo, superad su resistencia; a fuerza de sentimientos elevados y generosos, forzadla a olvidar vuestras riquezas. Amadla, servidla, servid a sus respetables padres. Demostradle que estos cuidados no son el efecto de una pasión alocada y pasajera, sino principios indelebles, grabados en el fondo de vuestro corazón. Honrad dignamente el mérito ofendido por la fortuna: éste es el único medio de reconciliarla con el mérito que ella ha favorecido".

Se concibe qué transportes de alegría engendraron en el joven este discurso, cuánta confianza y esperanza le concedieron, cuánto se felicita su honrado corazón de tener que hacer, para complacer a Sofía, todo lo que haría por sí mismo aunque no existiese Sofía o no estuviese enamorado de ella. Por poco que se haya comprendido su carácter, ¿quién es el que no imaginaría su conducta en esta ocasión?

Vedme convertido en el confidente de dos buenas personas y en el mediador de sus amores. ¡Bello empleo para un preceptor! Nada más hermoso podía yo hacer en mi vida, que me elevase tanto a mis propios ojos, y que me dejase tan contento de mí mismo. Además, este empleo no deja de tener sus placeres: yo no soy malquisto en la casa; en ella se me confía el cuidado de tener en orden a los dos enamorados: Emilio, siempre temblando por disgustarme, no fue nunca tan dócil. La pequeña persona me abruma con atenciones respecto a las cuales no soy engañado y de las que sólo tomo para mí aquello que me corresponde. De este modo es como ella se indemniza indirectamente del respeto que siente hacia Emilio. Ella le hace en mí mil tiernas caricias, que antes de hacérselas a él, preferiría morir; y él, que sabe que no quiero perjudicar sus intereses está encantado de mi buena inteligencia con ella. Se consuela cuando ella rehúsa su brazo en el paseo y lo hace para preferir el mío. Se aleja sin murmurar, estrechándome la mano y diciéndome al oído: "Amigo, habladle por mí." Nos sigue con la mirada interesada, se afana por leer nuestros sentimientos en nuestros rostros y por interpretar nuestras palabras mediante nuestros gestos; sabe que nada de lo que se dise entre nosotros le es indiferente. Buena Sofía, ¡cómo vuestro corazón sincero está a su gusto, cuando, sin ser escuchada por Telémaco, podéis conversar con su mentor! ¡Con qué amable franqueza le dejáis leer en ese tierno corazón todo cuanto en él sucede! ¡Con que placer le mostráis toda vuestra estimación por su alumno! ¡Con qué emotiva ingenuidad le dejáis penetrar en los sentimientos más dulces! ¡Con qué fingida cólera despedís al importuno cuando la impaciencia le fuerza a interrumpiros! ¡Con qué encantador despecho le reprocháis su indiscreción cuando él viene a impedir el decir bien de él, de comprenderle, y de sacar siempre en mis respuestas alguna nueva razón para amarle.

Situado de esta manera para hacerse sufrir como amante declarado, Emilio hace valer para ello todos sus derechos- habla, apremia, solicita, importuna, poco le importa que se le hable duramente, que se le maltrate, con tal de que él se haga escuchar. Al fin, logra, no sin trabajo, que Sofía por su parte quiera tomar abiertamente sobre él la autoridad de una amada, que le prescribe lo que debe hacer, que le ordena en lugar de rogar, que acepta en lugar de agradecer, que le regula el número y el tiempo de las visitas, que le prohíbe venir hasta tal día y de permanecer pasada tal hora. Todo esto no se hace por juego, sino muy seriamente, y si ella acepta estos derechos con trabajo, lo utiliza con un rigor que reduce con frecuencia al pobre Emilio al pesar de haberlos concedido. Pero sea lo que sea lo que ella ordene, no replica; y con frecuencia, partiendo para obedecer, me mira con los ojos llenos de alegría para decirme: "Ved cómo ella se ha adueñado de mí" Sin embargo, la orgullosa lo observa sin levantar los ojos, y sonrío en secreto por el orgullo de su esclavo.

¡Albano y Rafael, prestadme el pincel de la voluptuosidad! ¡Divino Milton, enseñad a mi tosca pluma a describir los placeres del amor y de la inocencia! Pero no; esconded vuestras artes engañosas ante la santa verdad de la naturaleza. Poseed solamente corazones sensibles, almas honradas luego dejad errar vuestra imaginación sin constreñirla sobre los transportes de dos jóvenes amantes, quienes, bajo las miradas de sus padres y de sus guías, se entregan sin turbación a la dulce ilusión que les lisonjea, y, en la embriaguez de los deseos, avanzando lentamente hacia el término, entrelazan de flores y de guirnaldas el lazo venturoso que debe unirlos hasta la tumba. Tantas imágenes encantadoras me embriagan a mí mismo; las reúno sin orden y sin continuidad; el delirio que me causan me impide trabarlas. ¡Oh! ¿Quién es el que posee un corazón y no acierta a realizar en sí mismo el cuadro delicioso de las diversas situaciones del padre, de la madre, de la hija, del preceptor, del alumno, y del concurso de los unos y de los otros a la unión de la más encantadora pareja en la que el amor y la virtud pueden generar la felicidad?

Quizá ahora, obligado verdaderamente a complacer, comienza Emilio a percibir el premio de las agradables facultades de que ha sido dotado. A Sofía le gusta cantar, y él canta con ella; él hace más, le enseña la música. Ella es viva y ligera, le gusta saltar y él danza con ella; cambia sus saltos en pasos y la perfecciona. Estas lecciones son encantadoras, las anima la alegría alocada, que endulza el tímido respeto del amor: le está permitido a un amante el dar estas lecciones con delite; le está permitido ser el maestro de su maestra.

Poseían un viejo clavecín muy estropeado; Emilio lo arregla y lo afina es constructor, guitarrero, así como carpintero; tuvo siempre como máxima el aprender a prescindir de la ayuda de los demás en todo cuanto podía realizar por sí mismo. La casa está en una situación pintoresca y saca de ella diferentes vistas en las cuales pone algunas veces Sofía la mano y con las que adorna el gabinete de su padre. Los cuadros no están dorados ni tienen necesidad de estarlo. Viendo dibujar a Emilio. imitándole en ello, ella se perfecciona con su ejemplo, cultiva todas sus aptitudes y su encanto las embellece todas. Su padre y su madre recuerdan

su antigua opulencia volviendo a ver brillar en derredor de ellos las bellas artes; el amor ha adornado toda su casa; él sólo ha hecho que reinen sin gastos y sin trabajo los mismos placeres que ellos sólo reunían en otro tiempo a fuerza de dinero y de tedio.

Como el idolatra enriquece con los tesoros que él estima a! objeto de su culto, y adorna sobre el altar al dios que adora. el amante se complace en ver perfecta a su amada, y sin cesar quiere agregarla nuevos ornamentos. Ella no los necesita para complacerle, pero él sí para adornarla; éste es un nuevo homenaje que él cree rendirle, es un nuevo interés que él agrega al placer de contemplarla. Le parece que nada bello ocupa su lugar sino cuando adorna a la suprema belleza. Es un espectáculo a la vez emotivo y risible el contemplar a Emilio avivándose por enseñar a Sofía todo cuanto él sabe, sin consultar si lo que él quiere enseñarle es de su gusto o le conviene. Él le habla de todo, le explica todo con un apresuramiento pueril; cree que él no tiene que ser profuso y que al instante ella le comprenderá; de antemano se figura el placer que sentirá de razonar y filosofar con ella; considera como inútil todo lo adquirido que no pueda exhibir ante su mirada y casi se ruboriza de conocer alguna cosa que ella ignora.

Lo tenemos, pues, dando una lección de filosofía, de física, de matemáticas, de historia, de todo en una palabra. Sofía se presta con placer a su celo y procura aprovecharse. ¡Qué contento se muestra Emilio cuando puede dar sus lecciones arrodillado ante ella! Cree ver los cielos abiertos. Sin embargo, esta situación, más molesta para la escolar que para el maestro, no es la más favorable para la enseñanza. En esa situación no se sabe qué hacer con los ojos propios, para evitar a aquellos que los persiguen, ni si cuando se encuentran la lección es más eficaz.

El arte de pensar no es ajeno a las mujeres, pero ellas no deben hacer otra cosa que aflorar las ciencias del razonamiento. Sofía concibe todo y no retiene gran cosa. Sus mayores progresos están en la moral y en las cosas del gusto; en cuanto a la física, no retiene sino alguna idea de las leyes generales y del sistema del mundo. Algunas veces en el curso de sus paseos, al contemplar las maravillas de la naturaleza, se atreven a elevarse hasta su autor sus corazones inocentes y puros: no temen su presencia y se explayan conjuntamente ante él.

¡Cómo es posible que dos amantes en la flor de la edad emplean su tiempo en hablar de religión! ¡Pasan las horas diciéndose su catecismo! ¿Para qué sirve degradar lo que es sublime? Si, no hay duda, ellos lo dicen ilusionados por lo que los atrae: se ven perfectos, se aman, se entretienen con entusiasmo en todo lo que concede un premio a la virtud. Los sacrificios que ellos le dedican se la hacen querida. En los transportes que es necesario dominar, vierten juntos algunas veces lágrimas más puras que el rocío del cielo y estas dulces lágrimas constituyen el encanto de sus vidas: ambos se encuentran en el delirio más encantador que hayan experimentado almas humanas. Las mismas privaciones se unen a su dicha y los sacrificios les honran a sus propias miradas. ¡Hombres sensuales, cuerpos sin alma, un día conocerán ellos vuestros placeres, y lamentarán toda su vida el tiempo feliz en que les fueron negados!

A pesar de esta buena inteligencia, no deben olvidarse algunas disensiones, incluso querellas; la amada no está exenta de capricho, ni el amado de orgullo; pero estas ligeras tempestades pasan rápidamente y no hacen otra cosa que reafirmar la unión- incluso la misma experiencia enseña a Emilio a no seguir temiéndolas; las reconciliaciones son siempre más ventajosas que molestas las desavenencias. El fruto de la primera le hace esperar lo mismo de las demás; se engaña; pero, en fin si él no recibe siempre un beneficio tan sensible, gana siempre al ver confirmado por Sofía el interés sincero que ella tiene en su corazón. Se desea conocer en qué consiste, pues, este beneficio. Yo consiento en ello tanto más gustoso cuanto que este ejemplo me dará ocasión para exponer una máxima muy útil y para combatir una muy funesta.

Emilio ama y no es en esto temerario; la cosa se concibe todavía mejor, dado que Sofía no es joven que le consienta familiaridades. Como la prudencia tiene sus límites, se la consideraría más bien de excesiva dureza que excedida de indulgencia; y su padre mismo teme algunas veces que su orgullo degenera en altanería. En las conversaciones más secretas, Emilio no se atrevería a solicitar el más liviano favor, ni siquiera parecer aspirar a él; y cuando durante el paseo ella quiere pasar su brazo bajo el suyo, gracia que ella no le deja trocar en derecho legítimo, apenas si algunas veces se atreve, suspirando, a apretar este brazo contra su pecho. No obstante, luego de una prolongada retención, se atreve a besar furtivamente su vestido; y varias veces es bastante venturoso porque ella disimula el haberse dado cuenta de ello. Un día en que él desea tomarse más abiertamente la misma libertad, ella exterioriza su oposición. Obstínase él, se irrita ella y el despecho le dicta algunas palabras violentas; Emilio no las encaja sin réplica: el resto del día andan enfadados y se separan muy descontentos.

Sofía está disgustada. Su madre es su confidente y, ¿cómo iba a ocultarle su pesar? Ésta es su primera desavenencia, y una disensión de una hora, ¡es una cuestión tan molesta! Ella se arrepiente de su falta, su madre le permite repararla, su padre se lo ordena.

Al día siguiente, inquieto, Emilio llega más pronto que de ordinario. Sofía se halla en el tocador de su madre, el padre está también en las misma habitación: Emilio entra con respeto, pero con aire triste. Apenas el padre y la madre le han saludado, cuando se vuelve Sofía, y, ofreciéndole la mano, le pregunta con tono acariciador cómo se encuentra. Es evidente que esta linda mano sólo se adelanta de este modo para ser besada: él la recibe y no la besa. Sofía, un tanto vergonzosa, la retira con tan buena gracia como le es posible. Emilio, que no está hecho a la manera de las mujeres, y que no conoce para qué sirve el capricho, no lo olvida fácilmente y no se calma tan aprisa. El padre de Sofía, viéndola cohibida, acaba de desconcertarla con bromas. La pobre joven, confusa, humillada, no sabe qué hacer; daría todo lo del mundo por atreverse a llorar. Cuanto más se reprime, más se ensancha su corazón, al fin se le desprende una lágrima, a pesar suyo. Emilio ve esta lágrima, se precipita a sus plantas, le toma la mano, la besa varias veces con enajenamiento. "A fe mía, que sois demasiado bueno –dijo el padre estallando en risa–; yo tendría menos indulgencia con todas estas locas y castigaría la boca que me hubiera ofendido. Emilio, enardecido por estas palabras, lanzó una mirada suplicante a la madre, y, creyendo ver una señal de consentimiento, se acercó tembloroso al rostro de Sofía, quien volvió la cabeza y, para salvar su boca, presentó una mejilla de rosas. La indiscreta no se contentó, se resistió débilmente. ¡Qué beso, si no hubiese sido dado bajo las miradas de una madre! Severa Sofía, tened cuidado, se os solicitará con frecuencia besar vuestro vestido, a condición de que os neguéis a ello algunas veces.

Después de este castigo ejemplar, el padre salió para alguna gestión; la madre envió a Sofía con algún pretexto, luego dirigió la palabra a Emilio y le dijo con tono serio:

"Señor yo creo que un joven también nacido, tan bien educado como vos, que posee sentimientos y costumbres, no querrá pagar con el deshonor de una familia la amistad que ella le ha concedido. No soy ni huraña ni mojigata; conozco lo que es necesario consentir a la alocada juventud; y lo que he soportado ante mi vista os lo demuestra bastante. Consultad a vuestro amigo respecto a vuestros deberes: él os dirá la diferencia que existe entre los juegos que la presencia de un padre y de una madre autorizan y las libertades que lejos de ellos se toman abusando de su confianza, y tronchando en cepos los mismos favores que, ante sus miradas, sólo son inocentes. El os dirá, señor, que mi hija no ha cometido otro error con vos que el de no haber comprendido desde la primera vez lo que no podía soportar jamás; él os dirá que todo lo que toma como favor en favor se convierte, y que es indigno de un hombre de honor abusar de la sencillez de una joven para usurpar en secreto las mismas libertades que ella puede soportar ante todo el mundo. Pues se conoce cuanto la decadencia puede tolerar en público; pero se ignora o se detiene en la sombra del misterio a aquel que se constituye el único juez de sus caprichos".

Después de esta justa reprimenda, dirigida más bien a mí que a mi alumno, nos abandonó la prudente madre, dejándome admirado de su rara prudencia, capaz de perdonar en cierta manera el que delante de ella se bese la boca de su hija, y que se espanta si se atreven a besar su vestido en forma particular. Meditando sobre la locura de nuestros preceptos, que siempre sacrifican a la decencia la verdadera honestidad, yo comprendo por qué el lenguaje es tanto más casto cuando los corazones están más corrompidos, y por qué los procedimientos son tanto más exactos cuanto más deshonestos lo son.

Penetrando en esta ocasión el corazón de Emilio de los deberes que yo hubiera debido dictarle antes, me vino a la mente una nueva reflexión que acaso hace más honor a Sofía y que me guardé, sin embargo, de comunicársela a su amado; y es la que hace evidente que este supuesto orgullo que se le reprocha, no es sino una precaución muy prudente para garantizarse de ella. Teniendo la desdicha de disponer de un temperamento ardiente, ella reduce la primera chispa y la aleja con toda su potencia. No es por orgullo por lo que resulta severa, sino por humildad. Ella toma sobre Emilio el imperio que teme no tener con Sofía, se sirve del uno para combatir a la otra. Si poseyese mayor confianza, sería menos orgullosa. Apartad este solo punto y, ¿qué joven en el mundo es más fácil y más dulce? ¿Quién es la que soporta más pacientemente una ofensa? ¿Quién es quien teme más causársela a otros? ¿Quién es la que tiene menos pretensiones de toda clase, aparte la virtud? Incluso no es de su virtud de lo que está orgullosa, sino de los medios para conservarla; y cuando ella puede entregarse sin riesgo a la inclinación de su corazón, acaricia incluso a su amado. Pero su discreta madre no da cuenta de todos estos detalles ni a su mismo padre: los hombres no deben saberlo todo.

Lejos siquiera de que ella parezca enorgullecerse de su conquista, Sofía se ha hecho todavía más afable y menos exigente con todo el mundo, excepción hecha del único que produce este cambio. El sentimiento de la independencia no hincha su noble corazón. Ella triunfa con modestia de una victoria que le cuesta su libertad. Tiene el aspecto menos libre y el hablar más tímido desde que no escucha sin ruborizarse la palabra amante; pero el contento penetra a través de su timidez, y este mismo bochorno no es un sentimiento enfadoso, Sobre todo, es con los jóvenes que llegan, con los que se hace más sensible la

diferencia de su conducta Desde que ella ya no los teme, se ha reducido la extrema reserva que mostraba hacia ellos. Decidida en su elección, se muestra sin escrúpulo graciosa a los indiferentes; menos difícil sobre su mérito desde que ya no tiene interés en él, los encuentra siempre bastante amables, como gentes que jamás supondrán nada para ella.

Si el verdadero amor pudiese usar la coquetería, yo creería incluso ver algunas huellas en la forma como se comporta Sofía con ellos en presencia de su amor. Se diría que no contenta con la ardiente pasión con que ella le abrasa mediante una mezcla exquisita de reserva y de caricia, no se cohíbe en irritar esta misma pasión con un tanto de inquietud; se diría que distraendo el intento de sus jóvenes huéspedes, ella destina al tormento de Emilio las gracias de una jovialidad que no se atreve a tener con él: pero Sofía es demasiado atenta, demasiado juiciosa, para atormentarla en verdad. Para temperar este peligroso estimulante, el amor y la honestidad sustituyen a la prudencia: ella sabe alarmarle y tranquilizarle precisamente cuando es necesario, y si algunas veces le inquieta, no le entristece jamás. Perdonemos la preocupación que ella causa al que ama por el temor que siente de que él no quede demasiado enlazado.

Pero ¿qué efecto causará en Emilio este modesto manejo? ¿Será celoso o no lo será? El problema se impone al examen: aunque tales disgresiones entran también en el motivo de mi libro y me alejan un tanto de mi sujeto.

Precedentemente, he hecho ver cómo en las cosas que sólo se mantienen en la opinión, se introduce esta pasión en el corazón del hombre. Pero en amor sucede de modo contrario; entonces los celos parecen mantenerse tan de cerca en la naturaleza, que cuesta mucho trabajo creer que no derivan de ella, y el ejemplo incluso de los animales, entre los cuales varios son celosos hasta el furor, parece establecer sin réplica el sentimiento opuesto. ¿Es la opinión de los hombres la que enseña a los gallos a hacerse pedazos y a los toros a combatirse hasta la muerte?

La aversión hacia todo lo que perturba y combate nuestros placeres es un movimiento natural, esto es incontestable. Hasta cierto punto el deseo de poseer exclusivamente aquello que nos place, se encuentra también en el mismo caso. Pero cuando este deseo, convertido en pasión, se transforma en furor o en una fantasía espantadiza y desazonada llamada celos, entonces es otra cosa; esta pasión puede ser natural o no serlo: es necesario distinguirlas.

El ejemplo sacado de los animales ha sido examinado aquí anteriormente en el *Discurso sobre la desigualdad*; y ahora que yo medito sobre él de nuevo, este examen me parece lo bastante sólido para atreverme a volver a remitir al mismo a los lectores. Solamente agregaré a las distinciones por mí hechas en este trabajo que los celos que proceden de la naturaleza, se atienen mucho a la potencia del sexo. y que, cuando esta potencia es o parece ser limitada, los celos llegan al colmo pues entonces el macho, midiendo sus derechos por sus necesidades, no puede jamás ver a otro macho sino como un concurrente inoportuno. En estas mismas especies, las hembras, obedeciendo siempre al recién llegado, sólo pertenecen a los machos por derecho de conquista, y ocasionan entre ellos constantes combates.

Por el contrario, en las especies en donde uno se une con una, donde el acoplamiento produce una especie de lazo moral, una especie de casamiento, la hembra, perteneciendo por elección suya al macho al que se ha dado, se niega comúnmente a cualquier otro, y el macho, teniendo como garantía de su fidelidad este afecto de preferencia, se inquieta también menos a la vista de los otros machos, y vive más pacíficamente con ellos. En estas especies, el macho comparte el cuidado de los pequeños, y por una de esas leyes de la naturaleza que no se observan sin ternura, parece que la hembra devuelve al padre el afecto que él siente por sus hijos.

Ahora bien, al considerar la especie humana en su simplicidad primitiva, es fácil comprobar, por la potencia limitada del macho y por la temperancia de sus deseos, que está destinado por la naturaleza a contentarse con una sola hembra; lo que se confirma por la igualdad numérica de los individuos de los dos sexos al menos en nuestros climas; igualdad que no tiene lugar. O casi no la tiene, en las especies en que la mayor fuerza de los machos reúne varias hembras para uno solo. Y aunque el hombre no incube como el palomo, y no teniendo pechos para lactar, él quede en este aspecto en el orden de los cuadrúpedos, los niños quedan durante tanto tiempo andando a gatas y débiles, que difícilmente ni la madre ni ellos podrían prescindir del afecto del padre y de los cuidados que son el efecto del mismo.

Todas las observaciones concurren, por tanto, a demostrar que el furor celoso de los machos, en algunas especies de animales, no termina del todo en cuanto al hombre; y la misma excepción de los climas meridionales, en donde la poligamia está establecida, confirma mejor el principio, dado que es de la pluralidad de mujeres de la que procede la tiránica precaución de los maridos, y que el sentimiento de su propia debilidad lleva al hombre a recurrir al constreñimiento para eludir las leyes de la naturaleza.

Entre nosotros, donde estas mismas leyes, en esto menos eludidas, lo son en un sentido contrario y más odioso, los celos tienen su motivación en las pasiones sociales más que en el instinto primitivo. En la mayor parte de los acuerdos de la galantería, el amante odia mucho más a sus rivales que a su querida; si él teme no ser el único escuchado, esto es el efecto de ese amor propio cuyo origen ya he demostrado, y la vanidad padece en él mucho más que el amor. Además, nuestras malaventuradas instituciones han hecho a las mujeres tan disimuladas²⁰, y han encendido tan fuerte sus apetitos, que apenas sí se puede contar con su apego más demostrado, y que ellas no pueden seguir marcando preferencias que tranquilicen respecto al temor de los concurrentes.

En cuanto al amor verdadero, es otra cosa. En el trabajo ya citado he hecho ver cómo este sentimiento no es tan natural como se piensa; y existe gran diferencia entre el dulce hábito que aficiona al hombre a su compañera, y este ardor desenfrenado que embriaga los quiméricos atractivos de un objeto al que ya no ve tal y como es. Esta pasión, que no respira sino exclusiones y preferencias, no difiere en esto de la vanidad, en lo que la vanidad tiene siempre de inicua exigiendo todo y no concediendo nada, en tanto que el amor, dando tanto como exige, es por sí mismo un sentimiento rebosante de equidad. Además, cuanto más exigente es, se resulta más crédulo: la misma ilusión que le causa, le hace fácil a la persuasión. Que el amor es inquieto, la estimación es confiada; y jamás existe en un corazón honrado amor sin estimación, porque nadie ama en lo que él ama sino las cualidades que estima.

Esclarecido lo anterior, se puede afirmar sin temor a equivocarse, la clase de celos de que Emilio será capaz; puesto que apenas esta pasión ha depositado un germen en el corazón humano, su forma es determinada únicamente por la educación. Emilio, enamorado y celoso, no será colérico, suspicaz, desconfiado sino delicado, sensible y temeroso, estará más alarmado que irritado; se decidirá más bien a ganar a su amada que amenazar a su rival, al que apartará, si puede hacerlo, como un obstáculo, sin odiarle como a un enemigo; si él le odia no será por la audacia de disputarle un corazón al que pretende, sino por el peligro real que le hace correr de perderlo; su injusto orgullo no se ofenderá neciamente de que se atrevan a entrar en concurrencia con él; comprendiendo que el derecho de preferencia está únicamente fundado en el mérito, y que el honor está en el éxito, redoblará los cuidados para hacerse amable y probablemente lo logrará. La generosa Sofía, irritando su amor mediante algunas alarmas, sabrá bien regularlas, indemnizándole; y los concurrentes, que únicamente están soportados para ponerle a prueba, no tardarán en ser apartados.

Pero, ¿adónde me he arrastrado insensiblemente yo? Oh Emilio, ¿qué ha sido de ti? ¿Puedo reconocer en ti a mi alumno? ¡Cuán decaído te veo! ¿En dónde se halla ese joven formado tan duramente, que desafiaba los rigores de las estaciones, entregaba su cuerpo a los más rudos trabajos y su alma a las únicas leyes de la prudencia; inaccesible a los prejuicios, a las pasiones; que no amaba nada más que la verdad, que no cedía sino a la razón, y que no tenía en cuenta nada ajeno a él? Ahora, debilitado en una vida ociosa, se deja gobernar por las mujeres; sus diversiones son sus ocupaciones, sus caprichos son sus leyes; una joven es el árbitro de su destino; él se arrastra y se doblega ante ella. ¡El grave Emilio es el juguete de un niño!

Tal es el cambio de las escenas de la vida: cada edad tiene sus resortes que la hacen moverse; pero el hombre es siempre el mismo. A los diez años, se guía por los dulces, a los veinte por una amante, a los treinta por los placeres, a los cuarenta por la ambición, los cincuenta por la avaricia; ¿cuándo corre detrás de la prudencia? ¡Dichosos aquellos que serán conducidos por ella a pesar suyo! ¿Qué importa el guía de que nos sirvamos, dado que todos conducen al mismo objetivo? Los héroes, los mismos sabios, han pagado este tributo a la debilidad humana; y tal que rompió con los dedos los usos, no tuvo por ello menor grandeza humana.

Si queréis extender sobre toda la vida el efecto de una venturosa educación, prolongad durante la juventud los buenos hábitos de la infancia; y, cuando vuestro alumno sea lo que debe ser, haced que sea el mismo en todas las épocas. He aquí el último toque que os queda por dar a vuestra obra. Por esto es por lo que importa dejar un preceptor a los jóvenes: pues además no hay que temer que ellos no sepan hacer el amor sin él. Lo que engaña a los preceptores, y sobre todo a los padres, es que ellos creen que una manera de vivir excluye a otra, y que tan pronto como se es mayor se debe renunciar a todo cuanto se hacía siendo pequeño. Si esto fuese así, no serviría para nada cuidar la infancia, porque el bueno o mal uso que en ella se

²⁰ La especie de disimulo que yo entiendo aquí, es opuesta a la que les conviene y que ellas poseen de la naturaleza; la una consiste en disimular los sentimientos que tienen, y la otra en fingir aquellos que no poseen. Todas las mujeres del mundo pasan su vida haciendo trofeo de su supuesta sensibilidad y nunca aman nada mas que a sí mismas.

hiciera, se desvanecería con ella, y porque tomando modos de vivir completamente diferentes, se adquirirían necesariamente otras formas de pensar.

Como no existen sino grandes enfermedades que logren solución de continuidad en la memoria, no hay nada más que grandes pasiones que lo logren en las costumbres. Aunque nuestros gustos y nuestras inclinaciones cambien, este cambio, algunas veces bastante brusco, se suaviza por los hábitos. En la sucesión de nuestras inclinaciones, como en una buena matización de colores, el hábil artista debe hacer los pasajes imperceptibles, confundir y mezclar las tintas, y, si alguna no resalta, extender varias sobre todo su trabajo. Esta regla está confirmada por la experiencia; las personas inmoderadas cambian todos los días de afecto, de gustos, de sentimientos, y sólo tienen por toda constancia el hábito del cambio; pero el hombre regulado vuelve siempre a sus antiguas prácticas, y no pierde ni aun en su vejez el gusto por los placeres que amaba cuando niño.

Si hacéis que pasando a una nueva edad los jóvenes no sientan desprecio hacia la que ha precedido, que contrayendo nuevos hábitos no abandonen los antiguos, y que ellos amen siempre el realizar aquello que está bien, sin consideración al tiempo en que lo han iniciado, entonces solamente habréis salvado vuestra obra y estaréis seguros de ellos hasta el fin de sus días pues la revolución más de temer es la de la edad sobre la que veláis ahora. Cuando se la lamenta siempre, se pierden difícilmente en la continuidad los gustos que de ella se han conservado; por el contrario, cuando son interrumpidos, no se los recobra en la vida.

La mayor parte de los hábitos que creéis hacer contraer a los niños y a los jóvenes, no son verdaderos hábitos, porque no los han adquirido sino por la fuerza, y porque, siguiéndolos a pesar suyo, no esperan sino la ocasión para librarse de ellos. No se adquiere el gusto de estar en prisión a la fuerza y permanecer en ella; entonces, el hábito, lejos de disminuir la aversión, la aumenta. No sucede así a Emilio, quien, no habiendo hecho nada en su infancia sino voluntariamente y con placer, sólo hace, continuando su actuación del mismo modo siendo hombre, que agregar el imperio del hábito a las dulzuras de la libertad. La vida activa, el trabajo de los brazos, el ejercicio, el movimiento, le han llegado a ser de tal modo necesarios, que no podría renunciar a ellos sin sufrir. Reducirle de golpe a una vida muerta y sedentaria sería aprisionarle, encadenarle manteniendo en un estado violento y constreñido; yo no dudo de que su humor y su salud no quedasen con ello igualmente alterados. Apenas puede respirar a su gusto en una cámara bien cerrada; le es necesario el aire libre, el movimiento, el cansancio. Arrodillado incluso ante Sofía, no puede impedir el mirar algunas veces al campo con el rabillo del ojo, y desear recorrerlo con ella. Permanece cuando es necesario permanecer, pero está inquieto, agitado, parece debatirse; permanece porque está en los hierros. He aquí pues, vais a decir, las necesidades a las cuales le he sometido, las sujeciones que le he dado y todo esto es cierto; le he sometido al estado de hombre.

Emilio ama a Sofía; pero ¿cuáles son los primeros encantos que le han atraído? La sensibilidad, la virtud, el amor a las cosas honestas. Al amar este amor en su amada, ¿hubiera perdido para sí mismo?; ¿a qué precio a su vez se ha puesto Sofía? Al de todos los sentimientos que son naturales al corazón de su amante: la estimación de los verdaderos bienes, la frugalidad, la sencillez, el generoso desinterés, el menosprecio del fasto y de las riquezas. Emilio poseía estas virtudes antes de que el amor se las hubiese impuesto. ¿En qué ha cambiado verdaderamente Emilio? Él posee nuevas razones para ser el mismo; éste es el único punto en donde es diferente de lo que era.

Yo no imagino que leyendo este libro con alguna atención pueda nadie creer que todas las circunstancias de la situación por que él ha pasado hayan sido reunidas de este modo en torno suyo por azar. ¿Es por azar que mientras las ciudades facilitan tantas jóvenes amables, la que a él le agrada sólo se encuentre al fondo de un retiro alejado? ¿Es por azar que él la encuentre? ¿Es por casualidad que ellos se convengan? ¿Es por azar que no puedan alojarse en el mismo lugar? ¿Es por azar que no encuentre otro refugio que uno alejado de ella? ¿Es por azar que él la vea tan raramente y que se vea forzado a comprar con tantas fatigas el placer de verla algunas veces? Diréis que él se afemina. Por el contrario, se endurece; es preciso que sea tan robusto como yo le he hecho, para resistir a las fatigas que Sofía le hace soportar.

Se aloja a dos largas leguas de ella. Esta distancia es el fuelle de la fragua; por ella valorizo los rasgos del amor. Si ellos se alojasen puerta a puerta, o él pudiese ir a verla cómodamente sentado en una carroza, la amaría a su gusto, la amaría en parisién. ¿Hubiese querido Leandro morir por Hero si no le hubiese separado de ella el mar? Lector, ahorradme las palabras; si estáis hecho para comprenderme, seguiréis bien mis reglas en mis detalles.

Las primeras veces que fuimos a ver a Sofía, utilizamos caballos para ir más a prisa. Hallamos cómodo este procedimiento, y a la quinta vez continuamos utilizando los caballos. Éramos esperados; a más de una media legua de la casa, nos dimos cuenta de la gente en el camino. Emilio observaba, le latía el corazón, se acercó, reconoció a Sofía, se precipitó de su caballo, y partió, voló hasta los pies de la amable

familia. A Emilio le agradan los hermosos caballos; el suyo es vivo, se siente libre, se escapa a través de los campos: yo le sigo, lo alcanzo con trabajo y lo conduzco. Desgraciadamente Sofía siente miedo de los caballos y yo no me atrevo a acercarlo a ella. Emilio no ve nada, pero Sofía le advierte al oído respecto al trabajo que ha dejado que tome su amigo. Emilio acude todo vergonzoso, coge los caballos, queda detrás: es justo que a cada uno le llegue su turno. Él parte el primero para desembarazarse de nuestras monturas, como por ello deja a Sofía detrás de él, ya no sigue encontrando en el caballo un vehículo tan cómodo. Vuelve sofocado y nos encuentra a medio camino.

Al viaje siguiente ya no quiere caballos Emilio. ¿Por qué? le dije yo; no tenemos sino que tomar un lacayo para que quede al cuidado. ¡Ah!, dijo él, ¿sobrecargaremos así a la respetable familia? Habéis visto bien que ella quiere salir a todo, tanto a hombres como a caballos. Es cierto repliqué yo, que ellos tienen la noble hospitalidad de la indigencia. Los ricos, avaros en su fausto, no alojan nada más que a sus amigos; pero los pobres alojan también a los caballos de sus amigos. Vamos a pie, dijo él; ¿no tenéis valor para ello vos que compartís con tan buen corazón los fatigantes placeres de vuestro hijo? Muy gustoso, repliqué al instante: también el amor, a lo que a mí me parece, no quiere ser hecho con tanto ruido.

Al acercarnos, hallamos a la madre y a la hija más lejos todavía que la primera vez. Hemos llegado de un tirón. Emilio está empapado de sudor: una mano querida se digna pasarle un pañuelo por las mejillas. Podría haber muchos caballos en el mundo, antes de que fuésemos tentados para servirnos de ellos en el futuro.

Sin embargo es bastante cruel no poder pasar nunca la velada reunidos. Avanza el verano, comienzan los días a disminuir. Sea cual sea lo que pudiésemos decir, jamás se nos permite que regresemos de noche; y cuando no llegamos desde por la mañana, es necesario casi volver a partir tan pronto como se ha llegado. A fuerza de quejarnos y de inquietarse por nosotros, la madre piensa, en fin, que es verdad que no se nos puede alojar con decoro en la casa, pero que se puede encontrar una posada en el pueblo para dormir allí algunas veces. A estas palabras Emilio da palmadas, y se estremece de alegría; y Sofía, sin pensar en ello, besa un poco más a menudo a su madre el día que ella encontró este expediente.

Poco a poco la dulzura de la amistad, la familiaridad de la inocencia se establecen y afirman entre nosotros. Los días prescritos por Sofía o por su madre, vengo ordinariamente con mi amigo, alguna vez también le dejo ir solo. La confianza educa al alma, y no se debe tratar a un hombre como a un niño, y ¿qué habría adelantado hasta ahora, si mi alumno no mereciera mi estima? Me acontece también ir sin él; entonces él está triste y no murmura: ¿de qué servirían sus murmullos? Por otra parte, él sabe bien que no voy a perjudicar sus intereses. Por lo demás, que nosotros vayamos juntos o separadamente se imagina que ningún tiempo nos detenga, orgullosos de llegar en un estado de poder ser comprendidos. Desgraciadamente, Sofía nos prohíbe este honor, e impide que se venga con el mal tiempo. Es la única vez que la encuentro rebelde a las reglas que le dicto en secreto.

Un día que él fue solo, y que yo no lo esperaba hasta el día siguiente, le veo llegar la misma noche, y le digo abrazándole: "¡Qué! querido Emilio, tú vuelves a tu amigo!" Pero, en lugar de responder a mis caricias, me dijo con poco humor: No creáis que yo vuelvo tan pronto por mi gusto, vengo a pesar mío. Ella ha querido que yo viniese; vengo por ella, y no por vos. Conmovido por esta ingenuidad, le abrazo de nuevo, diciéndole: Alma franca, amigo sincero, no me quites lo que me pertenece. Si tú vienes por ella, es por mí por lo que tú lo dices: tu vuelta es su obra. pero tu franqueza es la mía. Guarda siempre este noble candor de las almas buenas. Se puede dejar pensar a los indiferentes lo que quieran: pero es un crimen permitir que un amigo se gloríe de lo que nosotros no hemos hecho por él.

Yo me guardo bien de envilecer a sus ojos el precio de esta confesión, encontrando en ella más amor que generosidad, y diciéndole que él desea menos quitarse el mérito de este retorno que concedérselo a Sofía. Pero he aquí cómo me descubre el fondo de su corazón sin pensar en ello: si él ha venido a su gusto, con pasos pequeños, y soñando con sus amores, Emilio no es sino el amante de Sofía; si llega con grandes pasos, acalorado, aunque un poco murmurador, Emilio es el amigo de su mentor.

Se ve por estas disposiciones que mi joven está muy alejado de pasar su vida cerca de Sofía y de verla tanto como él querría. Un viaje o dos por semana limitan los permisos que recibe; y sus visitas, a menudo de una media jornada justa, raramente se alargan hasta el día siguiente. Emplea más tiempo al esperar verla, o congratulándose por haberla visto, que al verla efectivamente. En el tiempo mismo que él dedica a sus viajes, pasa menos tiempo cerca de ella que acercándose o alejándose. Sus verdaderos placeres, puros, deliciosos, pero menos reales que imaginarios, irritan su amor sin afeminar su corazón.

Los días que no la ve, no está ocioso y sedentario. Esos días todavía es Emilio: no está transformado. Lo más frecuente, él corre los campos de los alrededores, sigue su historia natural; observa, examina los terrenos, sus producciones, sus cultivos; compara los trabajos que él ve a los que conoce; busca

las razones de las diferencias: cuando considera otros métodos preferibles a los del lugar, los da a los cultivadores, si propone una mejor forma de arado, la hace construir sobre sus dibujos: si encuentra una cantera de mármol, les enseña el uso desconocido en el país; a menudo él pone manos a la obra; ellos están extrañados de verle manejar sus utensilios más fácilmente que lo hacen ellos mismos, trazar surcos más profundos y más derechos que los suyos, sembrar con más igualdad, dirigir el arriate con más inteligencia. No se burlan de él como de un buen decidor de agricultura: ellos ven que en efecto la conoce. En una palabra, él extiende su celo y sus cuidados a todo lo que es de primera y general utilidad; incluso él no limita esto: visita las casas de los campesinos, se informa de su estado, de sus familias, del número de sus hijos, de la cantidad de sus tierras, de la naturaleza del producto, de sus salidas, de sus facultades, de sus cargas, de sus deudas, etc. Él da poco dinero, sabiendo que, ordinariamente, está mal empleado, pero dirige por sí mismo el empleo y lo hace útil a pesar de su intervención. Les proporciona obreros y con frecuencia les paga sus propios jornales por los trabajos que le son necesarios. Al uno le ha hecho levantar o cubrir su choza medio derruida; al otro le ha hecho poner en cultivo su tierra abandonada por carencia de medios; al otro le proporciona una vaca, un caballo, ganado de toda clase en lugar del que ha perdido; dos vecinos están propicios a litigar y él los conviene y los une; un aldeano sea enfermo y le hace cuidar, y le cuida por sí mismo²¹; otro es vejado por un vecino poderoso y él lo protege y lo recomienda; pobres jóvenes se desean y él ayuda a casarlos; una buena mujer ha perdido a su hijo querido, va a verla, la consuela, y prolonga su visita; no desdeña a los indigentes, no se apresura a abandonar al desgraciado, con frecuencia hace su comida en casa de los campesinos a los que ayuda, y la acepta también en los hogares de los que no tienen necesidad de él; convertido en bienhechor de los unos y en el amigo de los demás, no cesa de ser su igual; en fin, hace siempre de su persona tanto bien como de su dinero.

Algunas veces dirige sus pasos hacia la feliz estancia; él podría esperar a percibir a Sofía a hurtadillas, verla en el paseo sin ser visto por ella; pero Emilio es siempre de una pieza en su conducta y no quiere eludir nada. Siente esa amable delicadeza que halaga y nutre el amor propio con el buen juicio personal. Observa con rigor sus reglas, y no actúa jamás de modo a lograr por azar lo que sólo quiere deber a Sofía. En revancha, camina con placer por las cercanías, buscando las huellas de los pasos de su amada, enterneciéndose por los trabajos que ella se ha tomado y por las caminatas que ha querido realizar para complacerlo. La víspera de los días en que debe verla, irá a alguna granja cercana para ordenar una colación para el día siguiente. El paseo se organiza por este lado sin que él parezca pretenderlo; entramos como de casualidad; hallamos frutas, pasteles, crema. La golosa Sofía no es insensible a estas tentaciones, y hace gustoso honor a vuestra previsión, pues yo tengo siempre mi parte en el cumplimiento, aunque no hubiese tenido alguna en el cuidado que la suscita: ésta es una sutileza de la jovencita para estar menos comprometida a la hora del agradecimiento. El padre y yo comemos pasteles y bebemos vino: pero Emilio está al escote de las mujeres, siempre al acecho para robar algún plato de crema en donde se haya introducido la cuchara de Sofía.

A propósito de los dulces, hablo a Emilio de sus antiguas carreras. Se quiere saber qué significa eso de esas carreras, lo explico, y nos reímos; se le pregunta si sabe correr todavía. Mejor que nunca, responde; me avergonzaría haberlo olvidado. Aunque alguno de la reunión tuviese gran deseo de verlo, no se atrevería a decirlo; algún otro se encargó de la respuesta, la que él aceptó: fueron llamados dos o tres jóvenes de las cercanías, se señaló un premio y para imitar mejor los antiguos juegos, fue colocado un pastel sobre el extremo. Cada uno se dispuso y el papá dio la señal palmoteando. El ágil Emilio tajó el aire y se encontró al final de la carrera cuando apenas mis tres zopencos habían partido. Emilio recibió el premio de manos de Sofía, y, no menos generoso que Eneas, hizo regalos a todos los vencidos.

En medio de lo ruidoso del triunfo, Sofía se atrevió a desafiar al vencedor y se ufanó de correr tan bien como él. Él no rehusó entrar en liza con la amada; en tanto ella se dispuso en el límite de la carrera, se recogió su vestido por ambos lados, y, más curiosa de exhibir una pierna fina a la mirada de Emilio que de vencerle en este combate, miró si sus faldas estaban bastante cortas, habló al oído a su madre, la que sonrió e hizo un signo de aprobación. Ella vino entonces a colocarse junto a su concurrente; y no terminó de ser hecha la señal de partir, cuando se la vio lanzarse como un pájaro.

²¹ Cuidar a un campesino enfermo no es purgarlo ni darle drogas, ni enviarle un cirujano. No es de esto de lo que tienen necesidad esas pobres gentes en sus enfermedades, sino de alimentarse mejor y de manera más abundante. Ayunad, vosotros, cuando tenéis fiebre; pero cuando vuestros campesinos la tengan, dadles carne y vino: casi todas sus enfermedades provienen de miseria y de agotamiento su mejor tisana está en vuestra bodega: su único boticario debe ser vuestro carnicero.

Las mujeres no están hechas para correr; cuando huyen, es para ser alcanzadas. Correr no es la única cosa que ellas hacen torpemente, sino que es la única que realizan con poca gracia: sus codos hacia atrás y pegados al cuerpo, les dan una actitud risible, y los elevados tacones sobre los cuales van posadas, les hacen parecer como saltamontes que quisieran correr sin saltar.

Emilio, no imaginando que Sofía corra mejor que cualquier otra mujer, no se digna salir de su lugar y la ve partir con una sonrisa burlona. Pero Sofía es ligera y lleva tacones bajos no tiene necesidad de artificio para demostrar tener el pie pequeño, toma la delantera con tal rapidez, que, para alcanzar a esta nueva Atalanta, sólo dispone del tiempo que le es necesario cuando la percibe tan lejos adelantada. Parte pues a su vez semejante al águila que hiende sobre su presa, la persigue, la espolea, la alcanza al fin, todo jadeante, pasa dulcemente su brazo izquierdo por su cintura, la levanta como una pluma y oprimiendo contra su corazón esta dulce carga, termina así la carrera, le hace alcanzar el objetivo la primera, y luego gritando: "¡Victoria a Sofía !" Pone una rodilla en tierra ante ella, y se da por vencido.

A estas diversas ocupaciones se agrega la del oficio que hemos aprendido. Por lo menos un día a la semana, y todos aquellos en que el mal tiempo no nos permite salir al campo, vamos Emilio y yo a trabajar en casa de un maestro. No trabajamos allí por fórmula, como personas ajenas a esa condición, sino que hacemos con todo interés y como verdaderos obreros. Cuando nos viene a ver el padre de Sofía, nos halla muy dispuestos para la obra y no soslaya el informar con admiración a su mujer y a su hija de cuanto ha visto. ¡Id a ver, dice él, a ese joven al taller, y veréis si desprecia la condición del pobre! Podemos imaginar con qué placer escucha Sofía estas palabras. Se vuelve a hablar de la cuestión, se quisiera sorprenderle en la labor. Se me pregunta sin soltar prenda; y, luego de estar seguras de los días que trabajamos, toman una carretela la madre y la hija y llegan a la ciudad uno de ellos.

Al entrar en el taller, Sofía observa en el extremo opuesto a un joven con chaqueta, los cabellos negligentemente recogidos, ocupado de tal modo en lo que hace que no la ve: ella se detiene y hace una señal a su madre. Emilio, con un escoplo en una mano y el mazo en la otra, remata una muesca; luego sierra una tabla y coloca un trozo sobre el barrilete para pulirlo. Este espectáculo no hace reír a Sofía; la emociona por su seriedad. Mujer, honra a tu jefe; él es quien trabaja para ti, quien te gana tu pan, quien te alimenta: he aquí el hombre.

En tanto que ellas lo miran atentamente, yo las observo y tiro a Emilio de la manga: él se vuelve, las ve, arroja sus herramientas y avanza con un grito de alegría. Después de entregarse a sus primeros transportes, las hace sentarse y reanuda su trabajo. Pero Sofía no puede permanecer sentada; se levanta con vivacidad, recorre el taller, examina las herramientas, toma el pulidor de las tablas, recoge las virutas del suelo, mira nuestras manos, y luego dice que a ella le gusta este oficio porque es limpio. La locuela intenta incluso imitar a Emilio. Con su blanca y débil mano coloca un cepillo sobre la tabla; se desliza el cepillo pero no arranca nada. Creo ver al amor en los aires reír y batir alas; creo oírle lanzar gritos de alegría, y decir: "Hércules está vengado."

Entre tanto, la madre pregunta al maestro: Señor, ¿cuánto pagáis a estos muchachos? Señora, les doy a cada uno veinte "sous" por día y les doy de comer; pero si este joven quisiese ganaría mucho más, porque es el mejor obrero del país. ¡Veinte "sous" por día y los alimentáis!, dijo la madre mirándonos con ternura. Señora. así es, replicó el maestro. Al oír estas palabras, corrió hacia Emilio, lo abrazó, lo estrechó contra su seno vertiendo lágrimas sobre él. y no pudo decir otra cosa que repetir varias veces: ¡Hijo mío, oh hijo mío!

Después de haber pasado algún tiempo conversando con nosotros, pero sin interrumpirnos, dijo la madre a su hija: "Vámonos; se hace tarde y no debemos hacernos esperar". Luego, acercándose a Emilio, le dio un golpecito en la mejilla diciéndole: Bien, buen obrero, ¿no queréis venir con nosotras? El respondió con un tono muy triste: estoy obligado, preguntadle al maestro. Se preguntó al maestro si podía prescindir de nosotros, y respondió que no podía hacerlo. Ya he dicho, afirmó él, que la obra urge y que es necesario entregarla pasado mañana. Contando con estos señores, he rechazado los obreros que se han presentado: si éstos me faltan, no se en dónde podría coger otros, y me vería impedido de entregar la obra en el día prometido. No replicó nada la madre, esperando a que Emilio hablase, pero éste bajó la cabeza y se calló. Señor, dijo ella un poco sorprendida de este silencio, ¿no tenéis nada que decir a esto? Emilio miró tiernamente a la hija y sólo contestó estas palabras: Comprendéis que es necesario que me quede. A continuación las damas parten y nos dejan. Emilio las acompaña hasta la puerta, las sigue con su mirada tanto como puede hacerlo, suspira, y vuelve a ponerse a trabajar en silencio. Por el camino la madre, picada, habla a su hija de lo extraño de este procedimiento: "¡Qué! –dice ella– ¿no era posible contentar al maestro sin sentirse obligado a quedarse? Y este joven tan pródigo, que vierte dinero sin necesidad, ¿no sabe ya encontrarlo en las ocasiones convenientes?" "¡Oh, mamá, respondió Sofía; a Dios no le place que Emilio dé tanta fuerza al dinero, que se sirva de él para romper un compromiso personal, para violar impunemente su

palabra y hacer violar la de otro! Yo sé que él indemnizaría fácilmente al obrero del perjuicio que le ocasionase su ausencia, pero sin embargo él esclavizaría su alma a las riquezas, se acostumbraría a situarlas en lugar de sus servicios, y a creer que estaba dispensado de todo, puesto que todo lo pagaba. Emilio tiene otras maneras de pensar y yo espero no ser la causa de que él cambie de ellas. ¿Creéis que no le ha costado nada el quedarse? Mamá, no os equivoquéis, es por mí por quien se ha quedado; lo se visto bien en sus ojos.»

No significa esto que Sofía sea indulgente respecto a las verdaderas preocupaciones del amor; por el contrario, es imperiosa, exigente; preferiría más no ser amada que serlo moderadamente. Ella posee el noble orgullo del mérito que se siente que se estima y que quiere ser honrado como él se honra. Ella desdeñaría un corazón que no comprendiera todo el valor del suyo, que no la amase por sus virtudes tanto y más que por sus encantos; un corazón que no la prefiriese a su propio deber y a toda otra cosa. No ha querido por amante a quien no conozca otra ley que la suya; quiere reinar sobre un hombre al que no haya desfigurado. Fue de este modo cómo, habiendo envilecido a los compañeros de Ulises, Circe los desdeñó, y se dio a él solo, al que ella no pudo cambiar.

Pero puesto aparte este derecho inviolable y sagrado, Sofía, celosa en extremo de todos los suyos, espía con qué escrúpulo los respeta Emilio, con qué celo cumple sus voluntades, con qué destreza las adivina, con qué vigilancia llega al momento prescrito; ella no quiere ni que se retrase ni que se anticipe, quiere que él sea exacto. Anticiparse es preferirse a ella; retardarse es menospreciarla. ¡Menospreciar a Sofía!; esto no sucedería dos veces. La injusta sospecha de una, lo haría perder todo; pero Sofía es equitativa y sabe reparar con acierto sus yerros.

Un anochecido éramos esperados; Emilio recibió la orden. Se viene en nuestro encuentro; nosotros no llegamos. ¿Qué les ha ocurrido? ¿Qué desgracia les ha acontecido? ¿Nadie de su parte? La velada discurre esperándonos. La pobre Sofía nos cree muertos; ella se desola, se atormenta, pasa la noche llorando. Desde el anochecido se ha enviado a un mensajero para informarse de nosotros y llevar noticias nuestras a la mañana siguiente. El mensajero vuelve acompañado de otro de nuestra parte, que presenta nuestras excusas verbalmente y dice que nos encontramos bien. Un momento después, aparecemos nosotros. Entonces cambia la escena; Sofía seca sus lágrimas, o, si las vierte, son probablemente de rabia. Su corazón altivo no ha ganado nada al tranquilizarse respecto a nuestra vida; Emilio vive y se ha hecho esperar inútilmente.

A nuestra llegada, ella quiere encerrarse. Se quiere que permanezca y es preciso hacerlo, pero, tomando al instante su partido, afecta un aire tranquilo y contento que se impondría a los demás. El padre llega ante nosotros y nos dice: Habéis tenido a vuestros amigos apenados; hay aquí personas que no os lo perdonarán fácilmente. ¿Quién, papá mío? dijo Sofía, con una forma de sonreír de lo más gracioso que puede imaginarse. ¿Qué os importa, respondió el padre, puesto que no se refiere a vos? Sofía no replicó nada y posó su mirada en su labor. La madre nos recibió con un aire frío y afectado. Emilio, cortado no se atrevió a abordar a Sofía. Ella le habló la primera, le preguntó cómo estaba, le invitó a sentarse y se violentó de tal forma que el pobre joven, que aún no comprendía nada del lenguaje de las pasiones violentas, fue engañado por esta serenidad y estuvo casi a punto de picarse.

Para desengañarle fui a tomar la mano de Sofía y quise poner en ella mis labios como lo hacía algunas veces: ella la retiró bruscamente, con una palabra de "señor", tan singularmente pronunciada, que este movimiento involuntario la descubrió al instante a los ojos de Emilio.

La misma Sofía, viendo que se había descubierto, se contrajo menos. Su aparente sangre fría se cambió en un menosprecio irónico. A todo cuanto se le decía, respondía mediante monosílabos pronunciados con voz lenta y poco segura. Como temerosa de dejarse penetrar demasiado al acento de indignación. Emilio, medio muerto de miedo, la miró con dolor e intentó obligarla a que le mirase para leer mejor sus verdaderos sentimientos. Sofía, más irritada con su confianza, le lanzó una mirada que le quitó el deseo de solicitar una segunda. Emilio en entredicho y tembloroso, ya no se atrevió más, muy felizmente para él, ni a hablarla ni a mirarla, pues aunque no culpable, si él hubiese podido soportar su cólera, ella no le hubiese perdonado jamás.

Comprendiendo entonces que había llegado mi turno, y que era el momento de explicarse, volví hacia Sofía. Intenté otra vez coger su mano, que no retiró, pues se hallaba a punto de ponerse enferma. Yo le dije con dulzura: "Querida Sofía, somos desventurados, pero vos sois razonable y justa; no nos juzgaréis sin atendernos: escuchadnos". Ella no contestó nada, y yo le hablé de esta manera:

"Nos marchamos ayer a las cuatro; se nos había dicho que llegaríamos a las siete, y nosotros siempre nos tomamos más tiempo que el que nos es necesario, a fin de descansar al acercarnos aquí. Habíamos recorrido tres cuartas partes del camino cuando hirieron nuestros oídos lamentaciones dolorosas que partían

de un desfiladero de la colina que estaba a alguna distancia de nosotros. Corrimos hacia los gritos y hallamos a un desagraciado campesino que volviendo de la ciudad a caballo un poco bebido, había caído tan pesadamente que se había roto la pierna. Gritamos, pedimos socorro; nadie contestó; intentamos colocar al herido sobre su caballo y no pudimos conseguirlo: al menor movimiento, el desdichado sufría horribles dolores. Tomamos el partido de atar el caballo en un apartado del bosque; luego, haciendo camilla de nuestros brazos, colocamos al herido y le llevamos lo más lentamente que nos fue posible, siguiendo sus indicaciones, en dirección al camino que era necesario recorrer para llegar hasta su casa. El trayecto era largo y fue necesario que descansásemos varias veces. Rendidos de cansancio, al fin llegamos; nos encontramos con una amarga sorpresa: la de que ya conocíamos la casa, y que este miserable a quien llevábamos con tanto trabajo era el mismo que nos había recibido tan cordialmente el día de nuestra primera llegada aquí. Dada la turbación en que todos nos hallábamos, no nos habíamos reconocido hasta ese momento.

"Sólo tenía dos hijos pequeños. Cercana a darle un tercero, su mujer quedó tan afectada viéndole llegar, que sintió agudos dolores y dio a luz unas horas después. ¿Qué hacer en este estado en una casita apartada en donde no podíamos esperar socorro alguno? Emilio se decidió a ir por el caballo que habíamos dejado en el bosque, montarlo y correr al galope a buscar un cirujano a la ciudad. Dio el caballo al cirujano y no pudiendo encontrar con rapidez una enfermera, volvió a pie con un criado, después de haberos enviado un mensajero, mientras que, preocupado, como podéis suponerlo, entre un hombre que tenía una pierna rota y una mujer ocupada, yo preparaba en la casa todo lo que podía prever que era necesario para el socorro de los dos.

"No os detallaré todo lo demás, pues no es de ello de lo que se trata. Llegaron las dos de la madrugada antes de que hubiésemos tenido un momento de descanso ni el uno ni el otro. Al fin volvimos al amanecer a nuestra morada aquí próxima, en donde esperamos la hora de vuestro despertar para daros cuenta de nuestro accidente."

Me callé sin agregar nada. Pero, antes de que nadie hablase, se acercó Emilio a su amada, levantó la voz y le dijo con mayor firmeza que yo hubiera esperado: "Sofía, sois el árbitro de mi suerte, lo sabéis bien. Podéis hacerme morir de dolor: pero no esperéis hacerme olvidar los derechos de la humanidad: ellos me son más sagrados que los vuestros, y a ellos no podré renunciar jamás".

Al oír estas palabras, Sofía, en lugar de contestar, se levantó, le pasó un brazo por el cuello y le dio un beso en la mejilla; luego, tendiéndole la mano con una gracia inimitable le dijo: "Emilio, toma esta mano: es tuya. Sé, cuando tú quieras, mi esposo y mi señor; yo procuraré merecer este honor".

Apenas le hubo abrazado, cuando el padre, encantado, aplaudió gritando: *bis, bis*, y Sofía sin hacerse rogar, le dio en seguida dos besos en la otra mejilla; pero, casi en el mismo instante, asustada de todo cuanto acababa de hacer, se escapó a los brazos de su madre y ocultó en el seno maternal su rostro inflamado de rubor.

No describiré la común alegría; todo el mundo debe comprenderla. Después de la comida, Sofía preguntó si era demasiado lejos para ir a ver a esos pobres enfermos. Sofía deseaba hacer una buena obra. Fuimos y los encontramos en dos camas separadas, una de las cuales la había enviado Emilio; alrededor de ellos se encontraba personal para cuidarlos: Emilio había procurado que así fuese. Pero, no obstante, ambos estaban en tal mal orden, que sufrían tanto de la dolencia como de su estado. Sofía se procuró un delantal de la buena mujer, y la colocó bien en su lecho; en seguida hizo lo mismo con el hombre; su mano delicada y ligera acertó a buscar todo lo que les molestaba y a colocar más blandamente sus miembros doloridos. Ellos se sintieron aliviados por su proximidad; se hubiera dicho que ella adivinaba toda la causa de su mal. Esta joven tan delicada no se arredró ni de la suciedad, ni del mal olor, y acertó a que desapareciera la una y el otro sin que persona alguna interviniese, y sin que fueran molestados los enfermos. Ella que aparecía siempre tan modesta y a veces tan desdeñosa, ella que, por todo lo del mundo, no hubiera tocado con la punta del dedo el lecho de un hombre, movió y cambió al herido sin escrúpulo alguno, y lo colocó en una situación más cómoda para poder permanecer en ella algún tiempo. El celo de la caridad vale bien la modestia; lo que ella hace lo hace tan ligeramente y con tanta destreza, que él se siente aliviado casi sin darse cuenta de que se le ha tocado. La mujer y el marido bendicen de concierto a la amable joven que les sirve, que les compadece, que los consuela. Es un ángel del cielo que Dios les ha enviado; ella tiene de ángel la cara y la gracia perfecta, la dulzura y la bondad. Emilio enternecido la contempla en silencio. Hombre, ama a tu compañera. Dios te la ha dado para consolarte en tus penas, para aliviarte en tus males: he aquí la mujer.

Se bautiza al recién nacido. Los dos amantes lo presentan, inflamados en el fondo de sus corazones del deseo de dar muy pronto que hacer otro tanto a los demás. Aspiran al momento deseado, el cual creen

haber alcanzado: todos los escrúpulos de Sofía han desaparecido, pero los míos surgen. Ellos todavía no están en donde piensan: Se impone que a cada uno le llegue la ocasión.

Una mañana cuando no se han visto desde hace dos días, entro yo en el cuarto de Emilio con una carta en la mano y le digo mirándole fijamente: "¿Qué haríais si se os notificase que Sofía había muerto?" Él lanzó un grito tremendo, se levantó retorciéndose las manos, y, sin decir una sola palabra me contempló con mirada extraviada. "Contestad", proseguí yo con la misma tranquilidad. Entonces, irritado por mi sangre fría, se acercó con los ojos inflamados de cólera, y, deteniéndose en una actitud casi amenazadora, dijo: "¿Lo que yo haría...? No sé nada: pero lo que sí sé, es que jamás volvería a ver a en mi vida al que me lo hubiese notificado". "Tranquilizaos, respondí sonriendo; vive, está bien, piensa en vos y somos esperados este anochecido. Pero vamos a dar un paseo y conversaremos".

La pasión que le preocupa no le permite ya seguir entregándose como antes, a conversaciones puramente razonadas: es necesario interesarle por esta misma pasión, a que quede atento a mis lecciones. Esto es lo que yo he hecho mediante ese terrible preámbulo; ahora estoy seguro de que me escuchará.

"Es necesario ser feliz, querido Emilio; es el fin de todo ser sensible, el primer deseo que nos imprime la naturaleza y el único que no nos abandona jamás. Pero ¿dónde está la felicidad?: ¿quién lo sabe? Todos la buscan, y ninguno la encuentra. Empleamos la vida en perseguirla y nos morimos sin haberla alcanzado. Mi joven amigo, cuando en tu nacimiento yo te tomé en mis brazos, y poniendo por testigo de este compromiso que me atreví a contraer al Ser supremo, dediqué mis días a la felicidad de los tuyos, ¿sabía yo a lo que me comprometía? No, sabía solamente que haciéndote dichoso estaba seguro de serlo yo. Convirtiendo tus buscas en algo útil, resultaban útiles para los dos. En tanto que ignoramos cuanto debemos hacer, la prudencia consiste en quedar en la inacción. Ésta es de todas las máximas aquella de la que el hombre tiene mayor necesidad, y la que sabe menos seguir. Buscar la felicidad sin saber en dónde se encuentra, es exponerse a perderla. Pero no pertenece a todo el mundo el no saber obrar. En la inquietud que nos mantiene el ardor del bienestar, preferimos engañarnos persiguiéndola, que no haciendo nada para buscarla: Y, una vez salidos del lugar en donde podemos conocerla, ya no sabemos volver a él. Con la misma ignorancia intenté evitar la misma falta. Al tomar cuidado de ti, resolví no dar un paso inútil e impedirte el darlo. Me mantuve en la ruta de la naturaleza, en espera de que ella me mostrase lo que es la dicha. Comprobé que era la misma, y que no pensando en ella la había seguido. Sé mi testigo, sé mi juez; no te recusaré jamás. Tus primeros años no fueron sacrificados a aquellos que les debían seguir; tú has gozado de todos los bienes que la naturaleza te había otorgado. De los males a que ella te ha sometido, y de los cuales he podido garantizarte, no has sentido sino aquellos que podían hacerte fuerte para los demás. No sufriste jamás ninguno que no fuese para evitar uno mayor. No has conocido ni el odio ni la esclavitud. Libre y contento, permaneciste justo y bueno; pues la pena y el vicio son inseparables, y nunca el hombre se convierte en malo sino cuando es desgraciado. ¡Pueda el recuerdo de tu infancia prolongarse hasta tus viejos días! No temo que jamás se recuerde tu buen corazón sin otorgar algunas bendiciones a la mano que lo rigió. Cuando entraste en la edad de la razón, yo te preservé de la opinión de los hombres; cuando tu corazón se hizo sensible te preservé del imperio de las pasiones. Si yo hubiese podido prolongar esta calma interior hasta el fin de tu vida, hubiera puesto mi obra a buen recaudo, y tú serías siempre dichoso tanto como un hombre puede serlo; pero, querido Emilio, ha sido inútil que yo introdujera tu alma en el Etyx, por que no he podido hacerla del todo invulnerable; se levantó un nuevo enemigo al que tú no has podido todavía aprender a vencer, y del cual no he podido salvarte. Este enemigo eres tú mismo. La naturaleza y la fortuna te habían dejado libre. Tú podías resistir la miseria, soportar los dolores del cuerpo pues los del alma te eran desconocidos; no tenías otra cosa que la condición humana, y ahora tienes todas las afecciones que tú te has dado; aprendiendo a desear, te has hecho esclavo de tus deseos. Sin que nada cambie en ti, sin que nada te ofenda, sin que nada afecte a tu ser. ¡cuántos dolores pueden atacar tu alma! ¡cuántos males puedes sentir sin estar enfermo!; ¡cuántas muertes puedes soportar sin morir! Una mentira, un error, una duda, pueden llevarte a la desesperación. Contemplas en el teatro a los héroes, entregados a dolores extremos, a hacer retemblar la escena con sus gritos insensatos, a afligirse como mujeres, llorar como niños, y merecer de este modo los aplausos públicos. Acuérdate del escándalo que te causaban estas lamentaciones, estos gritos, estas quejas, en hombres de los que sólo se debían esperar actos de constancia y de firmeza. ¡Qué!, decías tú todo indignado, ¿éstos son los ejemplos que se nos dan para seguir, los modelos que se nos ofrecen para imitar? ¿Tenemos miedo de que el hombre no sea bastante pequeño, bastante desdichado, bastante débil, sino se quiere incensar todavía su debilidad bajo la falsa imagen de la virtud? Mi joven amigo, en adelante sé más indulgente para la escena: hete aquí, convertido en uno de sus héroes. Sabes sufrir y morir, sabes encajar la ley de la necesidad en los males físicos; pero no has impuesto todavía leyes a los apetitos de tu corazón; mucho más que de nuestras necesidades, es de nuestros afectos de donde nace la alteración de nuestra vida.

Nuestros deseos son amplios, nuestra fuerza es casi nula. El hombre incide por sus deseos en mil cosas, y por él mismo en nada, ni aún en su propia vida; cuanto más aumenta sus afecciones, más multiplica sus dolores. Todo pasa sobre la tierra; todo lo que amamos se nos escapará tarde o temprano, y nosotros lo mantenemos como si debiese durar eternamente. ¡Qué terror, a la sola sospecha de la muerte de Sofía! ¿Has contado con que vivirá siempre?; ¿no muere nadie a su edad? Ella debe morir hijo mío, y pueda ser que antes que tú. ¿Quién sabe si ella está viva ahora mismo? La naturaleza no te había esclavizado sino a una sola muerte, tú te esclavizas a una segunda hete aquí en el caso de morir dos veces. ¡Sometido de este modo a tus pasiones irregulares, es como vas a seguir quejándote! Siempre privaciones, siempre pérdidas, siempre inquietudes; no gozarás ni siquiera de lo que te será permitido. El temor de perderlo todo, te impedirá poseer nada; por no haber querido seguir sino tus pasiones, jamás las podrás satisfacer. Buscarás siempre el descanso, y él huirá siempre de ti, serás miserable y llegarás a ser malo. ¡Y cómo podrías no serlo, no teniendo más ley que tus deseos desenfrenados! Si no puedes soportar las privaciones involuntarias. ¿cómo te las impondrás voluntariamente?; ¿cómo sabrás sacrificar la inclinación al deber y resistir al corazón para escuchar tu razón? Tú que no quieres ya ver al que te notificara la muerte de tu amada, ¿cómo verías al que quisiera quitártela viva, a aquel que se atreviera a decirte: ella está muerta para ti, la virtud te separa de ella? Si es necesario vivir con ella suceda lo que suceda, que Sofía esté casada o no, que tú seas libre o no lo seas, que ella te ame o te odie, que se te la conceda o que se te la niegue, no importa, tú la quieres y es necesario poseerla a cualquier precio que sea necesario. Enséñame pues ante qué delito se detiene aquel que no tiene más leyes que los deseos de su corazón, y no sabe resistir a nada de cuanto desea. Hijo mío, no existe dicha sin valor, ni virtud sin combate. La palabra *virtud* procede de *fuerza*, la fuerza es la base de toda virtud. La virtud sólo pertenece a un ser débil por su naturaleza, y fuerte por su voluntad; es en esto solo en lo que consiste el mérito del hombre justo: y aun cuando llamamos a Dios bueno, no le llamamos virtuoso porque él no tiene necesidad de esfuerzos para obrar bien. Para explicarte esta palabra tan profanada, he esperado a que estuvieses en estado de comprenderme. En tanto que la virtud no cuesta nada practicarla, se tiene necesidad de conocerla. Esta necesidad llega cuando las pasiones se despiertan: esto ya ha llegado para ti. Educándote en toda la simplicidad de la naturaleza, en lugar de predicarte penosos deberes, te he garantizado contra los vicios que hacen penosos estos deberes; te he enseñado menos a conceder a cada uno lo que le pertenece, que a no cuidarte sino de cuanto es tuyo; te he hecho más bueno que virtuoso. Pero aquel que sólo es bueno no permanece en esa condición sino en tanto que siente el placer de serlo: la bondad se rompe y perece al choque de las pasiones humanas, el hombre que no es nada más que bueno lo es únicamente para sí: ¿Qué es pues un hombre virtuoso? Es aquel que sabe vencer sus afecciones, pues entonces sigue su razón, su conciencia, cumple su deber, se mantiene en el orden y nada le puede apartar de él. Hasta ahora tú no eras libre sino en apariencia, no poseías sino la libertad precaria de un esclavo a quien no se le ha mandado nada. Ahora sé libre en efecto; aprende a llegar a ser tu propio maestro; ordena a tu corazón, oh Emilio, y serás virtuoso. He aquí otro aprendizaje que debes realizar, más penoso que el primero, pues la naturaleza nos liberta de los males que nos impone, o nos enseña a soportarlos; pero no nos dice nada respecto a aquellos que derivan de nosotros; ella nos abandona a nosotros mismos, nos deja, víctimas de nuestras pasiones, sucumbir a nuestros vanos dolores, y glorificarlos aún de las lágrimas que nos deberían ruborizar. Estás frente a la primera pasión. Es la única acaso que sea digna de ti. Si la sabes regir como hombre, será la última; tú subyugarás a todas las demás y no obedecerás sino a la de la virtud. Sé bien que esta pasión no es criminal, sino que es tan pura como las almas que la experimentan. La honestidad la forma, la alimenta la inocencia. ¡Dichosos amantes!; los encantos de la virtud se agregan para vosotros a los del amor, y el dulce lazo que os espera no es menos el premio de vuestra prudencia que el de vuestro afecto. Pero, dime, hombre sincero, esta pasión tan pura ¿no te tiene al menos subyugado?; ¿te ha hecho menos esclavo? Y si mañana cesase de ser inocente, ¿la ahogarías tú desde mañana? El presente es el momento de medir tus fuerzas; no hay tiempo a veces cuando es necesario emplearlas. Estos peligrosos ensayos deben hacerse lejos del peligro. No nos ejercitamos para el combate ante el enemigo, se nos prepara para él antes de la guerra, nos presentamos con todo ya preparado. Es un error distinguir las pasiones en permitidas y prohibidas, para entregarse a las primeras y negarse a las otras. Todas son buenas cuando se permanece como dueño; todas son malas cuando nos dejamos subyugar por ellas. Lo que nos está prohibido por la naturaleza, es el extender nuestras afecciones más allá que nuestras fuerzas: lo que nos está prohibido por la razón, es el desear lo que no podemos obtener; lo que nos está prohibido por la conciencia, no es el ser tentados, sino dejarnos vencer por las tentaciones. No depende de nosotros tener o no tener pasiones, depende de nosotros el reinar sobre ellas. Todos los sentimientos que dominamos son legítimos; todos aquellos que nos dominan son criminales. Un hombre no es culpable de amar a la mujer de otro, si tiene esta pasión desdichada sometida a la ley del deber; es culpable de amar a su propia mujer al punto de inmolar

todo a su amor. No esperes de mí extensos preceptos de moral; no tengo más que uno sólo que darte y éste comprende a todos los demás. Sé hombre; sitúa tu corazón en los límites de tu condición humana. Estudia y conoce estos límites, por estrechos que sean no se es desgraciado en tanto que nos encerramos en ellos; se es cuando queremos rebasarlos; se es cuando en sus deseos insensatos se coloca en el rango de los posibles aquello que no lo es; lo es cuando olvidados del estado propio de hombre para forjarse imaginarios, de los cuales se recae siempre en el suyo. Los únicos bienes cuya privación cuesta son aquellos a los que se cree tener derecho. La evidente imposibilidad de obtenerlos nos aparte de ellos; los deseos sin esperanza no atormentan. Un vagabundo no es atormentado por el deseo de ser rey; un rey sólo quiere ser Dios cuando cree no ser ya hombre. Las ilusiones del orgullo son la fuente de nuestros mayores males; pero la contemplación de la miseria humana hace al sabio siempre moderado. Él se mantiene en su lugar, no se agita para salir de él; no utiliza inútilmente sus fuerzas para gozar de aquello que no puede conservar; y, empleándolas todas en poseer bien lo que él tiene, es en efecto más poderoso y más rico de todo lo que desea menos que nosotros. Ser mortal y perecedero, ¿iré a formarme lazos eternos sobre esta tierra, en donde todo cambia, en donde todo pasa, en donde yo desapareceré mañana? ¡Oh Emilio, oh hijo mío! Si te perdiera, ¿qué me quedaría a mí? Y, sin embargo, es necesario que aprenda a perderte: aunque ¿quién sabe cuándo tú me serás arrebatado? Por tanto, si quieres vivir feliz y moderado, no adscribas tu corazón sino a la belleza que no perece: que tu condición limite tus deseos, que tus deberes precedan a tus inclinaciones: extiende la ley de la necesidad a las cosas morales; aprende a perder lo que te puede ser quitado; aprende a abandonarlo todo cuanto lo ordene la virtud, a situarte sobre los acontecimientos, a apartar tu corazón sin que ellos lo desgaren, a ser valeroso en la adversidad a fin de no ser nunca miserable, a estar firme en tu deber a fin de no ser jamás criminal. Entonces serás feliz a pesar de la fortuna, y prudente a pesar de las pasiones. Entonces encontrarás en la misma posesión de los bienes frágiles un deleite que nada lo podrá perturbar; los poseerás sin que ellos te posean, y comprobarás que el hombre, a quien todo resbala no goza sino de aquello que sabe perder. No poseerás tú, es cierto, la ilusión de los placeres imaginarios, ni tendrás tampoco los dolores que de ellos son el fruto. Ganarás mucho con este cambio, pues estos dolores son frecuentes y reales, y esos placeres son raros y vanos. Vencedor de tantas opiniones engañosas, tú lo serás también de aquella que da un valor tan grande a la vida. Pasarás la tuya sin turbación y la terminarás sin espanto; tú te apartarás de ella, como de todas las cosas. Que otros estremecidos de horror, piensen al abandonarla acabarse; instruido de su nada, crearás comenzar. La muerte es el fin de la vida del malo, y el comienzo de la del justo.”

Emilio me escucha con una atención mezclada de inquietud. Ante este preámbulo espera alguna conclusión siniestra. Él presiente que al mostrarle la necesidad de ejercitar la fuerza del alma, yo quiero someterle a este duro ejercicio; y, como un herido que se estremece viendo acercarse al cirujano, cree sentir sobre su llaga la mano dolorosa, pero saludable, que le impide caer en corrupción. Inseguro, turbado, apremiado por saber a dónde quiero yo llegar, en lugar de responder me interroga, pero con temor. ¿Qué es necesario hacer?, me dice casi temblando y sin atreverse a levantar los ojos. Lo que es necesario hacer, respondo yo con un tono firme, es abandonar a Sofía. ¿Qué decís? grita él con cólera, ¡abandonar a Sofía!; ¡abandonarla, engañarla, ser un traidor, un mentiroso, un perjurador!...”; ¡Alto, repliqué interrumpiéndole, ¿es de mí de quien Emilio teme llegar a merecer parecidos calificativos?” “No, continuó él con la misma impetuosidad, ni de vos ni de otro; sabré a pesar vuestro conservar vuestra obra; sabré no merecerlos”.

Me he contenido en este primer arrebató, le he dejado pasar sin conmoverme. ¡Si yo no tuviese la moderación que le predico, no serviría de nada predicársela! Emilio me conoce demasiado para creerme capaz de exigir de él nada que esté mal. y sabe bien que haría mal al abandonar a Sofía en el sentido que concede a esta palabra. Espera, pues, a que yo me explique. Pero entonces yo reanudo mi discurso.

“¿Creéis querido Emilio, que un hombre en cualquier situación en que se encuentre, pueda ser más feliz que lo sois desde hace tres meses? Si lo creéis, desengañaos. Antes de gustar los placeres de la vida habéis agotado su dicha. No existe nada superior a lo que habéis sentido. La felicidad de los sentidos es pasajera; el estado habitual del corazón la pierde siempre. Habéis gozado más por la esperanza que gozaréis jamás por la realidad. La imaginación que adorna cuanto se desea la abandona en la posesión. Fuera del único ser existente por sí mismo, no hay nada bello sino en lo inexistente. Si este estado hubiera podido durar siempre, habríais hallado la dicha suprema. Pero todo lo que se relaciona con el hombre se penetra de su caducidad; todo es finito, todo es pasajero en la vida humana, y cuando el estado que nos hace felices durase sin cesar, el hábito de gozar de él nos quitaría el gusto. Si nada cambia al exterior, el corazón cambia; la felicidad nos abandona o la abandonamos nosotros. El tiempo que no mediríais se deslizaría durante vuestro delirio. El verano acaba. el invierno se acerca. Aunque pudiéramos continuar nuestras caminatas en una estación tan ruda, no lo soportaríamos siempre. A pesar nuestro, se impone cambiar de modo de vivir;

éste no puede durar más. Yo veo en vuestras miradas impacientes que esta dificultad no os importuna: la confesión de Sofía y vuestros propios deseos os sugieren un medio fácil para evitar la nieve y no tener que hacer ningún viaje más para ir a verla. El expediente es cómodo sin duda, pero llegada la primavera, la nieve se derrite y el matrimonio permanece; es necesario pensar para todas las estaciones. ¡Queréis desposaros con Sofía y no hace cinco meses que la conocéis! Queréis desposaros, no porque ella os convenga, sino porque os gusta; como si el amor no se equivocase respecto a las apariencias, y como si aquellos que comienzan por amarse no acabasen nunca por odiarse. Ella es virtuosa, yo lo sé; pero ¿es esto bastante? ¿Basta con ser personas honradas para convenirse? No es su virtud la que yo pongo en duda, sino su carácter. ¿El de una mujer, se muestra en un día? ¿Sabéis en cuántas situaciones es necesario haberla visto para conocer su humor a fondo? ¿Cuatro meses de afectos os responden de toda la vida? Pueda ser que dos meses de ausencia os hagan olvidaros de ella; pueda ser que otro no espere sino vuestro alejamiento para borraros de su corazón: pueda ser que a vuestro regreso, la encontréis tan indiferente como sensible la habéis hallado hasta ahora. Los sentimientos no dependen de los principios: ella puede continuar muy honrada y cesar de amaros. Me inclino a creer que será constante y fiel; pero ¿quién os responde de ella y quién le responde de vos. ya que no habéis sido puesto a prueba?; ¿esperáis para esta prueba el que ella llegue a seros inútil?; ¿esperáis, para conoceros, a que ya no podáis separaros más? Sofía no tiene dieciocho años; apenas pasáis vos de los veintidós; esta edad es la del amor pero no la del matrimonio. ¡Menudos padres de familia! Para saber educar a los niños, esperad al menos a dejar de serlo. ¿Sabéis a cuántas jóvenes les han debilitado la constitución las fatigas del embarazo soportadas antes de la edad, gastado la salud, abreviado la vida?; ¿sabéis cuántos niños han permanecido languidecientes y débiles, por no haber sido formados en un cuerpo bastante constituido? Cuando la madre y el niño crecen a la vez y se reparte la sustancia necesaria al crecimiento de cada uno de los dos, ni el uno ni el otro poseen lo que les destinaba la naturaleza; ¿cómo puede ser que ambos no sufran las consecuencias? O yo conozco muy mal a Emilio, o él preferirá más tener luego una mujer e hijos robustos, que contentar su impaciencia a expensas de su vida y de su salud. Hablemos de vos. Al aspirar al estado de esposo y de padre, ¿habéis meditado bien los deberes? Al llegar a ser jefe de familia, vais a llegar a ser miembro del estado. Y ¿qué es lo que significa ser un miembro del estado? Lo sabéis. Habéis estudiado vuestros deberes de hombre, pero no los de ciudadano. ¿Los conocéis? ¿sabéis lo que es el gobierno, las leyes, la patria?; ¿sabéis a qué precio os es permitido vivir y por qué debéis morir? Creéis haber aprendido todo, y no sabéis nada todavía. Antes de ocupar un lugar en el orden civil, aprended a conocerlo y a saber en qué nivel os conviene estar. Emilio, es preciso dejar a Sofía, sin que esto suponga abandonarla; si fueseis capaz de ello, ella sería demasiado feliz de no haberse casado con vos: es necesario dejarla para volver luego digno de ella. No seáis lo bastante vano para creer merecerla tan pronto. ¡Oh cuánto os queda por hacer! Venid a llenar esta noble tarea; venid a aprender a soportar la ausencia; venid a ganar el premio de la fidelidad, a fin de que a vuestro regreso podáis honraros con algo cerca de ella, y solicitar su mano, no como una gracia, sino como una recompensa »

No ejercitado todavía a luchar contra sí mismo, ni acostumbrado a desear una cosa y a querer otra, el joven no se rinde; resiste, disputa. ¿Por qué ha de rehusarse a la dicha que le espera?; ¿no sería desdeñar la mano que se la ha ofrecido tardar en aceptarla?; ¿qué necesidad tiene de alejarse de ella para capacitarse de lo que él debe saber? Y cuando esto fuese necesario, ¿por qué no le dejaría, en los lazos indisolubles. La prenda asegurada de su regreso? Que él sea su esposo, y está pronto a seguirme; que estén unidos, y él la abandona sin temor... ¡Unidos para abandonaros, querido Emilio, qué contradicción! Está bien que un amante pueda vivir sin su amada: pero un esposo no debe abandonar jamás sin necesidad a su mujer. Para curar vuestros escrúpulos, veo que vuestros plazos deban ser involuntarios: es necesario que podáis decir a Sofía que la abandonáis a pesar vuestro. ¡Y bien! estad contento y dado que no obedecéis a la razón, reconoced otro señor. No habéis olvidado el compromiso que habéis adquirido conmigo. Emilio, es necesario dejar a Sofía; yo lo quiero.

Al oír esto, bajó la cabeza, se calló, reflexionó un momento y luego, mirándome con firmeza me dijo: "¿Cuándo partimos?". "Dentro de ocho días, le dije yo; es necesario preparar a Sofía para esta partida. Las mujeres son más débiles, se les deben consideraciones, y esta ausencia no siendo un deber para ella como lo es para vos le está permitido soportarla con menos valor."

Yo no estoy muy atento de prolongar hasta la separación de mis jóvenes el diario de sus amores; pero desde hace tiempo abuso de la indulgencia de los lectores; abreviemos para acabar de una vez. ¿Se atreverá Emilio a llevar a los pies de su amada la misma seguridad que acaba de mostrar a su amigo? En lo que respecta a mí, lo creo; es de la verdad misma de su amor de la que debe sacar esta seguridad. Estaría más confuso ante ella, si le costase menos el dejarla; la abandonaría como culpable y este papel es siempre desesperante para un corazón honrado: pero cuanto más le cueste el sacrificio, más se honra con él a los ojos

de lo que le hace penoso. No hay temor a que ella cambie por el motivo que lo determina. En cada mirada parece decirle: "Oh Sofía, lee en mi corazón, y sé fiel; tú no tienes un amante sin virtud".

Por su parte, la orgullosa Sofía procura soportar con dignidad el imprevisto golpe que la hiere. Se esfuerza en parecer insensible a él, pero, como ella no tiene como Emilio el honor del combate y de la victoria, su firmeza se sostiene menos. Lloro gime, a pesar suyo y el temor de ser olvidada acibara el dolor de la separación. No es delante de su amante cuando llora, no es a él a quien ella presenta sus temores; lo ahogaría antes que dejar escapar un suspiro en su presencia: soy yo quien recibe sus quejas, el que ve sus lágrimas, al que ella afecta tomar como confidente. Las mujeres son diestras y saben disimularse: cuanto más murmura ella en secreto contra mi tiranía, más atenta está a halagarme; percibe que su suerte está en mis manos.

La consuelo, la tranquilizo, le respondo de su amado, o mejor aún de su esposo: que ella le guarde la misma fidelidad que él tendrá por ella, y dentro de dos años lo será, yo lo juro. Me estima bastante para confiar en que no quiero engañarla. Soy garante de cada uno de los dos respecto al otro. Los corazones, su virtud, mi probidad, la confianza de sus padres, todo les tranquiliza. Pero ¿de qué sirve la razón contra la debilidad? Ambos se separan como si no fueran a verse más.

Es entonces cuando Sofía se acuerda de los pesares de Eucaris y se cree realmente en su lugar. No dejemos durante la ausencia despertar estos fantásticos amores. Sofía, le dije yo un día, haced con Emilio un intercambio de libros, dadle vuestro *Telémaco* a fin de que aprenda a gustarle, y que él os dé *El Espectador*, cuya lectura os place. Estudiad en él los deberes de las mujeres honradas y pensad que dentro de dos años estos deberes serán los vuestros. Este intercambio complace a los dos y les da confianza. En fin, llega el triste día y es necesario separarse.

El digno padre de Sofía con el que yo he concertado todo, me abraza al recibir mis adioses luego llevándome aparte, me dice estas palabras con un tono grave y un acento algo reiterativo: "He hecho todo para complaceros; sabía que yo trataba con un hombre de honor; sólo me queda una palabra que deciros: acordaos de que vuestro alumno ha firmado su contrato de matrimonio sobre la boca de mi hija".

¡Qué diferencia en la continencia de los dos amantes! Emilio, impetuoso, ardiente, agitado, fuera de sí, lanza gritos, vierte torrentes de lágrimas sobre las manos del padre, de la madre de la hija, abraza sollozando a todas las personas de la casa y repite las mismas cosas mil veces, con un desorden que haría reír en cualquier ocasión naturalmente. Sofía triste, pálida, la mirada marchita y sombría, permanece quieta, no dice nada, no llora, no ve a nadie, ni siquiera a Emilio. El le coge las manos la estrecha en sus brazos; ella permanece inmóvil, insensible a sus lágrimas, a sus caricias, a todo cuanto él hace, él ya ha partido para ella. ¡Cuán más emotivo es este aspecto que la queja importuna y los ardientes lamentos de su amante! Él lo ve, lo percibe, y está dolido: yo le arrastro con trabajo; si le dejase todavía un momento, ya no querría partir. Estoy encantado de que él lleve consigo esta triste imagen. Si en alguna ocasión estuviese tentado de olvidar lo que él debe a Sofía, recordándola tal y como la vio en el momento de su marcha sería necesario que tuviese el corazón demasiado alocado para no conducirlo hasta ella.

LOS VIAJES

Nos preguntamos si es bueno que los jóvenes viajen y discutimos mucho sobre este particular. Si se plantease de otra manera la cuestión y preguntásemos si es bueno que los hombres hayan viajado, acaso no disputaríamos tanto.

El abuso de los libros mata la ciencia. Creyendo saber lo que se ha leído, nos creemos dispensados de aprenderlo. Demasiada lectura sólo sirve para hacer presuntuosos ignorantes. De todos los siglos de literatura, no ha existido uno en que se haya leído tanto como en el presente y ninguno en que se fuese menos sabio; de todos los países de Europa no existe ninguno donde se impriman tantas historias y relaciones de viajes como en Francia, y ninguno en donde menos se conozca el genio y las costumbres de las demás naciones. Tantos libros no hacen sino menospreciar el libro del mundo; o si seguimos leyéndolo cada uno se mantiene en su hoja. Cuando la frase *¿Podemos ser Persas?* me fuese desconocida, yo adivinaría, al oírla decir, que procede del país en donde los prejuicios nacionales son los más imperantes y del sexo que más los propaga.

Un parisién cree conocer a los hombres y no conoce nada más que a los franceses; en su ciudad, llena siempre de extranjeros, mira a cada extraño como un fenómeno extraordinario que no tiene parigual en el resto del universo. Es preciso haber visto de cerca a los burgueses de esta gran ciudad y haber vivido entre ellos, para ver que con tanto espíritu se pueda ser tan estúpido. Lo que hay de extraño en ello es que cada uno acaso haya leído diez veces la descripción del país del que un habitante va a maravillarle de modo tan extraordinario.

Es excesivo el tener que penetrar a la vez los prejuicios de los autores y los nuestros para llegar a la verdad. Yo he pasado mi vida leyendo relaciones de viajes, y jamás he encontrado en ellos dos que me hayan dado la misma idea de determinado pueblo. Comparando lo poco que yo podía observar con lo que había leído, acabé por dejar en su lugar a los viajeros y lamentar el tiempo que había concedido para instruirme con su lectura, bien convencido de que para hacer observaciones de toda clase no es necesario leer, se precisa ver. Aquello sería veraz en esta ocasión cuando todos los viajeros fuesen sinceros y dijieran sólo lo que han visto o lo que creen, y cuando no disimulasen la verdad con los falsos colores que ella toma ante sus miradas. ¡Qué sucederá cuando es necesario aún desembrollar a través de sus falsedades y de su mala fe!

Dejemos pues la fuente de los libros con que se ufanan aquellos que están hechos para contentarse con ellos. Ello es bueno, así como el arte de Raimundo Lulio, para aprender a hablar mucho de lo que no se conoce. Es bueno para erigir Platones de quince años que filosofen en los círculos, y para instruir a una reunión en los usos de Egipto o de las Indias. Sobre la fe de Paul Lucas o de Tavernier.

Yo sostengo como máxima incontestable que quien quiera que no haya visto nada más que un pueblo, en lugar de conocer a los hombres, no conoce sino las personas con las cuales ha vivido. Aquí tenemos todavía otra manera de plantear la misma cuestión de los viajes: ¿basta con que un hombre bien educado no conozca sino a sus compatriotas, o le importa conocer a los hombres en general? Ya no queda aquí ni disputa ni duda.

Pero, para estudiar a los hombres, ¿es necesario recorrer el mundo entero?; ¿precisamos ir al Japón para conocer a los europeos? Para conocer la especie, ¿se impone conocer a todos los individuos? No; existen hombres que se asemejan tanto que no vale la pena estudiarlos por separado. Quien ha visto a diez franceses los ha visto a todos. Aun cuando no se pueda decir otro tanto de los ingleses y de algunos otros pueblos, es sin embargo, cierto que cada nación posee su carácter propio y específico, que se comprende por inducción, no por la observación de uno sólo de sus miembros, sino de varios. Quien ha comparado diez pueblos, conoce a los hombres, como el que ha visto a diez franceses conoce a los franceses.

No basta para instruirse, recorrer los países; es preciso saber viajar. Para observar es necesario poseer ojos y dirigirlos hacia el motivo que se quiere conocer. Hay muchas personas a las que los viajes instruyen todavía menos que los libros, porque ignoran el arte de pensar, porque en la lectura su espíritu está guiado al menos por el autor, y porque en sus viajes no saben ver nada por sí mismos. Otros no se instruyen porque no quieren instruirse. Su objetivo es tan diferente que éste no les afecta nada; es gran azar si se les ve exactamente en donde se cuidan de mirar. De todos los pueblos del mundo, el francés es el que viaja más; pero, imbuido por sus usos, confunde todo lo que no se asemeja a ellos. Existen franceses en todos los rincones del mundo. No existe país donde se encuentren más personas que hayan viajado que las que se encuentran en Francia. Sin embargo, con todo esto, es de todos los pueblos de Europa el que viendo más los conoce menos.

El inglés viaja también, pero de otra manera; es preciso que estos dos pueblos sean contrarios en todo. La nobleza inglesa viaja, la nobleza francesa no viaja; el pueblo francés viaja, el pueblo inglés no viaja. Esta diferencia me parece honorable para el último. Los franceses están dominados por alguna mira interesada en sus viajes; pero los ingleses no van a buscar fortuna a las demás naciones, si no es por el comercio y con las manos llenas; cuando viajan es para verter su dinero. no para vivir de industria; ellos son demasiado orgullosos para ir a arrastrarse fuera de su país. Esto hace también que ellos se instruyan mejor en el extranjero que lo hacen los franceses, quienes tienen otro objetivo muy distinto en la cabeza. Sin embargo, los ingleses tienen también sus prejuicios nacionales e incluso los tienen más que nadie; pero estos prejuicios se mantienen menos en la ignorancia que en la pasión. El inglés posee los prejuicios del orgullo, y el francés los de la vanidad.

Como los pueblos menos cultivados son generalmente los más inteligentes, aquellos que viajan menos viajan mejor: porque estando menos avanzados que nosotros en nuestras frívola, investigaciones y menos ocupados en los objetos de nuestra vana curiosidad, prestan toda su atención a lo que es verdaderamente útil. Yo no conozco nada más que a los españoles que viajan de esta manera. Mientras que un francés corre entre los artistas de un país, que un inglés se hace dibujar algo antiguo y un alemán lleva su álbum a todos los sabios, el español estudia en silencio el gobierno, las costumbres, la policía, y es el único de los cuatro que, de regreso a su patria, relaciona con lo que ha visto alguna observación útil para su país.

Los antiguos viajaban poco, leían poco, publicaban pocos libros y, sin embargo, se comprueba, en los que nos quedan de ellos, que observaban mejor los unos a los otros que nosotros observamos a nuestros contemporáneos. Sin remontarnos a los escritos de Homero, el único poeta que nos transporta a los países que describe, no podemos negar a Heródoto el honor de haber descrito las costumbres en su historia, aun

cuando ello sea más en narraciones que en reflexiones, mejor que lo han hecho todos nuestros historiadores recargando sus libros con retratos y caracteres. Tácito ha descrito mejor a los germanos de su tiempo que ningún escritor ha descrito a los alemanes de la actualidad. Incontestablemente, aquellos que estaban versados en la historia antigua conocían mejor a los griegos, los cartagineses, los romanos, los galos, los persas, que ningún pueblo de nuestros días conoce a sus vecinos.

Es preciso confesar también que los caracteres originarios de los pueblos, borrándose de día en día, llegan a ser por la misma razón más difíciles de captar. A medida que las razas se mezclan, y que los pueblos se confunden, vemos poco a poco desaparecer esas diferencias nacionales que resaltan antes a la primera mirada. Antiguamente cada nación quedaba más encerrada en sí misma; existían menos comunicaciones, menos viajes, menos intereses comunes o contrarios, menos enlaces políticos y civiles de pueblo a pueblo; no existían tantos de estos enredos reales llamados negociaciones, ni embajadores ordinarios o residentes permanentes; las grandes navegaciones eran raras y había poco comercio lejano; y el escaso que había era hecho por el mismo príncipe, que para ello se servía de extranjeros. o por gentes despreciables. que no daban el tono a nadie y no aproximaban las naciones. Existen ahora cien veces más relaciones entre Europa y Asia que había antes entre Galia Hispana: Europa sola estaba más esparcida por toda la tierra que lo está hoy.

Agregad a esto que los antiguos pueblos, considerándose en su mayor parte como autóctonos u originarios de su propio país, lo ocupaban desde mucho tiempo para haber perdido la memoria de los siglos pasados en donde sus antepasados se habían establecido, y por haber dejado el tiempo al clima el hacer sobre ellos impresiones duraderas: en lugar de que, entre nosotros, después de las invasiones de los romanos, las emigraciones recientes de los bárbaros lo mezclaron todo, lo confundieron todo. Los franceses de la actualidad no son ya aquellos grandes cuerpos rubios y blancos de otras veces; los griegos no son ya aquellos hermosos hombres formados para servir de modelos al arte; la figura de los mismos romanos ha cambiado de carácter, así como su natural; los persas, originarias de Tartaria, pierden cada día de su fealdad primitiva por la mezcla de sangre circasiana; los europeos ya no son galos, germanos. iberos, saboyanos; todos ellos no son sino Scitas degenerados en cuanto a la persona, y todavía más en cuanto a las costumbres.

He aquí la razón de que las antiguas distinciones de las razas, las cualidades del aire y del terreno marcaran más fuertemente de pueblo a pueblo los temperamentos, los rostros, las costumbres, los caracteres, en forma que no puede marcarse en nuestros días, en que la circunstancia europea no deja a ninguna causa natural el tiempo para dejar sus impresiones, y en donde los bosques abatidos, las tierras pantanosas desecadas, la tierra más uniforme aunque peor cultivada, no dejan ya, incluso en lo físico, la misma diferencia de tierra a tierra y de país a país.

Acaso, con semejantes reflexiones nos apresuraríamos menos a desviar hacia el ridículo a Heródoto, a Ctesias, Plinio, por haber representado los habitantes de diversos países con rasgos originales y señaladas diferencias con las que ya no les vemos más. Sería necesario volver a encontrar a los mismos hombres para reconocer en ellos las mismas personas; se necesitaría que nada les hubiese cambiado para que hubiesen permanecido idénticos. Si pudiésemos considerar a la vez a todos los hombres que han sido, ¿podemos dudar que no los hallásemos más variados de siglo en siglo, que los encontramos hoy de nación a nación ?

Al mismo tiempo que las observaciones se hacen cada vez más difíciles, se forman más negligentemente y peor; ésta es otra razón del poco éxito de nuestras investigaciones en la historia natural del género humano. La instrucción que se obtiene de los viajes se relaciona con el objeto que los motiva. Cuando este objeto es un sistema de filosofía, el viajero no ve jamás sino lo que quiere ver; cuando este objeto es el interés, absorbe toda la atención de aquellos que se entregan a él. El comercio y las artes, que mezclan y confunden los pueblos les impiden también estudiarse. ¿Cuándo saben ellos el provecho que pueden obtener el uno con otro, cuando más se conocen?

Es útil para el hombre conocer todos los lugares en donde se puede vivir, a fin de escoger enseguida aquellos en donde se puede vivir más cómodamente. Si cada uno se bastase a sí mismo, sólo le importaría conocer la extensión del país que puede nutrirle. El salvaje, que no tiene necesidad de nadie y no envidia nada en el mundo, no conoce y no pretende conocer otros países que el suyo. Si se ve obligado a extenderse para subsistir él huye de los lugares habitados por los hombres; sólo quiere a las bestias, y sólo tiene necesidad de ellas para alimentarse. Pero en cuanto a nosotros, a quienes es necesaria la vida civil y que no podemos pasarnos de comer hombres, el interés nos obligará a frecuentar los países en donde hallamos mucho más que devorar. He aquí por qué todo afluye a Roma, a París, a Londres. Siempre es en las capitales donde la sangre humana se vende más barata.

Decimos que tenemos sabios que viajan para instruirse; craso error; los sabios viajan por interés como los demás. Los Platón, los Pitágoras no se encuentran ya, o, si existen, están muy lejos de nosotros.

Nuestros sabios no viajan sino por orden de la corte se les despacha, se les costea, se les paga para ver tal o cual objeto, que probablemente no es un objeto moral. Ellos deben todo su tiempo a este objeto único; son demasiado honestas personas para robar su dinero. Si, en algún país que esto pudiera suceder, viajasen los curiosos a sus expensas, esto no sería nunca para estudiar a los hombres, sería para instruirlos. No es de ciencia de lo que tienen necesidad, sino de ostentación. ¿Cómo aprenderían ellos en sus viajes a sacudir el yugo de su opinión si no los hacen sino para ella?

Existe mucha diferencia entre viajar para ver el país o para ver los pueblos. El primer motivo es siempre el de los curiosos, el otro sólo resulta accesorio para ellos. Debe ser todo lo contrario para el que quiere filosofar. El niño observa las cosas esperando a que pueda observar a los hombres. El hombre debe comenzar por observar a sus semejantes, y después observar las cosas si tiene tiempo para ello.

Razona mal, por tanto, quien concluye que los viajes son inútiles porque viajamos mal. Pero reconocida la utilidad de los viajes, ¿se seguirá de ello que convienen a todo el mundo? En absoluto; convienen por el contrario a muy pocas personas; no convienen sino a los hombres firmes, capaces de escuchar las lecciones del error sin dejarse seducir, y para ver el ejemplo del vicio sin dejarse arrastrar. Los viajes impulsan lo natural hacia su inclinación, y terminan por hacer al hombre bueno o malo. Cualquiera que vuelva de correr el mundo es a su regreso lo que será toda su vida vuelven más malos que buenos, porque en parte hay más inclinaciones al mal que al bien. Los jóvenes mal educados y mal guiados contraen en sus viajes todos los vicios de los pueblos que frecuentan y ni una de las virtudes con que esos vicios están mezclados; pero aquellos que han nacido venturosamente, aquellos que han cultivado bien su condición y que viajan con el verdadero propósito de instruirse, vuelven mejores y más prudentes que lo eran al partir. Así viajará mi Emilio: de esa forma había viajado ese joven, digno del mejor siglo, al que Europa asombrada admira el mérito, que murió por su país en la flor de sus años, pero que merecía vivir y cuya tumba ornada con sus solas virtudes esperaba para ser honrada que una mano extranjera sembrase en ella las flores.

Todo cuanto se hace por razón debe tener sus reglas. Los viajes tomados como una parte de la educación, deben tener las suyas. Viajar por viajar es errar, ser vagabundo: viajar para instruirse es todavía un motivo demasiado vago: la instrucción que no tiene un objetivo determinado no es nada. Yo quisiera dar al joven un interés sensible para instruirse, y este interés bien escogido fijaría aún la naturaleza de la instrucción. Es siempre la continuidad del método lo que yo he trabajado para practicar.

Ahora bien, después de ser considerado por sus relaciones físicas con los demás seres, por sus relaciones morales con los otros hombres, le queda considerarse por sus relaciones civiles con sus conciudadanos. Para esto es necesario que comience por estudiar la naturaleza del gobierno en general, las diversas formas de gobierno, y en fin, el gobierno particular bajo el cual ha nacido, para saber si le conviene vivir en él; pues, por un derecho que nada puede abrogar, cada hombre cuando llega a ser mayor y dueño de sí mismo se convierte en señor capaz de renunciar al contrato por el cual está ligado a la comunidad. abandonando el país por el cual ella está establecida. Sólo es por la residencia que él hace después de la edad de la razón como se le considera para confirmar tácitamente la obligación que contrajeron sus antepasados. Él adquiere el derecho de renunciar a su patria como a la sucesión de su padre; siendo todavía el lugar del nacimiento un don de la naturaleza. se cede del suyo renunciando a él. Por el derecho riguroso todo hombre queda libre a sus riesgos en cualquier lugar que haya nacido, a menos que no se someta voluntariamente a las leyes para adquirir el derecho de ser protegido de ellas.

Yo le diré, pues, por ejemplo: Hasta ahora habéis vivido bajo mi dirección. estabais fuera del estado de gobernaros por vos mismo. Pero os acercáis a la edad en que las leyes, dejándoos la disposición de vuestro bien, os hacen señor de vuestra persona. Vais a encontraros solo en la sociedad, dependiente de todo incluso de vuestro patrimonio. Tenéis a la vista un establecimiento: esto es loable, es uno de los deberes del hombre: pero antes de casaros, es preciso saber qué hombre queréis ser, en qué queréis pasar vuestra vida, cuáles medidas queréis tomar para asegurar el pan a vos y a vuestra familia, pues aunque no sea preciso hacer de tal preocupación su principal cuestión, es necesario, sin embargo, pensar una vez en ello. ¿Queréis obligaros a la dependencia de los hombres que despreciáis? ¿Queréis establecer vuestra fortuna y fijar vuestra condición mediante relaciones civiles que os situarán sin cesar a la discreción de los demás, y os obligarán, para escapar de los bribones a convertirlos en pícaro vos mismo?

A partir de esto yo le describiré todos los medios posibles de hacer valer su fortuna, sea en el comercio, sea en los cargos, sea en la finanza; y le demostraré que no existe uno de ellos que le sustraiga a los riesgos, que no le ponga en un estado precario y dependiente, y no le fuerce a regular sus costumbres, sus sentimientos, su conducta, sobre el ejemplo y los prejuicios de los demás.

Yo le diré que existe otro medio de emplear su tiempo y su persona, y éste es el de ponerse al servicio, es decir, alquilarse a buen precio para ir a matar personas que no nos han hecho mal alguno. Este

oficio merece gran estima por parte de los hombres, y ellos hacen un caso extraordinario de aquellos que sólo son buenos para esto. Además, lejos de dispensaros de los otros recursos, os los hace más necesarios; pues entra también en el honor de este estado arruinar a aquellos que se consagran a él. No se puede negar que no se arruinan todos; incluso la moda llega insensiblemente a enriquecerse en él como en los demás; pero yo dudo que aún explicándoos cómo obran para conseguirlos aquellos que tienen éxito, suscite vuestra curiosidad para imitarlos.

Sabréis también que en este mismo oficio no se trata ya de aliento ni de valor, si éste puede estar cerca de las mujeres que por el contrario el más rastrero, el más bajo, el más servil, es siempre el más honrado: que si demostráis querer hacer todo con propiedad, seréis despreciado, odiado, incluso rechazado, al menos abrumado de injusticias, y suplantado por todos vuestros camaradas, por haber realizado vuestro servicio en su lugar propio, en tanto que ellos hacían el suyo en el tocador.

Tenemos la seguridad de que todos estos menesteres no serán muy del gusto de Emilio. "¿ Es que – me dirá– he olvidado los juegos de mi infancia?; ¿he perdido mis brazos?; ¿se ha agotado mi fuerza?; ¿no sé ya trabajar?; ¿qué me importan todos vuestros felices empleos y todas las necias opiniones de los hombres? Yo no conozco otra gloria que la de ser benévolo y justo; no conozco otra dicha que la de vivir independiente con aquellos a quienes amamos. ganando todos los días el apetito y la salud mediante el trabajo personal. Toda esta limitación de que habláis en nada me alcanza. Yo no deseo por todo bien sino una modesta alquería en cualquier rincón del mundo. Pondré toda mi avaricia en darle valor, y viviré sin inquietud. Sofía y mi campo; y yo seré rico."

Sí amigo mío, eso es suficiente para la dicha de un prudente: una mujer y un campo que sean suyos; pero estos tesoros, aunque modestos, no son tan comunes como pensáis. El más raro ha sido hallado por vos; hablemos del otro.

¡Un campo que sea vuestro, querido Emilio!; ¿y en qué lugar lo escogeríais?; ¿en qué rincón de la tierra podríais deciros: Aquí me siento señor de mi persona y del terreno que me pertenece?; ¿sabemos en qué lugares es fácil hacerse rico?; ¿quién sabe dónde se puede prescindir de serlo? ¿Quién sabe en dónde podemos vivir independientes y libres sin tener necesidad de hacer mal a nadie y sin temor de recibirlo? ¿Creéis que el país en donde esté permitido siempre ser un hombre honrado sea tan fácil de encontrar? Si existe algún medio legítimo y seguro de subsistir sin intriga, sin problema, sin dependencia, es, convengo en ello, el de vivir del trabajo de sus manos cultivando su propia tierra: pero ¿en dónde se halla el estado en donde se pueda decir: la tierra que yo piso es mía? Antes de elegir esta venturosa tierra, aseguraos bien de encontrar en ella la paz que buscáis, prevenios de que un gobierno violento, una religión perseguidora, perversas costumbres, no os vengán a perturbar. Poneos al abrigo de los impuestos infinitos que devorarían el fruto de vuestros trabajos, de los interminables procesos que consumirían vuestros fondos. Obrad de suerte que viviendo justamente no tengáis que hacer vuestra corte a los intendentes, a sus sustitutos, a los jueces, a los sacerdotes a poderosos vecinos, a pícaros de toda clase, dispuestos siempre a atormentaros si los menospreciáis. Sobre todo poneos al abrigo de las vejaciones de los grandes y de los ricos; pensad que por todas partes pueden confinar sus tierras con la viña de Naboth. Si vuestra desgracia quiere que un hombre en el lugar compre o edifique una casa cerca de vuestra vivienda, ¿os garantizáis de que no hallará el medio, bajo pretexto alguno, de invadir vuestro patrimonio para redondear el suyo, o de que no le veréis, acaso desde mañana absorber todos vuestros recursos de manera desproporcionada? Aunque conservéis crédito para prevenir todos estos inconvenientes, sin embargo vale conservar también vuestras riquezas, ya que ellas no os exigirán más trabajo que guardarlas. La riqueza y el crédito se apoyan mutuamente; el uno se sostiene siempre con dificultad sin la otra.

Yo tengo más experiencia que vos querido Emilio, veo mejor la dificultad de vuestro proyecto. Es hermoso, no obstante, es honesto y os haría en efecto feliz; esforcémonos por ejecutarlo. Tengo una proposición que haceros: consagremos los dos años que nos hemos tomado hasta vuestro regreso en escoger un refugio en Europa en donde podáis vivir dichoso con vuestra familia, al abrigo de todos los peligros de que acabo de hablaros. Si lo conseguimos, habréis hallado la verdadera dicha vanamente buscada por tantos otros, y no tendréis pesar en vuestros días. Si no lo conseguimos, habréis sido curado de una quimera, os consolaréis de una desventura inevitable y os someteréis a la ley de la necesidad.

No sé si todos mis lectores percibirán hasta dónde nos va a llevar una investigación así propuesta; pero sé bien que si, al regreso de estos viajes, comenzados y continuados ante vuestra mirada, Emilio no vuelve versado en todas las materias de gobierno, de costumbres públicas y de preceptos de estado de toda especie, es preciso que él o yo estemos desprovistos por completo, el uno de inteligencia, y el otro de juicio.

El derecho político está todavía por nacer, y es de presumir que no nacerá jamás. Grocio, el maestro de todos nuestros sabios en esta cuestión, sólo es un niño, y, lo que es peor, un niño de mala fe. Cuando

oigo elevar a Grocio hasta las nubes y cubrir de execración a Hobbes, veo cuánto leen o comprenden los hombres sensatos a estos dos autores. La verdad es que sus principios son exactamente iguales, no difieren sino por las expresiones. También difieren por el método. Hobbes se apoya sobre sofismas y Grocio sobre poetas, todo lo demás les es común.

El único moderno en estado de crear esta elevada e inútil ciencia hubiese sido el ilustre Montesquieu. Pero él no se preocupó de tratar principios de derecho político, se contentó con estudiar el derecho positivo de los gobiernos establecidos, y nada en el mundo es más diferente que estos dos estudios.

Sin embargo, aquel que pretende juzgar sanamente respecto a los gobiernos tales y como existen, está obligado a reunirlos los dos: es necesario saber lo que debe ser para juzgar bien lo que es. La mayor dificultad para esclarecer estas importantes materias es interesar a un particular para discutir las respondiendo a estas dos preguntas: *¿qué me importa?* y *¿qué puedo hacer yo?* Nosotros hemos situado a nuestro Emilio en condición de responder a ambas.

La segunda dificultad deriva de los prejuicios de la infancia. de los preceptos en los cuales ha sido formado, sobre todo de la parcialidad de los autores, quienes, hablando siempre de la verdad de la que no se cuidan nada, sólo piensan en su interés al que no hacen referencia. Ahora bien, el pueblo no da ni cátedras, ni pensiones, ni plazas en las academias; que se considere cómo estos derechos deben ser establecidos por estas gentes. Yo he obrado de modo que esta dificultad fuese también nula para Emilio. Apenas sabe él lo que es gobierno: la única cosa que le importa es hallar el mejor. Su objeto no es hacer libros; y si nunca los logra, no será por hacer su corte a las potencias, sino para establecer los derechos de la humanidad.

Queda una tercera dificultad, más curiosa que sólida, y que no quiero ni resolver ni proponer, me basta con que ella no espante mi celo; convencido de que en investigaciones de esta clase, son menos necesarios grandes talentos que un sincero amor a la justicia, y un verdadero respeto por la verdad. Si las materias de gobierno pueden ser equitativamente tratadas. he aquí la ocasión.

Antes de observar, es necesario trazarse reglas para sus observaciones, es preciso hacerse una escala para relacionar con ella las medidas que tomemos. Nuestros principios de derecho político están a esta escala. Nuestras medidas son las leyes políticas de cada país.

Nuestros elementos serán claros, sencillos, tomados inmediatamente en la naturaleza de las cosas. Se formarán de las cuestiones discutidas entre nosotros, y que nosotros sólo convertiremos en principios cuando ellas estén suficientemente resueltas.

Por ejemplo, considerando primero al estado de naturaleza, examinaremos si los hombres nacen esclavos o libres, asociados o independientes; si se reúnen voluntariamente o por la fuerza; si nunca la fuerza que los reúne puede formar un derecho permanente, por el cual esta fuerza anterior obligue, incluso cuando ella esté superada por otra, de suerte que desde la fuerza del rey Nembrod, que según suele decirse le dio el dominio de los primeros pueblos, todas las demás fuerzas que han destruido ésta, han resultado inicuas y usurpadoras, y no hay más reyes legítimos que los descendientes de Nembrod o sus representantes; o bien, si al cesar esta primera fuerza, la inmediata que le sucede obliga a su vez y destruye el compromiso de la otra, de suerte que no se esté obligado a obedecer sino en tanto que se esté forzado, y que se esté dispensado tan pronto como se pueda hacer resistencia: derecho que, parece ser, no agregaría gran cosa a la fuerza y no sería nada más que un juego de palabras.

Examinaremos si no se puede decir que toda enfermedad procede de Dios, y si de lo dicho se deduce que sea un delito llamar al médico.

Examinaremos también si estamos obligados en conciencia a dar nuestra bolsa a un bandido que nos la pida en la carretera, cuando incluso podríamos ocultarla; pues al fin la pistola que él maneja es también una potencia.

Si la palabra *potencia* quiere decir en esta ocasión cosa distinta que *potencia legítima*, y, por consecuencia, sometida a las leyes de que deriva su ser.

En el caso de que se rechace este derecho de la fuerza, y que se admita el de la naturaleza o la autoridad paterna como principio de las sociedades, buscaremos la medida de esta autoridad, cómo ella está fundamentada en la naturaleza, si ella tiene otra razón que la utilidad del niño, su debilidad y el amor natural que el padre siente por él; si la debilidad del niño cesase y su razón madurara, no llega a ser el único juez natural de los que conviene a su conservación, por consecuencia su propio señor, e independiente de otro hombre, incluso de su padre; pues es aún más seguro que el hijo se ame a sí mismo que no el padre ame al hijo.

Si ha muerto el padre, los hijos están obligados a obedecer a su hermano mayor o a algún otro que no tendrá para ellos el amor natural de un padre; y de este modo de raza en raza, habrá siempre un jefe

único, al que toda la familia esté obligada a obedecer. En tal caso se investigaría la razón de ser compartida la autoridad, y con qué derecho habría sobre toda la tierra más de un jefe que gobernase al género humano.

En el supuesto de que los pueblos se hubiesen formado por elección, distinguiríamos entonces el derecho del hecho; y nos preguntamos si, estando sometidos de esa manera a sus hermanos, tíos, o parientes, no porque ellos fuesen obligados sino porque lo han querido, esta clase de sociedad no entra siempre en la asociación libre y voluntaria.

Pasando a continuación al derecho de esclavitud, examinaremos si un hombre puede legítimamente enajenarse a otro sin restricción, sin reserva, sin ninguna clase de condición; es decir si él puede renunciar a su persona, a su vida, a su razón, *a su yo*, a toda moralidad en sus acciones, y cesar en una palabra de existir. antes de su muerte, a pesar de la naturaleza que le carga inmediatamente de su propia conservación, y a pesar de su conciencia y de su razón que le prescriben lo que debe hacer y aquello de que debe abstenerse.

Si existe alguna reserva, alguna restricción, en el acto de esclavitud, discutiremos si este acto no se convierte entonces en un verdadero contrato, en el que cada uno de los dos contratantes, no teniendo en esta cualidad superior común²² quedan como sus propios jueces cada uno en esta parte, dueños de romperlo tan pronto como se consideren lesionados.

Supuesto que un esclavo no puede venderse sin reserva a su señor, ¿cómo un pueblo puede enajenarse sin reserva a su jefe?; y si el esclavo permanece juez de la observancia del contrato por su señor, ¿cómo el pueblo no permanecerá juez de la observancia del contrato por parte de su jefe?

Obligados a volver de este modo sobre nuestros pasos, y considerando el sentido de esta palabra colectiva de pueblo, investigaremos si, para establecerla, no es necesario un contrato, al menos tácito, anterior a aquel que nosotros suponemos.

Dado que antes de elegirse un rey, el pueblo es un pueblo, ¿qué es lo que le ha hecho así sino el contrato social? El contrato social es, por tanto, la base de toda sociedad civil, siendo en la naturaleza de este acto en donde es necesario buscar el de la sociedad que forma.

Investigaremos cuál es el contenido de este contrato, y si no puede ser casi enunciado mediante esta fórmula: "Cada uno de nosotros sitúa en común sus bienes, su persona, su vida, y toda su potencia, bajo la suprema dirección de la voluntad general, y nos sentimos cuerpo cada miembro como parte indivisible del todo".

Después de lo dicho, y con el fin de definir los términos de que tenemos necesidad, subrayaremos que en lugar de la persona particular de cada contratante, este acto de asociación produce un cuerpo moral y colectivo, compuesto de tantos miembros como votos tiene la asamblea. Esta persona pública toma en general el nombre de *Cuerpo político*, el cual es llamado por sus miembros *estado* cuando es pasivo, *soberano*, cuando es activo, *potencia* comparándole con sus semejantes. Con respecto a los miembros en sí mismos, ellos toman el nombre de *pueblo* colectivamente, y se llaman en particular *ciudadanos* como miembros de la *ciudad* o participantes en la autoridad soberana, y *súbditos* como sometidos a la misma autoridad.

Subrayamos que este acto de asociación encierra un compromiso recíproco del público y de los particulares, y que cada individuo, contratando por decirlo así consigo mismo, se encuentra obligado bajo una doble relación, a saber, como miembro del soberano hacia los particulares, y como miembro del estado hacia el soberano.

Seguiremos subrayando que no estando nadie obligado a los compromisos que no ha tomado sino consigo mismo, la deliberación pública que puede obligar a todos los súbditos con el soberano, a causa de las dos diferentes relaciones en que cada uno de ellos está enfocado, no puede obligar al estado consigo mismo. Por donde se deduce que no existe ni puede existir otra ley fundamental propiamente dicha que el sólo pacto social. Esto no significa que el cuerpo político no pueda, en ciertos aspectos, obligarse hacia los demás; pues, con relación al extranjero, se convierte en un ser simple, un individuo.

Ambas partes contratantes, a saber, cada particular y el público, no teniendo ningún superior común que pueda juzgar sus diferencias, nos llevan a examinar si cada uno de los dos queda dueño de romper el contrato cuando le plazca, es decir, de renunciar por su parte a él tan pronto como se crea perjudicado.

Para esclarecer esta cuestión observamos que, según el pacto social, no pudiendo el soberano obrar sino por voluntades comunes y generales, sus actos no deben tampoco tener sino objetivos generales y comunes; de donde se sigue que un particular no acertaría a ser perjudicado directamente por el soberano como no lo fuesen todos, lo que no es posible, porque esto significaría querer causarse mal a sí mismo. De

²² Si ellos tuvieran uno, este superior común no sería otro que el soberano y entonces el derecho de esclavitud, fundado en el derecho de soberanía no sería el principio

este modo el contacto social no tiene nunca otra garantía que la fuerza pública, porque la lesión jamás puede venir sino de los particulares, y entonces no quedan por esto libres de su compromiso, sino sancionados por haberle violado.

Para decidir con acierto todas las cuestiones semejantes, tendremos necesidad de recordarnos siempre que el pacto social es de una naturaleza particular y propia de él sólo, en lo que respecta a que el pueblo no contrata sino consigo mismo, es decir, el pueblo en cuerpo como soberano, con los particulares como súbditos: condición que forma todo el artificio y el juego de la máquina política, y que sólo hace legítimos, razonables y sin peligro, los compromisos que sin esto serían absurdos, tiránicos y sujetos a los abusos más enormes.

No estando los particulares sometidos nada más que al soberano, y no siendo la autoridad soberana otra cosa que la voluntad general, veremos cómo cada hombre, obedeciendo al soberano, sólo se obedece a sí mismo, y cómo somos más libres en el pacto social que en el estado de la naturaleza.

Después de haber hecho la comparación de la libertad natural con la libertad civil en cuanto a las personas, haremos, respecto a los bienes, la del derecho de propiedad con el derecho de soberanía, del dominio particular con el dominio eminente. Si es sobre el derecho de propiedad como está fundada la autoridad soberana, este derecho es el que él permanezca como un derecho particular e individual; tan pronto como sea considerado común a todos los ciudadanos, está sometido a la voluntad general, y esta voluntad puede destruirlo. De esta forma el soberano carece de derecho para afectar al bien de un particular, ni de varios; pero puede legítimamente señorearse del bien de todos, como se hizo en Esparta en tiempo de Licurgo en tanto que la abolición de las deudas por Solón fue un acto ilegítimo.

Dado que nada obliga a los súbditos fuera de la voluntad general, investigaremos cómo se manifiesta esta voluntad y cuáles signos tenemos seguros para reconocerla, lo que es una ley y cuáles son los verdaderos caracteres de ésta. Este motivo es obvio: la definición de la ley está todavía por hacer.

En el momento en que el pueblo considera en particular uno o varios de sus miembros, el pueblo se divide. Se forma entre el todo y su parte una relación que hace dos seres separados, de los cuales la parte es el uno, y el todo, menos esa parte, es el otro. Pero el todo menos una parte no es el todo; en tanto que esta relación subsista ya no existe en ella todo, sino dos partes desiguales.

Por el contrario, cuando todo el pueblo estatuye sobre todo el pueblo, no se considera más que a sí mismo; y si se forma una relación, ésta es del objeto en conjunto desde un punto de vista al objeto total desde otro punto de vista, sin ninguna división del todo. Entonces el objeto sobre el cual se estatuye es general, y la voluntad que estatuye es también general. Examinaremos si existe alguna otra especie de acto que pueda llevar el nombre de ley.

Si el soberano sólo puede hablarme mediante leyes, y si la ley no puede tener nunca nada más que un objeto general y relativo igualmente a todos los miembros del estado, se sigue que el soberano no tiene jamás el poder para estatuir nada sobre un motivo particular; y como sin embargo importa a la conservación del estado que él esté también decidido a las cosas particulares, investigaremos cómo puede realizarse esto.

Los actos del soberano no pueden ser sino actos de voluntad general, *leyes*; se precisan a continuación actos determinantes, actos de fuerza o de gobierno, para la ejecución de estas mismas leyes; y éstos, por el contrario, no pueden tener más que objetivos particulares. De este modo el acto por el cual el soberano estatuye que se elija un jefe es una ley, y el acto por el cual se elige este jefe en ejecución de la ley sólo es un acto de gobierno.

He aquí pues una tercera relación con respecto a la cual el pueblo reunido puede ser considerado, a saber, como magistrado o ejecutor de la ley que él ha producido como soberano²³.

Examinaremos, si es posible, cómo el pueblo se despoja de su derecho de soberanía para revestirse en un hombre o en varios; pues no siendo nada más que una ley el acto de elección, y no siendo en este acto el pueblo soberano por sí mismo, no se ve cómo entonces puede transferir un derecho que no posee.

Consistiendo en la voluntad general la esencia de la soberanía, no se comprende cómo nos podemos asegurar de que una voluntad particular estará siempre de acuerdo con esa voluntad general. Debemos presumir mejor aún que ella será a menudo contraria a ésta, pues el interés privado tiende siempre a las preferencias y el interés público a la igualdad: y cuando este acuerdo fuese posible. bastaría que no fuese necesario e indestructible para que el derecho soberano no pudiese ser la resultante .

²³ Estas cuestiones y proposiciones están, en su mayor parte, extraídas del *Tratado del contrato social*, extracto él mismo de una obra mucho más extensa, emprendida sin consultar mis fuerzas y abandonada desde hace tiempo El breve tratado que ha desglosado de él, y del cual es esto el sumario, será publicado aparte

Investigaremos si sin violar el pacto social los jefes del pueblo bajo cualquier nombre en que sean elegidos pueden ser nunca otra cosa que los oficiales del pueblo. a los cuales ordena el hacer ejecutar las leyes: si estos jefes no le deben cuenta de su administración y no están sometidos por sí mismos a las leyes de que están encargados de hacer observar.

Si el pueblo no puede enajenar su derecho supremo ¿puede confiarlo por algún tiempo? Si no puede darse un señor ¿pueden darse representantes? Esta cuestión merece discusión.

Si el pueblo no puede tener ni soberano ni representantes examinaremos cómo puede llevar sus leyes a sí mismo; si debe tener muchas leyes; si debe cambiarlas con frecuencia; si es fácil que un gran pueblo sea su propio legislador.

Si el pueblo romano no era un gran pueblo; si es bueno que haya grandes pueblos.

Deducimos de las consideraciones precedentes que existe en el estado un cuerpo intermedio entre los súbditos y el soberano; y este cuerpo intermedio. formado de uno o de varios miembros. está encargado de la administración pública de la ejecución de las leyes y del mantenimiento de la libertad civil y política.

Los miembros de este cuerpo se llaman *magistrados* o *reyes*, es decir gobernadores. El cuerpo en conjunto considerado por los hombres que lo componen se llama *príncipe*, y, considerado por su acción se llama *gobierno*.

Si consideramos la acción del cuerpo en conjunto actuando sobre sí mismo es decir la relación del todo al todo o del soberano al estado podemos comparar esta relación con la de los extremos de una proporción continua en la cual el gobierno supone el término medio. El magistrado recibe del soberano las órdenes que él da al pueblo; y todo compensado su producto o su potencia está en el mismo grado que el producto o la potencia de los ciudadanos que son súbditos de una parte y soberanos de la otra. No se acertaría a alterar ninguno de los tres términos sin romper al instante la proporción. Si el soberano quiere gobernar o si el príncipe quiere dar leyes o si el súbdito rehusa la obediencia el desorden sucede a la regla y el estado disuelto cae en el despotismo o en la anarquía.

Supongamos que el estado esté compuesto por diez mil ciudadanos. El soberano no puede ser considerado sino colectivamente y en corporación; pero cada particular tiene como súbdito una existencia individual e independiente. De este modo el soberano es al súbdito como diez mil a uno; es decir, que cada miembro del estado no posee por su parte sino la diezmilésima parte de la autoridad soberana a la que él está sometido por completo. Aunque el pueblo esté compuesto por cien mil hombres, el estado de los súbditos no cambia y cada uno lleva siempre todo el imperio de las leyes, en tanto que su sufragio, reducido a una cienmilésima, tiene diez veces menos influencia en su redacción. Así, permaneciendo el sujeto siempre uno, la relación del soberano aumenta en razón del número de los ciudadanos. De donde se sigue que cuanto más se agranda el estado, más disminuye la libertad.

Ahora bien, cuanto menos se relacionan las voluntades particulares a la voluntad general, es decir, las costumbres a las leyes, más debe aumentar la fuerza represora. Por otra parte, facilitando la grandeza del estado a los depositarios de la autoridad pública más tentaciones y medios para abusar de ella, más fuerza tiene el gobierno para contener al pueblo y más debe tener a su vez el soberano para contener al gobierno.

Se deduce de esta doble relación que la proporción continua entre el soberano, el príncipe y el pueblo no es una idea arbitraria, sino una consecuencia de la naturaleza del estado. Se deduce también que siendo fijo uno de los extremos, a saber, el pueblo, todas las veces que la relación duplicada aumenta o disminuye, aumenta o disminuye a su vez la razón simple; esto no puede hacerse sin que el término medio cambie igualmente. De donde podemos sacar la siguiente consecuencia: que no existe una constitución de gobierno único y absoluto, sino que debe haber tantos gobiernos diferentes por naturaleza como estados diferentes existen en grandeza.

Descontado el hecho de que cuanto más numeroso es el pueblo, menos se relacionan las costumbres a las leyes, examinaremos si, por una analogía bastante evidente, no podemos decir también que cuanto más numerosos son los magistrados, más débil es el gobierno.

Para esclarecer este aserto, distinguiremos en la persona de cada magistrado tres voluntades esencialmente diferentes: primeramente, la voluntad propia del individuo, preocupado por su particular beneficio; en segundo lugar, la voluntad común de los magistrados, que se relaciona únicamente al beneficio del príncipe; (voluntad que se puede llamar voluntad de cuerpo, la cual es general con relación al gobierno, y particular con relación al estado del cual el gobierno forma parte); en tercer lugar la voluntad del pueblo o la voluntad soberana, la cual es general, tanto por relacionarse con el estado considerando como todo, como por relacionarse el gobierno considerado como parte del mismo. En una legislación perfecta, debe ser casi nula la voluntad particular e individual; la voluntad de cuerpo propia al gobierno muy subordinada; y por consecuencia la voluntad general y soberana es la regla de todas las demás. Por el contrario, según el orden

natural, estas diferentes voluntades llegan a ser más activas a medida que se concentran; la voluntad general es siempre la más débil, la voluntad de cuerpo ocupa el segundo rango, y la voluntad particular es preferida a todo; de suerte que cada uno es primeramente él mismo, luego magistrado y luego ciudadano: gradación directamente opuesta a la que exige el orden social.

Establecido esto, consideremos el gobierno en manos de un solo hombre. He aquí la voluntad particular y la voluntad de cuerpo perfectamente reunidas, y la última, como consecuencia, en el más alto grado de intensidad que puede tener. Ahora bien, como es de este grado del que depende el uso de la fuerza, y dado que la fuerza absoluta del gobierno, siendo siempre la del pueblo, no varía, se deduce que el más activo de los gobiernos es el de uno solo.

Por el contrario, unamos el gobierno a la autoridad suprema, hagamos al príncipe soberano y ciudadanos a los magistrados: entonces la voluntad de cuerpo, perfectamente confundida con la voluntad general, no tendrá más actividad que ella y dejará en toda su fuerza a la voluntad particular. De este modo el gobierno, siempre con la misma fuerza absoluta, rendirá su *mínimo* de actividad.

Estas reglas son incuestionables, en vista de que otras consideraciones sirven para confirmarlas. Vemos por ejemplo; los magistrados son más activos en su cuerpo que el ciudadano lo es en el suyo; por consecuencia la voluntad particular tiene mucha más influencia. Pues cada magistrado está casi siempre encargado de alguna función particular del gobierno; en lugar de que cada ciudadano, considerado aparte, carece de función alguna en la soberanía. Además, cuanto más se extiende el estado, más aumenta su fuerza real, aunque no aumente en razón de su extensión; pero permaneciendo el mismo el estado, los magistrados tienen facilidad para multiplicarse, el gobierno no adquiere una mayor fuerza real, porque es depositario de la del estado, que suponemos siempre igual. Así, por esta pluralidad, disminuye la actividad del gobierno sin que pueda aumentar su fuerza.

Después de haber comprobado que el gobierno se relaja a medida que los magistrados se multiplican, y que, cuanto más numeroso es el pueblo, más debe aumentar la fuerza represiva del gobierno, concluiremos que la relación entre magistrados y gobierno debe ser inversa a la de los súbditos y soberano. es decir, que cuanto más se agranda el estado más debe reducirse el gobierno, de tal manera que el número de los jefes disminuya en razón del crecimiento del pueblo.

Para fijar a continuación esta diversidad de formas bajo denominaciones más precisas, subrayamos en primer lugar que el soberano puede encargar el depósito del gobierno a todo el pueblo o a la mayor parte del mundo, de suerte que haya más ciudadanos magistrados que ciudadanos simples particulares. Se da el nombre de *democracia* a esta forma de gobierno.

O bien puede reducir el gobierno en manos de un menor número, de suerte que haya más simples ciudadanos que magistrados; y esta forma lleva el nombre de *aristocracia*.

En fin, puede concentrar todo el gobierno en las manos de un magistrado único. Esta tercera forma es la más común, y se llama *monarquía* o gobierno real.

Subrayemos que todas estas formas, o al menos las dos primeras son susceptibles de transformación, y tienen incluso una latitud bastante grande. Pues la democracia puede abrazar a todo el pueblo o reducirse hasta la mitad. A su vez, la aristocracia, puede de la mitad del pueblo reducirse indeterminadamente hasta las minorías más reducidas. La misma realeza admite a veces una división, sea entre el padre y el hijo, sea entre dos hermanos, o ya de otra forma. En Esparta había siempre dos reyes, y se ha visto en el imperio romano hasta ocho emperadores a la vez sin que se pudiera decir que el imperio estuviese dividido. Existe un punto en el que cada forma de gobierno se confunde con la siguiente; y, bajo tres denominaciones específicas, el gobierno es realmente capaz de tantas formas como el estado tiene ciudadanos.

Hay más: cada uno de estos gobiernos pudiendo en ciertos aspectos subdividirse en diversas partes, la una administrativa de una manera y la otra de otra, puede resultar de estas tres formas combinadas una multitud de formas mixtas cada una de las cuales es multiplicable por todas las formas simples.

Se ha discutido mucho en todo tiempo respecto a la mejor forma de gobierno, sin considerar que cada una es la mejor en ciertos casos, y la peor en otros. En cuanto a nosotros, si, en los diferentes estados, el número de los magistrados²⁴ debe ser inverso al de los ciudadanos, concluiremos que, en general el gobierno democrático conviene a los pequeños estados, la aristocracia a los medianos y la monarquía a los grandes.

²⁴ Se recordará que yo sólo hablo aquí de magistrados supremos o jefes de la nación; los demás no son más que sus sustitutos en tal o cual parte

Mediante el hilo de estas investigaciones llegan a saber cuáles son los deberes y los derechos de los ciudadanos y si se pueden separar los unos de los otros; de lo que es la patria y en qué consiste precisamente, y lo que cada uno puede conocer respecto a si hay una patria o no la hay.

Después de haber considerado de este modo cada especie de sociedad civil en sí misma, las compararemos para observar las diversas relaciones: las unas grandes, las otras pequeñas; las unas fuertes, las otras débiles; atacándose, ofendiéndose, destruyéndose entre sí; y, en esta continua acción y reacción, haciendo más miserables y costando la vida a más hombres que si hubiesen conservado todos su primera libertad. Examinaremos si no se ha hecho demasiado o demasiado poco en la institución social; si los individuos sometidos a las leyes y a los hombres en tanto que las sociedades guardan entre sí la independencia de la naturaleza, no quedan más expuestos a los males de los dos estados, sin poseer las ventajas, y si no valdría más que no hubiese sociedad civil en el mundo que tener en él varias. ¿No es este estado mixto el que participa en los dos y no asegura ni al uno y al otro, *per quem neutrum licet nec tanquam in bello paratum esse nec tanquam in pace securum?*²⁵. ¿No es esta asociación particular e imperfecta la que produce la tiranía y la guerra? Y la tiranía y la guerra, ¿no son las mayores plagas de la humanidad?

Examinaremos al fin la clase de remedios que han sido buscados para estos inconvenientes por las ligas y confederaciones, que, dejando a cada estado su dominio en el interior, le arman en el exterior contra toda injusta agresión. Investigaremos cómo se puede establecer una buena asociación federativa, aquello que la hace duradera, y hasta qué punto se puede extender el derecho de la confederación, sin atentar al de la soberanía.

El abate de Saint Pierre propuso una asociación de todos los estados de Europa para mantener entre ellos una paz perpetua. ¿Era realizable esta asociación? Y suponiendo que ella hubiese sido establecida, es posible que hubiese durado?²⁶. Estas investigaciones nos llevan directamente a todas las cuestiones de derecho público que pueden acabar de esclarecer las del derecho político.

Finalmente plantearé los verdaderos principios del derecho de la guerra, y examinaremos por qué Grocio y los demás sólo nos los han dado falsos.

A mí no me asombraría que en medio de todos mis razonamientos, me dijera interrumpiéndome mi joven, en virtud de su buen sentido: "Se diría que levantamos nuestro edificio con madera y no con hombres, dado que alineamos muy exactamente cada pieza mediante la regla". "Es cierto amigo mío: pero pensad que el derecho no se pliega a las pasiones de los hombres, y que se trata entre nosotros de establecer los verdaderos principios del derecho político. Al presente, cuando nuestros basamentos están colocados, venid a examinar lo que los hombres han edificado sobre ellos y veréis cosas bellas".

Entonces yo le hice leer *Telémaco* y continuar su ruta, buscamos a la venturosa Salente, y el buen Idomeneo convertido en sabio a fuerza de desgracias. Caminando encontramos muchos protesilas, y ningún Philoclés. Adraste, rey de los Daunianos, no pudimos encontrarle. Pero dejemos a los lectores imaginar nuestros viajes, o hacerlos en lugar nuestro con un *Telémaco* en la mano; y no les sugerimos las aplicaciones aflictivas que el mismo autor descarta o realiza a pesar suyo.

Por lo demás, no siendo rey Emilio, ni yo dios, no nos atormentamos por no poder imitar a Telémaco y Mentor en el bien que ellos hacían a los hombres: nadie sabe mejor que nosotros mantenerse en su lugar y desear menos salir de él. Sabemos que la tarea es de todos; que cualquiera que ama el bien con todo su corazón y lo practica con todo su poder, la realiza. Sabemos que Telémaco y Mentor son quimeras. Emilio no viaja como un hombre ocioso y hace mayor bien que si fuese príncipe. Si fuésemos reyes, no seríamos más caritativos. Si fuésemos reyes y caritativos, haríamos sin saberlo mil males reales por un bien aparente que creyéramos hacer. Si fuésemos reyes y sabios, el primer bien que quisiéramos hacernos a nosotros mismos y a los demás, sería abdicar la realeza y llegar a ser lo que nosotros somos.

Me he referido ya a lo que hace infructuoso los viajes para todo el mundo. Lo que los hace todavía más infructuosos para la juventud, es la manera en que la obligan a realizarlos. Los gobiernos, más curiosos de su distracción que de su instrucción los llevan de ciudad en ciudad, de palacio en palacio, de círculo en círculo; o, si son sabios y gentes de letras, les hacen perder el tiempo en visitar las bibliotecas, ver a los anticuarios, examinar con cuidado viejos monumentos, transcribir antiguas inscripciones. En cada país, se ocupan de otro siglo; es como si se ocupasen de otro país; de suerte que después de haber recorrido Europa

²⁵ "Para el cual no es lícito, ni la preparación en tiempo de guerra, ni la seguridad en tiempo de paz."

²⁶ Desde que yo escribía esto, las razones "por" han sido expuestas en el resumen de este proyecto: las razones "contra", al menos aquellas que me han parecido sólidas, se hallarán en el resumen de mis escritos, a continuación de este mismo resumen

con grandes gastos, entregados a las frivolidades o al aburrimiento, regresan sin haber visto nada de cuanto podía interesarles, ni aprendido nada de lo que pudiera serles útil.

Todas las capitales se asemejan, todos los pueblos se mezclan entre sí, todas las costumbres se confunden; esto no es lo que resulta necesario ir a estudiar a las naciones. París y Londres no son a mis ojos sino la misma ciudad. Sus habitantes tienen algunos prejuicios diferentes, pero no los tienen menos los unos que los otros, y todos sus preceptos prácticos son los mismos. Sabemos cuáles especies de hombres deben reunirse en las cortes. Sabemos cuáles costumbres deben producir en todas partes el amontonamiento del pueblo y la desigualdad de las fortunas. En el mismo momento en que se me habla de una ciudad compuesta de doscientas mil almas, sé de antemano cómo se vive en ella. Lo que yo sabría de más respecto a los lugares no vale la pena de ir a aprenderlo. Es en las provincias apartadas, en donde hay menos movimiento, menos comercio, donde los extranjeros viajan menos, cuyos habitantes desplazándose menos cambian poco de fortuna y de estado, adonde es necesario ir para estudiar el genio y las costumbres de una nación. Ved al pasar la capital, pero observad todo el país. Los franceses no están en París, sino en Turena; los ingleses son más ingleses en Mercie que en Londres, y los españoles más españoles en Galicia que en Madrid. Es a esas grandes distancias cuando un pueblo se caracteriza y se muestra tal como es sin mezcla; es allí en donde los buenos o los malos efectos del gobierno se perciben mejor, como al extremo de uno de los mayores radios es más exacta la medida de los arcos.

Las relaciones necesarias de las costumbres con el gobierno han sido bien expuestas en el libro de *El espíritu de las leyes*, por lo que no se puede hacer cosa mejor que recurrir a esta obra para estudiar estas relaciones. Pero, en general, existen dos reglas fáciles y sencillas para juzgar de la bondad relativa de los gobiernos. Una de ellas es la población. En todo país que se despuebla, el estado tiende a su ruina; y el país que puebla más, aunque fuese el más pobre, es infaliblemente el que está mejor gobernado.²⁷

Pero es necesario por ello que esta población sea un efecto natural del gobierno y de las costumbres; pues, si ellas se formasen mediante colonias, o por otras vías accidentales y pasajeras, entonces ellas denunciarían su mal por el remedio. Cuando Augusto promulgaba leyes contra el celibato, estas leyes demostraban ya la declinación del imperio romano. Se impone que la bondad del gobierno lleve a los ciudadanos al matrimonio, y no que por la ley se les obligue a él; no es preciso examinar aquello que se hace por la fuerza, pues la ley que combate la constitución se elude y se hace vana, pero sí lo que se hace por la influencia de las costumbres y por la inclinación natural del gobierno; pues estos medios tienen solos un efecto constante. ! a política del buen abate de Saint Pierre era el buscar siempre un modesto remedio a cada mal particular, en lugar de remontar a su fuente común y comprobar que no se les podía remediar sino todos a la vez. No se entiende por ello el tratar separadamente cada úlcera que aparece sobre el cuerpo de un enfermo, sino de depurar la masa de sangre que produce todas.

Se me dice que existen premios en agricultura en Inglaterra; yo no quiero esto, pues me demuestra que allí no brillará ella por mucho tiempo.

La segunda señal de la bondad relativa del gobierno y de las leyes se obtienen también de la población, pero de una manera distinta, es decir, de su distribución, y no de sus cantidad. Dos estados iguales en extensión y en el número de hombres pueden ser muy desiguales en fuerza: y el más poderoso de los dos es siempre aquel en que los habitantes están distribuidos igualmente por el territorio; aquel que no tiene tan grandes sus ciudades, y que, por consecuencia, brilla menos ganará siempre al otro. Son las grandes ciudades las que agotan un estado y forjan su debilidad: las riquezas que ellas producen es una riqueza aparente e ilusoria es mucho dinero y poco efecto. Se dijo que la villa de París valía una provincia para el rey de Francia pero yo creo que ella le ha costado varias, que es en más de un aspecto como París está nutrido por las provincias, y que la mayor parte de sus rentas se vierten en esta villa y en ella quedan, sin jamás volver al pueblo ni al rey. Es inconcebible que en este siglo de calculadores, no haya uno que sepa ver que Francia sería mucho más poderosa si París fuese destruido. No solamente el pueblo mal distribuido no es ventajoso para el estado, sino que es más ruinoso que la misma despoblación, dado que la despoblación no da sino un producto nulo, y que el consumo mal entendido da un producto negativo. Cuando yo escucho a un francés y a un inglés, demasiado orgullosos de la grande. a de sus capitales. disputar entre sí cuál contiene mayor número de habitantes si París o Londres, a mí me parece esto como si ellos disputaran juntos cuál de los dos pueblos tiene el honor de estar peor gobernado.

Si queréis conocer un pueblo, estudiadle fuera de sus ciudades. No significa nada el ver la forma aparente de un gobierno disfrazado por el aparato de la administración y por la jerga de los administradores, si no se estudia también la naturaleza por los efectos que produce sobre el pueblo y en todos los grados de la

²⁷ Yo no conozco más que una sola excepción a esta regla: la China

administración. Estando compartida entre todos estos grados la diferencia de la forma al fondo, solamente abrazándolos todos es como conocemos esta diferencia. En tal país es por las maniobras de los subdelegados como se comienza a percibir el espíritu del ministerio; en tal otro, es preciso ver elegir los miembros del parlamento para juzgar si es cierto que la nación es libre; en cualquier país que esto suceda, es imposible que quien no ha visto nada más que las ciudades conozca el gobierno, dado que el espíritu no se mantiene idéntico para la ciudad y para la campiña. Ahora bien, es el medio rural quien hace el país, es el pueblo del campo quien forma la nación.

Este estudio de los diversos pueblos en sus provincias apartadas, y en la simplicidad de su temperamento original, facilita una observación general muy favorable a mi propósito⁷ y muy consoladora para el corazón humano; es que todas las naciones observadas de esta manera, parecen valer mucho más; cuanto más se acerquen ellas a la naturaleza, más domina en su carácter la bondad; sólo es encerrándose en las ciudades, alterándose en ellas a fuerza de cultura, como ellas se depravan y como cambian en vicios agradables y perniciosos algunos defectos más toscos que malévolos.

De esta observación resulta una nueva ventaja para la manera de viajar que yo propongo, y está en que los jóvenes, permaneciendo poco en las grandes ciudades donde reina una horrible corrupción, están menos expuestos a contraerla, y conservan entre los hombres más sencillos, y en sociedades menos numerosas, un juicio más seguro, un gusto más sano, costumbres más honestas. Pero además, ese contagio no es casi de temer en cuanto afecta a mi Emilio; él posee todo lo que es necesario para garantizarse respecto a sí mismo. Entre todas las precauciones que yo he tomado para esto, cuento sobre todo con el afecto que él posee en su corazón.

No se sabe ya lo que puede el verdadero amor sobre las inclinaciones de los jóvenes, porque, no conociéndolo mejor que ellos, cuantos les gobiernan nos apartan de él. Es preciso, por tanto, que un joven ame o que sea libertino. Es fácil imponerse por las apariencias. Se me citará a mil jóvenes de los que se nos dice que viven muy castamente sin amor; pero que se me cite un hombre hecho, un verdadero hombre que dice haber pasado así su juventud, y que sea de buena fe. En todas las virtudes, en todos los deberes, no buscamos sino la apariencia; en mi caso, busco la realidad, y me engaño si existen, para llegar a ella, otros medios que aquellos que doy.

La idea de ver a Emilio enamorado antes de hacerle viajar no es invención mía. He aquí el suceso que me lo ha sugerido.

Me hallaba en Venecia en visita en casa del preceptor de un joven inglés. Era en invierno y estábamos alrededor del fuego. El preceptor recibió sus cartas del correo, las leyó, y luego releyó una en tono alto a su alumno. Estaba en inglés, y yo no comprendí nada de la misma; pero, durante su lectura vi al joven rasgar los bellísimos puños de punto que lucía, y arrojarlos al fuego uno detrás de otro, lo más hábilmente que pudo, a fin de que no nos percibiésemos de ello. Sorprendido por este capricho, le miré a la cara y creí ver en ella emoción; pero los signos externos de las pasiones, aunque bastante semejantes en todos los hombres, poseen diferencias nacionales respecto a las cuales es fácil equivocarse. Los pueblos tienen diversos lenguajes sobre el rostro, tanto como en la boca. Yo esperé al final de la lectura, y mostrando al preceptor las muñecas desnudas de su alumno, que éste ocultaba lo mejor que podía. le dije: ¿Podría saber qué significa esto?

El preceptor viendo cuanto había pasado se puso a reír, y abrazó a su alumno con aire de satisfacción: y después de haber obtenido su consentimiento, me dio la explicación que yo deseaba.

Los puños, me dijo él, que Sr. John acaba de desgarrar, son un regalo que le hizo no hace mucho una señora de esta ciudad. Ahora bien, sabed que John está prometido en su país a una señorita por la cual siente mucho amor, y que aún merece más. Esta carta es de la madre de su amada, y yo voy a traduciros el pasaje que ha causado los destrozos de que habéis sido testigo.

"Lucy no abandona los puños de lord John. Miss Betty Roldham vino ayer a pasar la tarde con ella, y se empeñó en trabajar en su obra. Sabiendo que Lucy se había levantado hoy más pronto que de ordinario, yo quise ver lo que hacía, y la hallé ocupada en deshacer todo lo que había hecho ayer miss Betty. Ella no quiere que haya en su regalo un solo punto de otra mano que no sea la suya."

Sr. John salió un momento después para coger otros puños, y yo dije a su preceptor: Tenéis un alumno excelente: pero decidme la verdad: la carta de la madre de miss Lucy ¿no es simulada?; ¿no es una ofensiva vuestra contra la señora de los puños? No, me dijo él, la cosa es real; no pongo tanto arte en mis propósitos; he puesto en ellos sencillez, celo y Dios ha bendecido mi trabajo.

El rasgo de este joven no ha salido de mi memoria: no era apropiado para producir nada en el cerebro de un soñador como yo.

Es tiempo de acabar. Conduzcamos a lord John a miss Lucy, es decir Emilio a Sofía. Él reporta, con un corazón no menos tierno que antes de su partida, un espíritu más clarividente, y aporta a su país la ventaja de haber conocido los gobiernos por todos sus vicios, y los pueblos por todas sus virtudes. Yo también he tenido cuidado de que se ligase en cada nación con algún hombre de mérito mediante un tratado de hospitalidad a la manera de los antiguos, y no me molestará que cultive sus conocimientos por una comunicación escrita. Además que puede ser útil y que no es siempre agradable el tener correspondencia con los países alejados, y es una excelente precaución contra el imperio de los prejuicios nacionales, que atacándonos toda la vida, tienen tarde o temprano algún influjo sobre nosotros. Nada es más apropiado para librarnos de este influjo que la comunicación desinteresada con las gentes sensatas que estimamos, las cuales, no teniendo estos prejuicios y combatiéndolos por los suyos, nos dan los medios de oponer sin cesar los unos a los otros y por este medio garantírnos de todo. No es la misma cosa comunicar con los extranjeros en nuestra casa, que en la suya. En el primer caso, ellos tienen siempre para el país en donde viven una consideración que les hace disimular lo que piensan de él, o que les hace pensar favorablemente mientras que están en él; de regreso a su hogar, ellos cambian, y no son sino justos. Estaría muy contento con que el extranjero a quien consulto hubiese visto mi país, pero yo no le solicitaría su parecer sino en el suyo.

Después de haber empleado casi dos años en recorrer algunos de los grandes estados de Europa y muchos más de los pequeños; después de haber aprendido las dos o tres lenguas principales; después de haber visto en ellos lo que había de verdaderamente curioso, ya en historia natural, ya en gobierno, ya en artes, ya en hombres, Emilio devorado de impaciencia, me advirtió que se acercaba nuestro término. Entonces yo le dije: "Y bien, amigo mío, recordad el principal objeto de nuestros viajes; habéis visto, habéis observado: ¿cuál es en fin, el resultado de vuestras observaciones?; ¿en qué os habéis fijado? O yo me he equivocado en mi método, o él debe responderme más o menos así:

"¿En qué me he fijado? En permanecer tal y como vos me habéis hecho ser, y en no agregar voluntariamente ninguna otra cadena a aquella con que me carga la naturaleza y las leyes. Cuantos más examino la obra de los hombres en sus instituciones, más veo que a fuerza de querer ser independientes, se hacen esclavos, y que utilizan su misma libertad en vanos esfuerzos para asegurarla. Para no ceder al torrente de las cosas se forman mil ataduras; luego, tan pronto como quieren dar un paso, no pueden darlo y se asombran de resistir a todo. Me parece que para hacerse libre no hay nada que hacer; basta con no querer dejar de serlo. Sois vos, oh maestro mío, quien me habéis hecho libre enseñándome a ceder a la necesidad. Que ella venga cuando le plazca y yo me dejaré arrastrar por ella sin violencia; y como no quiero combatirla, no me agregaré a nada para contenerme; he buscado en nuestro viaje si encontraría algún rincón de la tierra en donde pudiese ser absolutamente yo; pero ¿en qué lugar entre los hombres no dependemos de sus pasiones? Examinado bien todo, he comprobado que mi mismo deseo era contradictorio; pues aunque debiese yo, no sujetarme a ninguna otra cosa lo haría al menos a la tierra en donde me hubiese fijado; mi vida estaría agregada a esta tierra, como las dríadas lo estaban a sus árboles; yo he comprobado que el imperio y la libertad son dos palabras incompatibles y que no podía ser dueño de una choza sin dejarlo de ser de mi persona. *Hoc erat in votis: modus agri non ita magnus*²⁸. Me acuerdo de que mis bienes fueron la causa de nuestras indagaciones. Vos demostrásteis muy sólidamente que yo no podía conservar a la vez mi riqueza y mi libertad; pero cuando queríais que fuese a la vez libre y sin necesidades, queríais dos cosas incompatibles. pues yo no acertaría a sustraerme a la dependencia de los hombres volviendo a entrar en la de la naturaleza. ¿Qué haría yo pues, con la fortuna que mis padres me dejaron? Comenzaría por no depender de ella, relajaría todos los lazos que a ella me ligaban. Si me la dejaran. ella me permanecería; si me la quitasen, no me arrastraría con ella. No me atormentaré por retenerla, sino que permaneceré firme en mi lugar. Rico o pobre, seré libre. Yo no lo seré solamente en tal país, en tal comarca, lo seré en toda la tierra. Para mí están rotas todas las cadenas de la opinión; no conozco sino la de la necesidad. He aprendido a llevarlas desde mi nacimiento, y las llevaré hasta la muerte. pues yo soy hombre; y ¿por qué no sabré llevarlas siendo libre, dado que siendo esclavo las podría llevar todavía, y la de la esclavitud por adhehala? ¿Qué me importa mi condición sobre la tierra ? ¿ qué me importa donde yo esté? Por todas partes donde hay hombres, yo estoy entre mis hermanos; por todas partes donde no los hay. estoy en mi casa. En tanto que pudiese permanecer independiente y rico, tendría bien para vivir y viviría. Cuando mi bien me subyugara, lo

²⁸ "Mis deseos? ... Una tierra de medianas proporciones"

abandonaría sin dolor; tengo brazos para trabajar, y viviré. Cuando me faltaran mis brazos, viviría si se me alimentase, moriría si se me abandonase, yo moriré también aunque no se me abandone; pues la muerte no es un castigo de la pobreza, sino una ley de la naturaleza. En cualquier tiempo que la muerte llegue, yo la desafío, ella no me sorprendería nunca haciendo preparativos para vivir, no me impedirá jamás el haber vivido. He aquí a mi padre en quien yo me fió. Si careciese de pasiones, en mi estado de hombre, sería independiente como Dios mismo, dado que no queriendo sino aquello que se es, no tendría que luchar nunca contra el destino. Al menos, yo no tengo nada más que una cadena, es la única que siempre llevaré, y yo puedo glorificarme de ella. Venid pues, dadme a Sofía y soy libre"

"-Querido Emilio, estoy muy contento de ver salir de tu boca estas palabras de hombre, y de descubrir esos sentimientos en tu corazón. Este desinterés desmedido no me disgusta a tu edad. Disminuirá cuando tú tengas hijos y seas entonces precisamente lo que debe ser un buen padre de familia y un hombre prudente. Antes de tus viajes, sabía cuál sería el efecto de ellos; sabía que considerando de cerca nuestras instituciones te alejarías mucho de prestarles la confianza que ellas no merecen. Es vano que aspiremos a la libertad bajo la salvaguardia de las leyes. ¡ Las leyes !, ¿en dónde se encuentran, y en dónde son respetadas? Por todas partes no has visto reinar con este nombre sino el interés particular y las pasiones de los hombres. Pero las leyes eternas de la naturaleza y del orden existen. Ellas ocupan el lugar de la ley positiva para el sabio; están escritas en el fondo de su corazón por la conciencia y por la razón: a ellas es a las que se debe esclavizar para ser libre; y no hay otro esclavo que aquél que realiza el mal. pues siempre lo hace a pesar suyo. La libertad no está en ninguna forma de gobierno, está en el corazón del hombre libre, quien la lleva por todas partes con él. El hombre vil lleva por doquier la servidumbre. El uno sería esclavo en Ginebra y el otro en París. Si te hablase de los deberes del ciudadano. acaso tú me preguntarías dónde está la patria, creyendo confundirme. Te equivocas, sin embargo, querido Emilio, pues quien no tiene una patria tiene por lo menos un país. Tiene siempre un gobierno y simulacro de leyes bajo las cuales él ha vivido tranquilo. Si el contrato social no ha sido observado, ¿qué importa, si el interés particular le ha protegido como hubiera hecho la voluntad general, si la violencia pública le ha garantizado de las violencias particulares, si el mal que él ha visto realizar le ha hecho amar aquello que era bueno, y si nuestras mismas instituciones le han hecho conocer y odiar sus propias iniquidades? ¡ Oh, Emilio !, ¿en dónde está el hombre de bien que no debe nada a su país? Cualquiera que sea, le debe lo que hay de más valioso para el hombre, la moralidad de sus acciones y el amor de la virtud. Nacido en el fondo de un bosque él hubo vivido más feliz y más libre; pero no teniendo nada que combatir para seguir sus inclinaciones, hubiese sido bueno sin mérito, no virtuoso, y ahora él sabe serlo a pesar de sus pasiones. La sola apariencia del orden le lleva a conocerlo y a amarlo. El bien público. que sólo sirve de pretexto a los demás, es para él solamente un motivo real. Aprende a combatirse, a vencerse, a sacrificar su interés al interés común. No es cierto que él no obtenga ningún beneficio de las leyes; ellas le dan el valor para ser justo, incluso entre los malvados. No es cierto que no le hicieran libre, le enseñaron a dominarse. No digo pues, ¿qué me importa, o en donde estoy? Te importa estar en donde puedes cumplir todos tus deberes; y uno de estos deberes es el apego al lugar de tu nacimiento. Tus compatriotas te protegieron de niño; tú debes amarlos siendo' hombre. Debes vivir en medio de ellos, o al menos en lugar en donde puedas serles útil en tanto puedas, y en donde ellos sepan recurrir a ti si tienen necesidad de tu ayuda.

Existe alguna circunstancia en la que el hombre puede ser más útil a sus conciudadanos fuera de su patria que si él viviese en su seno. Entonces él debe escuchar sólo a su celo y soportar sin queja su destierro este mismo exilio es uno de sus deberes. Pero tú buen Emilio, a quien nada impone estos dolorosos sacrificios, tú que no has adquirido el triste empleo de decir la verdad a los hombres, ve a vivir en medio de ellos, cultiva su amistad en una dulce comunicación, sé su bienhechor, su modelo: Tu ejemplo les servirá más que todos nuestros libros y el bien que te verán hacer les conmoverá más que todos nuestros vanos discursos. Con esto no te exhorto a que vayas a vivir a las grandes ciudades, por el contrario, uno de los ejemplos que los buenos deben dar a los demás, es el de la vida patriarcal y campesina, la primera vida del hombre, la más tranquila, la más natural y la más dulce, para quien no tiene el corazón corrompido. ¡Dichoso, mi joven amigo, el país en donde no se tiene necesidad de ir a buscar la paz en un desierto ! Pero ¿dónde está ese país? Un hombre benéfico satisface más su inclinación en medio de las ciudades, en donde no encuentra casi espacio para ejercitar su celo que intrigantes o bribones. La acogida que se hace a los holgazanes que vienen a buscar fortuna en ellas, no hace otra cosa que acabar de devastar al país, al que, por el contrario, precisaría repoblar a costa de las ciudades. Todos los hombres que se retiran de la gran sociedad son útiles precisamente porque se retiran de ella, dado que todos sus vicios le vienen de ser demasiado numerosa. Son todavía útiles porque pueden llevar a los lugares desiertos de la vida la cultura y el amor de su primer estado. Me enternezco pensando cuánto, desde su modesto retiro, Emilio y Sofía

pueden distribuir de beneficios en torno a ellos, cuánto pueden vivificar la campiña y reanimar el celo extinto del infortunado aldeano. Me imagino ver el pueblo multiplicarse, fertilizarse los campos, tomar la tierra un nuevo ornamento, la multitud y la abundancia transformar los trabajos en fiestas, elevarse los gritos de alegría y las bendiciones en medio de juegos rústicos en torno a la amable pareja que los ha reanimado. Se trata de la edad de oro de la quimera, y ésta será siempre una para cualquiera que tenga el corazón y el gusto dañados. No es verdad que lo lamentemos, puesto que estos pesares son siempre vanos. ¿Qué se precisaría, pues, para darla a conocer? Una sola cosa imposible; amarla. Parece ya renacer en torno a la habitación de Sofía; vosotros no haréis sino terminar reunidos lo que sus dignos padres han comenzado. Pero querido Emilio, que una vida tan placentera no te disguste en cuanto a los deberes penosos, si te son impuestos alguna vez: acuérdate de que los romanos pasaban del arado al consulado. Si el príncipe o el estado te llama para el servicio de la patria, abandona todo para ir a cumplir. en el puesto que se te asigne, la honorable función de ciudadano Si esta función te es honerosa, existe un medio honrado y seguro de eximirte de ella, y es el cumplirla con bastante integridad para que no te sea por mucho tiempo indicada. Por lo demás teme poco la molestia de un cargo semejante: en tanto que existan hombres de este siglo, no es a ti a quien se vendrá a buscar para servir al estado.»

¡ Que no me sea permitido pintar el encanto de Emilio con Sofía y el final de sus amores, o mejor aún el comienzo del amor conyugal que les une! Amor fundado sobre la estimación que dura tanto como la vida, sobre las virtudes que no se desvanecen con la belleza. sobre el concierto de los caracteres que hacen la comunicación amable y prolongan en la vejez el encanto de la primera unión. Pero todos estos detalles podían complacer sin ser útiles, y hasta ahora me he permitido sólo los detalles agradables en que he creído ver la utilidad. ¿Abandonaría yo esta regla al final de mi tarea? No; percibo también que mi pluma está cansada. Demasiado débil para trabajos de tan largo aliento, abandonaría éste si estuviese menos avanzado; para no dejarlo imperfecto, es hora que lo termine.

Al fin veo nacer los más encantadores días de Emilio y los más venturosos para mí; veo coronar mis cuidados y comienzo a gustar su fruto. La digna pareja se une con una cadena indisoluble: su boca pronuncia y su corazón confirma los juramentos que no serán vanos: ellos son esposos. Al regresar del templo. se dejan conducir; no saben en dónde están, dónde van, lo que sucede en derredor suyo. No oyen nada. sólo responden con palabras confusas, sus ojos turbados no ven ya nada. ¡Oh delirio!. ¡oh debilidad humana! El sentimiento de la dicha abrumba al hombre, no es bastante fuerte para soportarlo.

Existen pocas personas que sepan, un día de boda, tomar un tono conveniente con los jóvenes esposos. La mohina decencia de los unos. y el propósito ligero de los otros, me parecen igualmente desplazados. Me gustaría más que se dejase a estos jóvenes corazones replegarse en sí mismos, y entregarse a una situación que no carece de encanto, que distraerles tan cruelmente para entristecerles mediante una falsa benevolencia, o para embarazarles mediante lisonjas de mal gusto, que les complacerían en otro tiempo distinto pero que muy seguramente les resultan importunas en semejante día.

Veo a mis dos jóvenes, en la dulce languidez que les perturba, que no escuchan ninguno de los discursos que se les dirigen. Yo que quiero que se regocijen en todos los días de la vida, ¿les dejaría perder uno tan valioso? No, yo quiero que ellos lo gusten, que lo saboreen, que él tenga para ellos sus deleites. Los arranco a la muchedumbre indiscreta que les agobia, y conduciéndoles a pasear aparte, les recuerdo en cierta manera hablándoles de ellos mismos. No es solamente a sus oídos a los que quiero hablar, es a sus corazones; no ignoro cuál es el motivo único de que ellos pueden ocuparse en este día.

"Hijos míos –les dije, tomándoles a ambos de la mano–: hace tres años que yo he visto nacer esta llama viva y pura. Origen de vuestra felicidad. Ella no ha hecho sino aumentar sin cesar: veo en vuestros ojos que está en el último grado de vehemencia; ella sólo puede ya debilitarse". Lectores ¿no veis los transportes, los arrebatos, los juramentos de Emilio, el aire desdeñoso con que Sofía retira su mano de la mía, las tiernas protestas que sus ojos se hacen mutuamente de adorarse hasta el último suspiro"? Yo les dejo hacer y luego prosigo. He pensado con frecuencia que si se pudiese prolongar la felicidad del amor en el matrimonio, tendríamos el paraíso sobre la tierra. Hasta ahora esto no se ha visto jamás. Pero si la cosa no es por completo imposible. sois dignos el uno del otro de dar un ejemplo que no habréis recibido de nadie, y que pocos esposos sabrán imitar. ¿Queréis, hijos míos, que yo os dé cuenta de un medio que imagino para esto, y que considero el único posible ? "

Ellos se miraron sonrientes y se mofaron de mi simplicidad. Emilio me agradeció sencillamente mi receta, diciéndome que él creía que Sofía tenía una mejor, y que, en cuanto a él, ésta le era suficiente. Sofía aprobó y parecía también muy confiada. Sin embargo, a través de su aire de burla, yo creí distinguir un poco de curiosidad. Examiné a Emilio; sus ojos ardientes devoraban los encantos de su esposa, ésta es la única

cosa por la cual se mostraba curioso, y todos mis propósitos no le coartaban nada. Sonreí a la vez diciendo para mí: "Yo sabré muy pronto volverte atento".

La diferencia casi imperceptible de estos movimientos secretos marca una bastante característica en los dos sexos, y muy contraria a los prejuicios recibidos; es que, generalmente, los hombres son menos constantes que las mujeres, y se desaniman más pronto que ellas del venturoso amor. La mujer presiente con anticipación lejana la inconstancia del hombre y se inquieta por ello²⁹; es lo que la hace también más celosa. Cuando él comienza a entibiarse, forzada a rendirle para conservar todos los cuidados que tomó él otras veces para complacerla, llora, se humilla a su vez, y raramente con el mismo éxito. El apego y los cuidados ganan los corazones, pero no los recobran. Yo vuelvo a mi receta contra el enfriamiento del amor en el matrimonio.

«Es muy sencillo y fácil –continué yo–, y estriba en continuar siendo como amantes cuando son esposos.» (En efecto –dijo Emilio, riendo del secreto–, ello no nos resultaría penoso. »

«–Acaso más penoso de lo que pensáis. Yo os ruego que me permitáis explicaros. Los lazos que se quieren estrechar demasiado, se rompen. He aquí lo que sucede a los del matrimonio cuando queremos darle más fuerza de la que debe tener. I a fidelidad que él impone a los dos esposos es el más sagrado de todos los derechos; pero el poder que concede a cada uno sobre el otro, resulta excesivo. La obligación y el amor unen mal, y el placer no se ordena. ¡No os ruboricéis, oh Sofía!, y no penséis en huir. ¡ A Dios no place que yo quiera ofender vuestra modestia!, pero se trata del destino de vuestros días. Para un motivo tan elevado, soportad, entre un esposo y un padre, las palabras que no soportaríais en otra ocasión. No es tanto la posesión como la obligación lo que hastía, y se guarda para una joven entretenida mucho más apego que para una esposa. ¿Cómo hemos podido hacer un deber de las caricias más tiernas, y un derecho de los más dulces testimonios del amor? Es el deseo mutuo el que forma el derecho, la naturaleza no conoce ningún otro. La ley puede restringir este derecho, pero no acertaría a extenderlo. ¡ La voluptuosidad es tan dulce por sí misma! ¿Debe recibir de la triste atadura la fuerza que no hubiera podido extraer de sus propios atractivos? No hijos míos, en el matrimonio los corazones están ligados, pero los cuerpos no están esclavizados. Os debéis la fidelidad, no la complacencia. Cada uno no puede ser sino del otro, pero ninguno de los dos debe ser para el otro sino en tanto que a él le agrade. Si es verdad, querido Emilio, que queréis ser el amante de vuestra esposa, que ella sea siempre vuestra amante y la suya; sed amante dichoso pero respetuoso; obtener todo del amor sin exigir nada del deber, y que los menores favores no sean nunca para vos derechos, sino gracias. Sé que el pudor rechaza los consentimientos formales y solicita ser vencido; pero ¿ con la delicadeza y el verdadero amor se engaña el amante respecto a la voluntad secreta? ¿Ignora él cuándo el corazón y los ojos conceden lo que la boca finge rehusar? Que cada uno, siempre dueño de su persona y de sus caricias, tenga el derecho de no dispensarlas al otro sino por su propia voluntad. Recordaos siempre que, incluso en el matrimonio, el placer sólo es legítimo cuando el deseo es compartido. No temáis hijos míos que esta ley os tenga alejados. Por el contrario, os hará a ambos más atentos para complaceros y prevendrá la saciedad. Limitados únicamente el uno al otro, la naturaleza y el amor os acercarán siempre. »

Ante estos propósitos y otros semejantes Emilio se enfadó y protestó; Sofía, vergonzosa, retuvo su abanico sobre sus ojos y no dijo nada. Pueda ser que el más descontento de los dos no fuese aquél que se quejaba más. Insistí inexorablemente: hice enrojecer a Emilio por su poca delicadeza; tomé en prenda a Sofía para que ella aceptase por su parte el tratado. La obligué a hablar; sospechamos que no se atreva a desmentirme. Emilio, inquieto consulta los ojos de su joven esposa; él los ve, a través de su apuro, llenos de una turbación deleitosa que la asegura contra el riesgo de la confianza. Él se arroja a sus pies besa con arrobo la mano que ella le tiende, y jura que, fuera de la fidelidad prometida, renuncia a cualquier otro derecho. Sé, le dijo él, querida esposa, el árbitro de mis placeres como tú lo eres de mis días y de mi destino. Aunque tu crueldad me costase la vida, yo te cedo mis derechos más queridos. No quiero deber nada a tu complacencia, quiero tenerlo todo de tu corazón.

Tranquilízate buen Emilio: Sofía es demasiado generosa para dejarte morir víctima de tu generosidad.

Al anocheado, dispuesto a dejarlos, les dile con el tono más grave que me fue posible: Acordaos ambos que sois libres, y que no se trata aquí de deberes de esposos; creedme, nada de falsa deferencia.

²⁹ En Francia, las mujeres se apartan las primeras: y esto debe ser, porque teniendo poco temperamento, y no queriendo nada más que homenajes, cuando un marido no los otorga ya, se cuidan poco de su persona. Por el contrario, en los otros países, es el marido quien se aparta el primero: esto debe ser también porque las mujeres, fieles, pero indiscretas, importunándoles con sus deseos, los apartan de ellas. Estas verdades generales pueden sufrir muchas excepciones; "pero" creo, sin embargo, que siguen siéndolo

Emilio, ¿quieres venir? Sofía lo permite. Emilio furioso, quisiera pegarme. Y vos Sofía ¿qué decís? ¿Es necesario que yo lo conduzca? La mentirosa enrojando, dirá que sí. ¡ Encantadora y dulce mentira, que vale más que la verdad !

Al día siguiente..., la imagen de la felicidad no halaga ya a los hombres: la corrupción del vicio no ha depravado menos su gusto que sus corazones. Ellos no saben ya percibir lo que es emotivo ni ver lo que es amable, vosotros, que para pintar la voluptuosidad jamás imagináis otra cosa que venturosos amantes flotando en el seno de las delicias. ¡ cuán imperfectos siguen siendo vuestros cuadros ! No ponéis en ellos sino la mitad, la más grosera, los más dulces atractivos de la voluptuosidad no están en ellos. Oh ¿quién de vosotros no ha visto nunca dos jóvenes esposos, unidos bajo felices auspicios, saliendo del lecho nupcial y llevando a la vez en sus lánguidas y castas miradas, la embriaguez de los dulces placeres que acaban de gozar, la amable seguridad de la inocencia y la certeza entonces tan encantadora de pasar reunidos el resto de sus días? He ahí el motivo más encantador que puede ser ofrecido al corazón del hombre; he aquí el verdadero cuadro de la voluptuosidad: lo habéis visto cien veces sin reconocerlo, vuestros endurecidos corazones no están hechos para amarlo. Sofía feliz y sosegada pasa el día en los brazos de su tierna madre; éste es un reposo muy dulce de disfrutar después de haber pasado la noche en los de un esposo.

Dos días después, percibo algún cambio de escena. Emilio quiere parecer un poco descontento; pero, a través de esta afectación, observo una oficiosidad tan tierna, e incluso tanta sumisión, que yo no preveo en ella nada de molesto. En cuanto a Sofía, está más alegre que la víspera, veo brillar en sus ojos un aire satisfecho; está encantadora con Emilio; ella le hace monerías que casi le disgustan.

Estos cambios son pocos sensibles, pero no se me escapan: me inquieto por ellos e interrogo a Emilio particularmente. Conozco que con gran pesar por su parte, y contra todos sus deseos, no ha podido hacer lecho aparte la noche anterior. La imperiosa se apresuró a usar de su derecho. Aclaremos: Emilio se queja amargamente, Sofía bromea, pero en fin, viéndole dispuesto a enfadarse en serio, ella le lanza una mirada llena de dulzura y de amor, y, estrechándome la mano, sólo pronuncia una palabra, pero con un tono que va a buscar el alma: ¡El *ingrato*! Emilio es tan tonto que no entiende nada de esto. Yo lo entiendo; aparto a Emilio y hablo a su vez con Sofía a parte. Veo, le dije, la razón de este capricho. No se podría tener mayor delicadeza ni emplearla más mal en la ocasión. Querida Sofía, tranquilizaos; es un hombre el que yo os he dado, no temáis tomarlo como tal: Habéis tenido las primicias de su juventud; él no la ha prodigado a nadie y la conservará durante mucho tiempo para vos.

«Es necesario mi querida niña, que yo os explique los propósitos que motivaron la conversación que tuvimos los tres anteayer. Acaso no habéis percibido más que un arte acordar vuestros placeres para hacerles duraderos. ¡Oh Sofía!, él tuvo otro motivo más digno de mis cuidados. Al llegar a ser vuestro esposo, Emilio se ha convertido en vuestro jefe; os corresponde obedecer, así lo ha querido la naturaleza. Sin embargo, es bueno que cuando la mujer se parezca a Sofía; el hombre sea conducido por ella; sigue siendo la ley de la naturaleza; y para concederos tanta autoridad sobre su corazón como su sexo le da sobre vuestra persona, es por lo que os he convertido en árbitro de sus placeres. El os costará privaciones penosas; pero reinaréis sobre él si sabéis reinar sobre vos; y cuanto ha pasado me demuestra que este arte tan difícil no rebasa vuestro valor. Reinaréis durante mucho tiempo por el amor, si otorgáis vuestros favores raros y valiosos, si sabéis hacerlos valer. Si queréis ver a vuestro marido sin cesar a vuestras plantas, mantenedle siempre a cierta distancia de vuestra persona. Pero en vuestra severidad poned modestia y no arbitrariedad; que él os vea reservada y no caprichosa; procurad que manejando su amor no le hagáis dudar del vuestro. Hacedos querer por vuestros favores y respetar por vuestras negativas; que él honre la castidad de su esposa sin tener que quejarse de su frialdad. Obrando así mi querida niña, él os dará su confianza, escuchará vuestro parecer y os consultará en vuestros asuntos, y no resolverá nada sin hablarlo con vos. Es así como podéis volverle a la prudencia cuando se ofusque, guiarle por una dulce persuasión haceros amable para haceros útil, emplear la coquetería por los intereses de la virtud y el amor en beneficio de la razón. No creáis con todo esto que este arte pueda serviros siempre. Sea cualquiera la precaución que pueda tomarse, el gozo usa los placeres y el amor antes que todos los demás. Pero, cuando el amor ha durado mucho tiempo, un dulce hábito llena el vacío, y el atractivo de la confianza sucede a los transportes de la pasión. Los hijos forman entre aquellos que les han dado el ser una ligazón no menos dulce y con frecuencia más fuerte que el mismo amor. Cuando ceséis de ser la amante de Emilio seréis su esposa y su amiga; seréis la madre de sus hijos. Entonces, en lugar de vuestra reserva, estableced entre vosotros la mayor intimidad; nada de lecho aparte, nada de negativas, nada de capricho. Llegad a ser totalmente su mitad, que él no pueda ya pasarse sin vos, y que tan pronto como os abandone se sienta lejos de sí mismo. Vos, que hicisteis imperar los encantos de la vida doméstica en el hogar paterno, hacerlos reinar del mismo modo en el vuestro. Todo hombre que se complace en su hogar. ama a su esposa. Recordad que si vuestro esposo vive feliz en el suyo, seréis una mujer

venturosa. En cuanto al presente. no seáis tan severa con vuestro amante; merece más complacencia; se ofendería con vuestras alarmas; no reservéis su salud a expensas de su dicha, y gozad de la vuestra. No es necesario esperar el disgusto ni rechazar el deseo; no es necesario negar por negar sino por hacer valer aquello que se concede.»

A continuación reuniéndolos, dije delante de ella a su joven esposo: «Es necesario soportar el yugo que se os ha impuesto Merecéis que se os haga ligero. Sobre todo sacrificad a las gracias, y no imaginéis haceros más amable enfurruñándoos. La paz no es difícil de construir, y cada uno preve fácilmente las condiciones. El tratado se firma mediante un beso». Después de lo cual, yo digo a mi alumno: "Querido Emilio. un hombre tiene necesidad toda su vida de consejo y de guía. Yo lo he hecho lo mejor que he podido para cumplir hasta ahora este deber hacia vos; aquí acaba mi larga tarea y comienza la de otro. Yo abdicó hoy la autoridad que me habíais confiado, y aquí está en adelante vuestro director.»

Poco a poco se calma el primer delirio, y les deja gustar en paz los encantos de su nuevo estado. ¡Felices amantes! ¡Dignos esposos ! Para honrar sus virtudes, para describir su felicidad, sería necesario hacer la historia de su vida, ¡ Cuántas veces, contemplando en ellos mi obra, me siento estremecido de un gozo que hace palpitar mi corazón! ¡Cuántas veces junto sus manos en las mías bendiciendo a la providencia y lanzando ardientes suspiros ! ¡ Cuántos besos aplico sobre estas dos manos que se estrechan! ¡Con cuántas lágrimas de alegría me las suelen regar! Ellos se enternecen a su vez compartiendo mis arrebatos. Sus respetables padres siguen gozando de su juventud en la de sus hijos; por decirlo así, vuelven a comenzar a vivir en ellos. o mejor dicho, conocen por vez primera el valor de la vida: maldicen sus antiguas riquezas que les impidieron a la misma edad gustar una suerte tan encantadora. Si existe dicha sobre la tierra, es preciso buscarla en el refugio donde vivimos.

Al cabo de algunos meses, Emilio entra una mañana en mi habitación y me dice abrazándome: "Maestro mío, felicidad a vuestro hijo; él espera tener muy pronto el honor de ser padre. ¡ Oh cuantos cuidados van a ser impuestos para nuestro celo, y cómo vamos a tener necesidad de vos! A Dios no place que yo os deje educar todavía al hijo, después de haber educado al padre. A Dios no place que un deber tan sagrado y tan dulce, sea jamás cumplido por otro que yo, aunque debiese también escoger para él a quien fue escogido para mí. Pero seguid siendo el maestro de los jóvenes maestros. Aconsejadnos, gobernadnos, seremos dóciles: en tanto yo viva, tendré necesidad de vos. Tengo más necesidad que nunca, ahora que mis funciones de hombre comienzan. Habéis cumplido las vuestras; guiadme para imitaros, y descansad. Ya es hora.